Viaje Sentimental

Por

Laurence Sterne

Freeditorial

LIBRO I

VIAJE SENTIMENTAL

—Este asunto —dije— se resuelve mejor en Francia.

—¿Ha estado en Francia? —preguntó mi criado al tiempo que se volvía rápidamente con una mirada victoriosa aunque en extremo cortés.

—¡Qué curioso! —exclamé mientras reflexionaba sobre la cuestión—. Que una travesía de veintiuna millas, pues en realidad no es mucha la distancia que separa Dover de Calais, pueda conceder a un hombre tales derechos. Los observaré.

Puse así fin a la discusión y fui derecho a mis aposentos. Metí en mi bolsa media docena de camisas y un par de calzones de seda negra, y «el abrigo que llevo puesto —dije mirándome una manga— bastará». Tomé la diligencia en dirección a Dover y el paquebote que zarpaba a las nueve de la mañana siguiente; a las tres ya estaba sentado a la mesa degustando un plato de fricandó de pollo. Me encontraba en Francia de forma tan indudable que, de haber muerto esa noche de indigestión, el mundo entero no habría podido postergar las consecuencias del droit d'aubaine. Mis camisas y el par de calzones negros de seda, con el baúl de viaje incluido, habrían ido a parar a manos del rey de Francia. Incluso la pequeña imagen que llevo hace tanto tiempo conmigo, y de la que tan a menudo os he dicho, Eliza, que me acompañaría hasta la tumba, ¡habría sido arrancada de mi cuello!

¡Qué ruin! ¡Apoderarse de los restos del naufragio de un incauto pasajero, a quien vuestros súbditos han acogido en su costa! ¡Válgame el cielo! Sire, eso no está bien. Y mucho me entristece que sea el monarca de un pueblo tan civilizado y cortés y tan afamado por sus delicados sentimientos y emociones ¡con quien tenga que debatirlo!

Aunque apenas si había pisado vuestras tierras…

CALAIS

Cuando hube terminado de comer, bebí a la salud del rey de Francia para demostrarme a mí mismo que no le guardaba ningún rencor, sino más bien al contrario: lo honraba en suma por la humanidad de su carácter. Y me crecí unos centímetros por mi favorable conclusión.

«No —pensé—, los Borbones no son en modo alguno una estirpe cruel. Tal vez se hayan dejado engatusar como otros pueblos, pero llevan la bondad en la sangre».

Mientras era consciente de ese rasgo, sentí cómo me invadía una sensación más delicada que cualquier otra en las mejillas, más cálida y agradable para el hombre que el calor que podría haber provocado el borgoña (uno de al menos dos libras la botella, como el que yo había estado bebiendo).

—¡Por Dios! —exclamé, apartando de una patada mi baúl de viaje—, ¿qué hay en las posesiones de este mundo que aguzan nuestro espíritu y provocan que tantos de nuestros hermanos de buen corazón se enfrenten cruelmente?

Cuando el hombre está en paz con su prójimo, ¡cuánto más ligero que una pluma es el más pesado de los metales en su mano! Saca su bolsa y, levantándola con displicencia y manteniéndola abierta, mira a su alrededor como si buscara un individuo con quien compartir su contenido. Al reflexionar sobre ello, sentí que hasta el último vaso sanguíneo de mi organismo se dilataba; las arterias bombeaban alegremente y al unísono, y toda la energía que alimenta la vida se generaba con tan poca fricción que habría confundido a la précieuse más destacada de Francia; pese a todo su materialismo, difícilmente podría haberme calificado de máquina.

«Estoy seguro —me dije— de que habría trastocado sus creencias».

La ocurrencia de esa idea transportó mi naturaleza, en ese momento, al punto más elevado que podía conquistar. Si antes estaba en paz con el mundo, esto me concilió con mi propio ser.

—Ahora bien, de ser yo el rey de Francia —exclamé—, ¡qué momento para que un huérfano me reclamase el baúl de viaje de su padre!

EL FRAILE

CALAIS

Apenas si había pronunciado esas palabras, cuando un humilde fraile de la orden de San Francisco entró en la estancia pidiendo una limosna para su convento. A ningún hombre le agrada que sus virtudes se enfrenten al arbitrio de las contingencias —un hombre puede ser generoso, como otro es poderoso—, o sed non quo ad hanc… ¡o sea como fuere! Pues no existe razonamiento lógico sobre los flujos y reflujos de nuestro humor: pueden depender de las mismas causas, por lo que yo sé, que influyen en las mismísimas mareas. Y, a menudo, el suponer que así es no redundaría en descrédito nuestro; estoy

seguro, al menos en mi caso, de que en numerosas ocasiones me sentiría mucho más satisfecho si se dijera: «Ha sido un asunto motivado por el influjo de la luna, en el que no intervinieron ni el pecado ni la vergüenza», en lugar de que se viera como un acto propio, en el que sí hubo mucho de ambos.

No obstante, en cuanto me apercibí de la presencia del fraile, me hice el firme propósito de no darle ni un solo sou. A tal fin, me guardé la bolsa en el bolsillo, me abotoné, me enderecé y avancé con gesto adusto hacia él. Me temo que mi mirada resultaba un tanto repelente: veo ahora su silueta frente a mí y reconozco que había algo en ella merecedor de un trato más amable.

El fraile, a juzgar por la circunferencia de su tonsura —cuyo único resto eran un par de pelillos canosos desperdigados sobre sus sienes—, debía de rondar los setenta años. Sin embargo, mirándole a los ojos y al fuego que ardía en su interior, más atemperado por la cortesía que por los años, no aparentaba pasar de los sesenta. Aunque la verdad de la cuestión quizá se encontrara a medio camino y en realidad tenía sesenta y cinco; el aspecto general de su semblante, a pesar de que algún episodio había abierto surcos en él antes de tiempo, confirmaba el cálculo.

Se trataba de uno de esos rostros que tan a menudo había retratado Guido: afable, pálido, penetrante, desprovisto de las ideas vulgares de esa tremenda ignorancia pagada de sí misma y con la mirada eternamente dirigida al suelo. Su faz proyectaba la mirada hacia delante, aunque lo hacía como si observara algo más allá de este mundo. Cómo habrá conseguido un rostro así un fraile de su orden, solo el cielo, quien lo puso sobre sus hombros, lo sabe. Era la cara adecuada a un brahmán, y, de haberla contemplado yo en las llanuras del Indostán, la habría reverenciado.

El resto de su contorno se resume con un par de pinceladas, y puede darlas cualquiera, pues no era ni elegante ni destacaba por nada distinto al carácter y la expresión. Era delgado, enjuto y superaba en poco la estatura media, aunque perdía distinción por cierta inclinación hacia delante; mas se trataba de la actitud de la oración y, tal como lo recuerdo en este momento, ganaba más que perdía con ello.

Tras haber dado tres pasos por la habitación, se quedó parado y posó la mano izquierda sobre su pecho (pues en la derecha llevaba un delgado cayado blanco con el que viajaba). Cuando lo tuve enfrente, se presentó contando la breve historia de su convento y la pobreza de su orden, y lo hizo con tanta simplicidad y con tanta aflicción en el conjunto de su mirada y su figura, que solo un hechizo me habría librado de caer bajo su conjuro.

Una explicación más loable de que no ocurriera era que había tomado la determinación de no darle ni un solo sou.

EL FRAILE

CALAIS

—Es muy cierto —dije en respuesta a una mirada dirigida a lo alto con la que había concluido su parlamento—, bien cierto es. Y que el cielo acoja a aquellos que solo cuentan con la caridad del mundo, cuya totalidad, me temo, no es en modo alguno suficiente para los numerosos y grandes ruegos que se le hacen de forma constante.

Al pronunciar las palabras «grandes ruegos», el fraile echó una mirada soslayada en dirección a la manga de su hábito; comprendí el estruendoso mensaje de su silencio.

—Lo entiendo —dije—: tan tosco hábito y que lo renueven solo cada tres años, además de una dieta escasa, no es gran cosa. Aunque la verdadera lástima es que, teniendo en cuenta el poco esfuerzo necesario para obtener todo eso en este mundo, vuestra orden aspire a conseguirlo recurriendo a un fondo que es propiedad del cojo, el ciego, el anciano y el enfermo; el reo, que yace contando una y otra vez los días que le restan de aflicción, también se consume anhelando la parte que le corresponde. De haber pertenecido usted a la orden de la Merced en lugar de a la orden de San Francisco, pese a ser pobre como soy —proseguí, señalando mi portaequipajes—, de buena gana le habría ofrecido todo su contenido para el rescate de los desfavorecidos.

El fraile me hizo una reverencia.

—Pero de entre todos los pobres —continué—, los desposeídos de nuestro propio país, sin lugar a dudas, son los que tienen prioridad; y he dejado a miles angustiados en nuestras costas.

El monje hizo un gesto amable con la cabeza, como diciendo: «Sin duda alguna hay miseria para dar y regalar hasta en el último rincón del mundo, así como en nuestro convento».

—Aunque nosotros distinguimos —dije, posando una mano en la manga de su hábito, en respuesta a su mirada mendicante—, distinguimos, digo, ¡mi buen padre!, entre quien solo quiere comer el pan ganado con el sudor de su frente y quien come el pan de otros, y no tiene otro proyecto en la vida que arrastrarse por ella con pereza e ignorancia… ¡Por el amor de Dios!

El pobre franciscano se quedó mudo: un segundo de alteración cruzó sus mejillas, pero no llegó a aflorar como sonrojo. La madre naturaleza había puesto punto y final a sus resentimientos en él: el fraile no los tenía. No obstante, dejando que las mangas del hábito le cubrieran las manos, entrelazó

con fuerza y resignación los dedos, los apoyó con sumisión sobre el pecho y se retiró.

EL FRAILE

CALAIS

Me dio un vuelco el corazón en cuanto cerró la puerta. «¡Bah!», exclamé con aire de despreocupación tres veces. Pero no sirvió de nada: hasta la última y penosa sílaba que había pronunciado el fraile me volvía una y otra vez a la memoria. Se me ocurrió que el único derecho que tenía sobre el pobre franciscano había sido el de rechazar su ruego, y que el castigo que ello había supuesto era suficiente frustración sin necesidad de agregarle el desprecio de mis groseras palabras. Pensé en sus canas; me pareció ver su amable figura reentrando en la habitación y preguntándome con amabilidad qué daño me había hecho él y por qué lo había tratado así. Habría pagado veinte libras por un letrado que abogara en mi favor. «Me he portado muy mal», me dije. Sin embargo, no había hecho más que emprender el viaje; ya adquiriría mejores modales a lo largo del camino.

LA DÉSOBLIGEANTE

CALAIS

Cuando un hombre está descontento consigo mismo, disfruta, no obstante, de una ventaja: se encuentra en una disposición excelente para la negociación. Puesto que no puede haber viaje por Francia e Italia sin una chaise, y la naturaleza suele empujarnos hacia aquello que más nos conviene, partí en la diligencia con objeto de comprar o arrendar un vehículo de esas características. Una vieja désobligeante estacionada al fondo de la cochera llamó mi atención de inmediato; monté en ella sin pensarlo y, como la condición del vehículo estaba en consonancia con mi estado de ánimo, ordené al lacayo que mandara llamar a monsieur Dessein, el dueño de la pensión. Sin embargo, como este se había ido a vísperas y yo no deseaba encontrarme cara a cara con el franciscano, a quien divisé justo al otro lado del patio en conversación con una dama que acababa de llegar a la hospedería, corrí la cortinilla de tafetán para ocultarme de ellos. Puesto que estaba decidido a dejar testimonio escrito de mi viaje, saqué mi pluma y redacté el prólogo en la désobligeante.

PRÓLOGO

EN LA DÉSOBLIGEANTE

Debe de haber sido observado por numerosos filósofos peripatéticos el hecho de que la madre naturaleza ha impuesto, por su incuestionable autoridad, ciertos límites y barreras para acotar el descontento del hombre. Ha logrado su propósito de la forma más relajada y sencilla escarmentándole con obligaciones casi insuperables para que consiga calmarse y mantener su sufrimiento dentro de las fronteras de su patria. Ahora bien, la madre naturaleza ha proporcionado al hombre los elementos más adecuados para compartir su felicidad y soportar una parte de esa carga que, en todos los países y en todas las épocas, ha sido siempre demasiado pesada para un solo par de hombros.

Cierto es: estamos dotados de un imperfecto poder para propagar nuestro júbilo en ocasiones más allá de los límites impuestos por la naturaleza. Sin embargo, está establecido que, por ignorancia de los idiomas, la carencia de relaciones y las dependencias, y por las diferencias en la educación, las costumbres y los hábitos, nos hallemos con tantos impedimentos a la hora de comunicar nuestras sensaciones fuera de nuestra órbita, que a menudo todo acaba en total imposibilidad.

De esto se deriva que la balanza del comercio sentimental siempre se incline en contra del aventurero expatriado: debe comprar aquello que no tendrá ocasión de usar al precio que le impongan; y los vendedores rara vez aceptarán sus palabras como moneda de cambio sin aplicarles un alto descuento. Esto, por cierto, lo llevará eternamente a manos de agentes más equitativos para la conversación de la que dispone. Así pues, no se precisan grandes dotes de adivinación para entender su disgusto…

Esto me lleva al punto que quería tratar y, naturalmente, me lleva (si el traqueteo de esta désobligeante me permite continuar) a las causas eficaces así como definitivas del viaje.

Los haraganes que abandonan su tierra natal y marchan al extranjero tienen alguna razón o razones que pueden derivarse de una de estas causas generales:

debilidad física

debilidad mental o

necesidad inevitable.

Las dos primeras incluyen a todo el que viaja por tierra o mar, avanzando

penosamente con orgullo, curiosidad, vanidad o el mal de la melancolía, subdivididos y combinados ad infinitum.

La tercera clase incluye a toda la caterva de peregrinos mártires, en especial esos viajeros que emprenden su periplo bajo el auspicio del clero; o bien los delincuentes que viajan a las órdenes de gobernantes y encomendados por los magistrados; o jóvenes caballeros llevados por la crueldad de sus padres y tutores, y que viajan a las órdenes de custodios recomendados por Oxford, Aberdeen o Glasgow.

Existe una cuarta clase, aunque su número es tan reducido que no merecería ser diferenciada como grupo si no fuera necesario en una obra de esta naturaleza cumplir con la observancia de la mayor precisión y sutileza, para así evitar una posible confusión de caracteres. Estos hombres a los que me refiero son los que surcan los mares y pasan una temporada en tierras extranjeras, con la idea de ahorrar dinero para diversos fines y pretensiones. Aunque bien podrían ahorrarse a sí mismos y a los demás un buen montón de problemas innecesarios recaudando ese dinero en su país. Y, puesto que sus razones para viajar son menos complejas en comparación con las de otra clase de emigrantes, clasificaré a estos caballeros bajo el epígrafe de:

Viajeros simples.

Así que el conjunto total de viajeros puede resumirse en las siguientes clases:

Viajeros haraganes.

Viajeros inquisitivos.

Viajeros mentirosos.

Viajeros orgullosos.

Viajeros vanidosos.

Viajeros melancólicos.

A continuación están los viajeros por necesidad.

El viajero delincuente o criminal.

El viajero desgraciado o inocente.

El viajero simple,

y por último (si se prefiere), el viajero sentimental (como yo mismo me califico), que ha viajado —tal como me dispongo a describir aquí sentado— tanto por necesidad como por besoin de voyager, como haría cualquiera que pertenezca a esta clase.

Soy muy consciente, al mismo tiempo, de que tanto mis viajes como mis observaciones serán de una formulación diametralmente distinta a la de mis precursores. Por ello, he insistido en encontrar un lugar exclusivo para mi clasificación; aunque, para ello, debería irrumpir en los confines del viajero vanidoso, en la medida que deseo atraer la atención hacia mi persona, a pesar de no contar con mejores razones que la mera novedad de mi vehículo.

Baste a mi lector, si él mismo ha sido viajero, con el estudio y reflexión presentes para poder determinar su propio lugar y categoría en la lista. Esto constituirá un paso más en el camino del conocimiento de sí mismo, pues existen grandes probabilidades de que retenga cierta pátina o semejanza de lo que asimiló o llevó a cabo en su recorrido hasta el momento presente.

El primer hombre que trasladó la cepa de borgoña al cabo de Buena Esperanza (nótese que fue un holandés) jamás soñó con beber el mismo vino en ese cabo producido a partir de la misma cepa que se cultivaba en las colinas francesas —era demasiado flemático para soñarlo—, sino que, sin duda alguna, esperaba degustar una suerte de licor remotamente similar al caldo galo. No obstante, ya fuera bueno, malo o indiferente, su conocimiento de este mundo era suficiente para saber que aquello no dependía de su elección, sino que lo que, por lo general, llamamos suerte era lo que iba a decidir su éxito. Sin embargo, esperaba lo mejor y, con esa esperanza, por una confianza desaforada en la fortaleza de su mente y la profundidad de su cautela, Mynheer pudo haber quedado despojado de ambas en su nuevo viñedo y, al descubrir su desnudez, se convirtió en el hazmerreír de su pueblo.

Aun así, puede darse el mismo caso con el viajero pobre, que surca los mares y recorre caminos en pos de los reinos más civilizados del globo por sed de conocimiento y mejorías.

El conocimiento y las mejorías se consiguen surcando los mares y recorriendo caminos a tal propósito, aunque, si en realidad llegan a conseguirse, es todo cosa del azar. Y aun cuando el aventurero tenga éxito, la reserva obtenida debe utilizarse con precaución y sobriedad para sacar algún provecho.

Ahora bien, como las probabilidades se presentan prodigiosamente en el otro sentido —tanto en lo referente a la adquisición como a la aplicación—, opino que un hombre actúa con sabiduría si vive conforme sin los conocimientos ni las mejorías del extranjero, sobre todo si habita en un país que no tenga la absoluta necesidad de unos ni de otros. De hecho, mucho lamento y sufro al observar cuántos pasos errados da el viajero inquisitivo con tal de contemplar vistas y observar descubrimientos; y todo ello, como dijo Sancho Panza a don Quijote, habiendo podido contemplarlo y observarlo sin moverse de casa. Vivimos una época tan inundada por la luz, que apenas

existe país o rincón de Europa cuyos haces luminosos no se entrecrucen o confundan con otros. El conocimiento, en la mayoría de sus vertientes y en la mayoría de las cuestiones, es como la música en una calle italiana: se puede disfrutar de ella sin necesidad de pagar nada. Aunque no existe nación bajo el cielo —y a Dios pongo por testigo (ante cuyo tribunal me presentaré un día para dar cuenta de esta obra) de que no lo digo por alardear— en la que haya más abundancia de aprendizaje; donde las ciencias se hayan arraigado con más firmeza o se argumenten con mayor seguridad que aquí; donde se aliente más el arte para que pronto conquiste lo más alto; donde la madre naturaleza (vista en su totalidad) tenga tan poco que explicar; y, para concluir, donde haya más ingenio y variedad de personalidades con las que alimentar el espíritu. Así pues, queridos compatriotas, ¿adónde van ustedes?

—Solo estamos mirando esta chaise —respondieron ellos.

—Soy su más fiel servidor —dije yo, desmontando de un salto y quitándome el sombrero.

—Estábamos preguntándonos —empezó a decir uno de ellos a quien clasifiqué como viajero inquisitivo— cuál podía ser la causa de su movimiento.

—Era por la agitación —respondí con frialdad— de estar escribiendo un prólogo en su interior.

—Jamás había tenido noticia —dijo el otro, que era un viajero simple— de un prólogo escrito en una désobligeante.

—Habría sido mejor —añadí— haberlo escrito en un vis-à-vis.

Y puesto que un inglés no viaja para ver ingleses, me retiré a mis aposentos.

CALAIS

Al dirigirme a mi habitación, me percaté de que había algo que ensombrecía el pasillo más que mi propia figura; se trataba de monsieur Dessein, el dueño del hotel, quien acababa de regresar de vísperas y, con el sombrero bajo el brazo, me seguía con total sumisión para recordarme que lo había hecho llamar. Mi concepto del désobligeante había cambiado tras escribir en su interior y, al observar que monsieur Dessein se encogía de hombros al hablar del vehículo, como si el objeto no encajara conmigo en absoluto, de inmediato se me ocurrió que había pertenecido a algún viajero inocente, quien, al regresar a casa, se lo había entregado a monsieur Dessein

para que este pudiera sacarle mejor partido. Habían pasado cuatro meses desde que el vehículo concluyera su periplo por Europa y acabara en ese rincón de la cochera del hostalero. Y tras haber emprendido el viaje y tener que ser reparado ya desde el principio, y aunque habían tenido que desmontarlo en dos ocasiones para su paso por el escarpado Mount Cenis, no había disfrutado mucho de sus corredurías, ni mucho menos encontrándose parado y olvidado durante tantos meses en el rincón de la cochera de monsieur Dessein. De hecho, no podía decirse gran cosa de él —aunque sí podía decirse algo—, y como unas pocas palabras lo habrían rescatado de su penuria, odié al patán que las obviara.

—Ahora bien, si yo fuera el amo de este hotel —dije al tiempo que posaba la punta de mi dedo índice en el pecho de monsieur Dessein—, sin duda alguna insistiría en deshacerme de esta destartalada désobligeante; ahí está ella haciendo reproches con su traqueteo a cuanta persona pasa por su lado.

—Mon Dieu! —exclamó el hostalero—, no tengo ningún interés…

—Salvo por el interés —dije— que tienen los hombres de cierto ingenio, monsieur Dessein, en sus propias sensaciones. Estoy convencido de que, para un hombre que siente como propio cuanto padecen los demás, toda noche lluviosa que empape al prójimo, aunque intente disimularlo, llega a calar su propio espíritu. Usted sufre tanto como la máquina.

Siempre he observado que cuando un cumplido contiene dulzura y amargor en partes iguales, un inglés tiene la eterna duda de si aceptarlo o desoírlo; un francés jamás se enfrenta a ese dilema.

Monsieur Dessein me dedicó una reverencia.

—C’est bien vrai —respondió—. Aunque en este caso, acabaría cambiando una desazón por otra y, para colmo, saldría perdiendo. Imagine, mi querido señor, lo mucho que sufriría yo al entregarle una chaise que se haría pedazos antes de que hubiera completado la mitad de su camino hacia París. Daría una mala impresión de mí mismo a un hombre de honor y quedaría a merced, como debería hacer, d’un homme d’esprit.

La dosificación de sus palabras fue elaborada siguiendo paso a paso mi propia receta; así que no pude resistirme a probarla, y, al tiempo que correspondía la reverencia de monsieur Dessein, sin más casuística, caminamos juntos hacia su cochera para echar un vistazo a su flota de vehículos.

EN LA CALLE

CALAIS

Debe de ser este un mundo hostil cuando el comprador (si el artículo no es más que una penosa silla de posta) no puede salir a la calle con el vendedor, para solucionar sus diferencias, sin que, de forma instantánea, adopte la misma mentalidad y vea al negociante con los mismos ojos que lo haría si se dirigiera con él al rincón de Hyde Park donde se baten los hombres en duelo. Personalmente, en mi condición de triste espadachín y por no ser ni mucho menos un rival a la altura de monsieur Dessein, sentí cómo iban aflorando en mi interior todos los sentimientos provocados por la situación. Observé al dueño del hotel de cabo a rabo, lo contemplé mientras caminaba de perfil; a continuación, de frente; se me ocurrió que parecía judío, luego, turco; me desagradó su peluca; lo maldije por todo lo sagrado; deseé mandarlo al infierno.

¿Y todo ello se encendió en mi corazón por una miserable cuenta de tres o cuatro luises de oro, que era lo máximo que podía timarme?

—¡Vil pasión! —exclamé y di media vuelta, como haría cualquier hombre instintivamente ante un repentino revés a sus sentimientos—. ¡Vil y odiosa pasión! Vuestra mano está contra todos los hombres, y la de todos los hombres está contra vos.

—¡No lo quiera Dios! —exclamó ella llevándose una mano a la frente, pues me había quedado situado de cara a la dama a quien había visto departiendo con el fraile: nos había seguido sin que nos apercibiéramos de su presencia.

—¡No lo quiera Dios!, ¡claro! —recalqué yo, ofreciéndole mi mano.

Ella llevaba enfundados un par de guantes de seda negra que dejaban al descubierto únicamente el pulgar y el índice, y la aceptó sin reparos. Así la conduje hasta la puerta de la cochera.

Monsieur Dessein había maldecido la llave más de cincuenta veces antes de darse cuenta de que había cogido la que no era. La dama y yo estábamos tan impacientes como él esperando a que se abriera la puerta y tan concentrados en el obstáculo que seguí asiendo la mano de mi acompañante sin casi darme cuenta. En esa situación nos había dejado monsieur Dessein: con la mano de la dama en la mía, con la mirada clavada en la puerta de la cochera y con la promesa de que regresaría en cinco minutos.

Ahora bien, un coloquio de cinco minutos, en una situación de tales características, es equivalente a uno de otros tantos siglos. Con la mirada dirigida hacia la calle, en este caso, la conversación se inspira en los objetos y sucesos del exterior; cuando las miradas están fijas en el vacío, uno se inspira

únicamente en sí mismo. Un solo segundo de silencio, cuando monsieur Dessein ya nos había abandonado, habría resultado fatal para la situación: ella se habría marchado sin yo poder remediarlo; por ello inicié la conversación de forma inmediata.

No obstante, las tentaciones (pues escribo no para disculparme por las flaquezas de mi corazón en este viaje, sino para dar cuenta de ellas) serán descritas con la misma sencillez que las sentí.

LA PUERTA DE LA COCHERA

CALAIS

Cuando dije al lector que no había querido desmontar de la désobligeante porque vi al fraile hablando muy íntimamente con una dama que acababa de llegar a la pensión, estaba diciendo la verdad, aunque no toda la verdad. Pues lo que me cohibía era la apariencia y la figura de la dama con la que estaba departiendo el religioso. Me asaltaron las sospechas y se me ocurrió que él estaba contándole lo que había ocurrido entre nosotros. Algo me reconcomía por dentro; deseé que el fraile se marchara a su convento.

Cuando el corazón alza el vuelo más alto que el entendimiento, ahorra al juicio un mundo de penurias. Tenía la certeza de que ella pertenecía a una clase de seres superiores; no obstante, no pensé más en la dama, sino que proseguí con la redacción de mi prólogo.

Esa misma impresión volvió a sobrevenirme durante mi encuentro con ella en la calle. La franqueza cautelosa con la que me dio la mano demostraba su buena educación y su buen juicio, y mientras la acompañaba, sentí una agradable ductilidad que irradiaba de ella y que infundió calma en todo mi ser.

¡Por el amor de Dios! ¡Con qué placer llevaría un hombre a su vera a una criatura así alrededor del mundo!

Todavía no le había visto la cara: no era necesario. Pues el retrato había quedado dibujado al instante, y mucho antes de que llegáramos a la puerta de la cochera, la imaginación había trazado todo el busto y se había regalado tanto en la composición de su diosa como si se hubiera sumergido en las aguas del Tíber para hacerla emerger del fondo… Pero sois, imaginación, una fulana seducida y seductora; y, pese a que nos engatuséis siete veces al día con vuestros retratos e imágenes, lo hacéis con tantos encantos y adornáis vuestros cuadros con formas tan angelicales y luminosas que sería una pena romper con vos.

Cuando llegamos a la puerta de la cochera, la dama retiró la mano con la que se cubría la frente y me dejó ver el modelo original del retrato: era un rostro de unos veintiséis años, de tez ligeramente morena, de líneas limpias, sin carmín ni polvos. No era esencialmente hermosa, pero había algo en ella que, por el estado mental en que me encontraba, me hizo sentir una mayor atracción. Resultaba interesante: se me ocurrió que poseía las características del rostro de una viuda y que estaba experimentando su particular ocaso, que ya había pasado por los dos primeros paroxismos de la pena y empezaba tímidamente a reconciliarse con su pérdida. Aunque otras mil preocupaciones podrían haber trazado las mismas líneas; me habría gustado saber cuáles eran y estaba dispuesto a preguntar, (de haberlo permitido el bon ton de la conversación, como en la época de Esdras): «¿Qué os angustia? ¿Y por qué estáis inquieta? ¿Y por qué se haya vuestro entendimiento turbado?». En una palabra, ella me inspiraba bondad y, por algún motivo, decidí ofrecerle mi cortesía, cuando no mis servicios.

Esas fueron mis tentaciones. Y en disposición de entregarme a ellas, quedé a solas con la dama y su mano en la mía, y los rostros de ambos dirigidos a la puerta de la cochera con más intensidad de lo que era realmente necesario.

LA PUERTA DE LA COCHERA

CALAIS

—Esta, sin duda, hermosa dama —dije yo levantándole ligeramente la mano al empezar a hablar—, debe de ser una de las caprichosas tretas de la fortuna. Tomar a dos completos extraños de la mano, dos extraños de distinto sexo y quizá de distintos rincones del globo y, en un momento, colocarlos en una situación tan cordial que ni la misma amistad podría haber propiciado ni aunque lo hubiera planeado durante un mes.

—Y vuestra reflexión sobre ello demuestra hasta qué punto, monsieur, la fortuna os ha avergonzado con su osadía.

»Cuando la situación es tal como la habríamos deseado, nada resulta tan inoportuno como señalar las circunstancias que la provocan. Da usted gracias a la fortuna —prosiguió— y está en lo cierto; el corazón lo sabía y estaba satisfecho; ¿y quién, sino un filósofo inglés, habría enviado la orden a su cerebro de que revocara la sentencia?

Al tiempo que pronunciaba esas palabras, zafó su mano de la mía con una mirada que consideré un comentario lo bastante elocuente sobre lo dicho.

Es una descripción lamentable la que hago sobre la debilidad de mi

corazón al reconocer que sufrió un dolor que peores ocasiones no le habrían infligido. Me sentía mortificado por la pérdida de su mano, y la forma en que la había perdido no supuso alivio ni de óleo ni de vino para mi herida. Jamás había sentido el dolor de una inferioridad tan vergonzosa y tan lamentable en toda mi vida.

Los triunfos de un genuino corazón femenino no se apocan ante tales turbaciones. En cuestión de segundos, la dama posó una mano sobre el puño de mi abrigo para dar la puntilla a su respuesta. Así que, en cierta forma, y solo Dios sabe cómo, recuperé mi situación anterior.

La dama no tenía nada que añadir.

Inmediatamente empecé a idear una conversación distinta, pues supuse, a partir de las sensaciones que me habían invadido y la moraleja de lo ocurrido, que me había equivocado a la hora de juzgar su carácter. Pero al volver su rostro hacia mí, el espíritu que había dado aliento a la respuesta se había evaporado. Sus músculos se habían relajado y observé la misma mirada indefensa que en un principio me había cautivado. ¡Ay, melancolía! Ver tal vitalidad presa de la pena… Sentí lástima por ella en el fondo de mi alma. Y, pese a que pueda parecer ridículo a un corazón aletargado, podría haberla tomado en brazos y haberla consolado sin rubor, aunque estuviéramos en plena calle.

Las pulsaciones de mis arterias en los dedos que sostenían su mano revelaron a la dama lo que ocurría en mi interior; bajó la mirada. Siguieron unos minutos de silencio.

Me temo que en ese intervalo de tiempo debo de haber hecho algún ligero esfuerzo por aprehender con más fuerza su mano, pues percibí una sutil sensación en la palma de la mía; no como si fuera a retirarla, sino como si hubiera pensado en hacerlo. La habría perdido de forma irremisible una segunda vez de no haberme dejado guiar por el instinto antes que por la razón al aplicar el último recurso en estas situaciones de peligro: asir la mano de la dama con poca fuerza y de una forma que diera la impresión de que podía soltársela en cualquier momento. De este modo, ella permitió que siguiera teniéndola tomada de la mano hasta que monsieur Dessein regresó con la llave. Mientras tanto, me puse a pensar en cómo enmendar la mala impresión que la historia del pobre fraile, en caso de que él se la hubiera contado, pudiera haberle dado de mí.

LA TABAQUERA

CALAIS

El anciano y buen fraile se encontraba a unos seis pasos de distancia de nosotros, cuando se me ocurrió pensar en él. Estaba acercándose con andares un tanto vacilantes, como si no estuviera seguro de si debía o no interrumpirnos. No obstante, se detuvo en cuanto llegó a nuestra altura y se dirigió a nosotros abiertamente; llevaba una tabaquera en la mano y me la tendió.

—Debería probar el mío —dije yo tendiéndole mi tabaquera (pequeña y de carey) y depositándola en su mano.

—Es de una calidad excelente —afirmó el fraile.

—Entonces hágame el favor —respondí— de aceptar la cajita y su contenido y, cuando tome una pizca de él, recuerde de vez en cuando que fue una ofrenda de paz procedente de un hombre que en una ocasión le trató con brusquedad, pero que no lo hizo con mala intención.

El pobre fraile se tornó rojo como la grana.

—Mon Dieu! —exclamó, al tiempo que entrelazaba las manos—, usted jamás me ha tratado con brusquedad.

—Eso creía —dijo la dama—, no parece esa clase de hombre.

Esta vez fui yo quien se ruborizó; aunque el verdadero porqué de tal rubor lo dejo en manos de los pocos que tengan sensibilidad.

—Perdonadme, madame —respondí—, lo traté con enorme brusquedad y sin haber sido provocado.

—¡Eso es imposible! —exclamó la dama.

—¡Por Dios! —espetó el fraile, con una pasión en la exhortación que no parecía propia de él—, la culpa fue mía y de la indiscreción de mi celo.

La dama se negó a aceptarlo, y yo estuve de acuerdo con ella en mantener que aquello era imposible, que un espíritu tan deferente como el suyo no podía ofender a nadie.

Desconocía que una discusión pudiera ser algo articulado de forma tan dulce y placentera para el ánimo como yo sentí aquella. Permanecimos en silencio, sin sensación alguna de esa estúpida incomodidad que se da cuando, en una situación así, uno mira al otro a la cara durante unos diez minutos sin decir ni una palabra. Durante esa pausa, el fraile frotaba su tabaquera de cuerno en una manga de su hábito. En cuanto el objeto adquirió cierto brillo a causa de la fricción, me dedicó una profunda reverencia y dijo que era demasiado tarde para saber si había sido la debilidad o la bondad de nuestros caracteres la que nos había enfrentado, pero que, en cualquier caso, me rogaba

que intercambiáramos las tabaqueras. Al sugerirlo, me tendió la suya con una mano al tiempo que recibía la mía con la otra, y tras besarla, con una bondadosa mirada, se la guardó bajo el hábito y se marchó.

Custodio esa tabaquera como haría con las piezas representativas de mi religión para poder centrar mis pensamientos en algo mejor. En realidad, pocas veces marcho de viaje sin ella. Y no son pocas las ocasiones en que he evocado, gracias a ella, el amable espíritu de su dueño para atemperar el mío en las justas que me presenta el mundo. Y, precisamente, las justas habían tenido gran protagonismo en la existencia de su antiguo poseedor, como supe por su historia, pues, aproximadamente a los cuarenta y cinco años, sus servicios al ejército fueron mal recompensados y experimentó, al mismo tiempo, un desengaño en la más tierna de las pasiones. Abandonó a la vez la batalla y el bello sexo, y se acogió a sagrado no tanto en su convento como en su corazón.

Siento un profundo dolor, como ahora explicaré, pues en mi último viaje por Calais, al preguntar por el padre Lorenzo, supe que había muerto hacía tres meses y que le habían dado sepultura, no en su convento, sino, en cumplimiento de su voluntad, en un pequeño cementerio que pertenecía a su orden, a unas dos leguas de distancia. Sentí unas ganas irrefrenables de ver dónde lo habían enterrado. Ya sentado junto a su tumba y al sacar su pequeña tabaquera de cuerno, mientras arrancaba un par de ortigas de la cabecera que no tenían por qué crecer allí, me invadió una oleada tan inevitable de sentimientos que me ahogué en un mar de lágrimas. Soy pues tan débil como una fémina y ruego al mundo que no sonría, sino que se compadezca de mí.

LA PUERTA DE LA COCHERA

CALAIS

Durante todo ese tiempo no solté ni un segundo la mano de la dama, y la había sostenido durante tanto rato que hubiera sido indecente soltarla sin antes haberla posado sobre mis labios. La sangre y los humores, que la habían abandonado, volvieron a afluir en ella cuando lo hice.

En el preciso instante en que tenía lugar ese episodio, los dos viajeros que se habían dirigido a mí en la cochera pasaban por allí y fueron testigos del intercambio. Como cabía esperar, supusieron que éramos marido y mujer, cuando menos. Así que, tras detenerse en cuanto llegaron a la puerta de la cochera, el clasificado como viajero inquisitivo nos preguntó si partiríamos hacia París a la mañana siguiente.

—Solo puedo responder por mí —dije.

La dama añadió que ella partiría hacia Amiens.

—Allí comimos ayer —comentó el viajero simple.

—Pasará por la ciudad —añadió el otro— cuando vaya de camino a París.

Iba a dar mil gracias por la inteligente indicación de que Amiens está de camino a París, pero, como saqué la tabaquera de cuerno de mi humilde fraile para esnifar una pizca de tabaco, no tuve más impulso que el de dedicarles una calmada reverencia y desearles un buen viaje hasta Dover. Nos dejaron a solas.

«Ahora bien, ¿tendría algo de malo —me dije— ofrecerle a esta dama afligida compartir mi coche?, ¿y qué daño irreparable podría suponer?»

Toda baja pasión y propensión a la vileza de mi ser se puso alerta cuando planteé dicha proposición.

—Eso te obligará a conseguir un tercer caballo —comentó Avaricia—, lo que te dejará con treinta libras menos en el bolsillo.

—No sabes quién es la dama —dijo Precaución.

—Ni en qué líos puede acabar metiéndote este asunto —susurró Cobardía.

—¡Ándate con ojo, Yorick! —advirtió Discreción—. Dirán por ahí que te has ido con una meretriz, y que os habíais citado en Calais.

—¡No podrás volver a dar la cara ante el mundo! —gritó Hipocresía.

—Ni ascender de jerarquía en la Iglesia —sentenció Maldad.

—Ni ocupar cargo alguno en ella —anunció Orgullo— más que el de mísero prebendado.

—Pero si se trata de un asunto de civismo —repliqué.

Y como suelo actuar movido por impulsos y, por tanto, pocas son las veces que escucho tales disquisiciones, que no tienen más utilidad que la de parapetar el corazón con sentencias categóricas, me volví al instante hacia la dama.

Sin embargo, mientras se discutía la causa, ella se había alejado sin ser vista unos diez o doce pasos en el momento en que yo ya había tomado una decisión. Salí tras ella dando grandes zancadas para hacerle la proposición con toda la amabilidad de la que soy capaz. Aunque, al observar que caminaba con la mejilla ligeramente apoyada sobre la palma de una mano, que avanzaba con el paso lento que imprime la reflexión y que seguía caminando con la mirada clavada en el suelo, me di cuenta de que estaba cavilando sobre las mismas razones.

—¡Que Dios la asista! —exclamé—. Tendrá una suegra o alguna tía hipócrita o alguna mujer estúpida que le aconseje sobre la cuestión.

Sin voluntad de interrumpir el proceso y tras decidir que era más galante tratarla con discreción que no sorprenderla, me desvié ligeramente y di un pequeño rodeo antes de llegar a la puerta de la cochera mientras ella seguía apartada, musitando.

EN LA CALLE

CALAIS

Tras ver por vez primera a la dama, haber decidido entonces «que pertenecía a una clase de seres superiores» y haber emitido un segundo axioma, tan indiscutible como el primero —a saber: que se trataba de una viuda y que poseía una personalidad angustiada—, no fui más allá. Había sentado las bases para la situación que me complacía y, aunque se hubiera quedado a mi vera hasta la medianoche, habría permanecido fiel a esa reflexión y la habría juzgado solo desde ese punto de vista.

Apenas se había alejado de mí veinte pasos, cuando algo en mi interior me llamó a llevar a cabo una indagación más exhaustiva; me hizo pensar en la idea de una separación más definitiva. «Es posible que no vuelva a verla jamás». El corazón está para proteger todo cuanto pueda, y yo deseaba dar los pasos correctos que me permitieran encaminarme hacia ella en el caso de no reencontrarla jamás. En una palabra, deseaba saber cómo se llamaba, a qué familia pertenecía, cuál era su situación. Y como ya conocía el lugar al que se dirigía, quería saber de dónde provenía; pero no hubo manera de satisfacer esas curiosidades. Cientos de pequeños impedimentos se interpusieron en el camino. Pensé en toda una serie de ardides. No obstante, era inconcebible que un hombre osara hacerle preguntas directas; la misión era imposible.

Un afable y menudo capitán francés, que se aproximaba dando saltitos por la calle, me demostró que aquello era lo más fácil del mundo. Se interpuso de sopetón entre nosotros dos en el preciso instante en que la dama desandaba el camino desde la puerta de la cochera. Se me presentó y, antes de haber terminado, ya estaba rogándome que le hiciera el honor de presentarle a la dama.

—Pero si ni siquiera me he presentado yo.

Así que se volvió hacia ella como si nada y le preguntó si procedía de París. Ella le contestó que no, que iba en esa dirección.

—Vous n’êtes pas de Londres?

Ella respondió que no.

—Entonces, madame habrá llegado pasando por Flandes. Apparemment vous êtes Flammande? —dijo el capitán francés.

La dama respondió que sí lo era.

—Peut-être de Lille? —añadió el capitán.

Ella dijo que no era de Lille.

—¿Ni de Arras?, ¿ni de Cambray?, ¿ni de Gante?, ¿ni de Bruselas?

La dama aclaró que era de Bruselas.

Según comentó el veterano militar, él había tenido el honor de encontrarse en el bombardeo de la última guerra de aquel país; dijo que la situación de la ciudad era perfecta, pour cela, y llena de nobleza cuando los imperialistas fueron expulsados por los franceses (la dama hizo una ligera reverencia). Tras proporcionarle una descripción de la situación y del papel que él había desempeñado en la misma, le rogó que le hiciera el honor de decirle cómo se llamaba, y correspondió la reverencia.

—Et madame a son mari? —preguntó, volviendo la vista cuando ya había dado dos pasos.

Sin esperar una respuesta, se alejó dando saltitos por la calle.

Ni aunque hubiera invertido siete años en el aprendizaje de buenas maneras podría yo haber hecho nada parecido.

LA COCHERA

CALAIS

En el momento en el que el menudo capitán francés se alejaba de nosotros, monsieur Dessein llegó con la llave de la cochera en la mano e inmediatamente nos dio paso a su almacén de calesas.

El primer objeto que llamó mi atención, cuando el hospedero abrió la puerta de la cochera, fue otra vieja y destartalada désobligeante. Y a pesar de que era la copia exacta de la que me había cautivado solo una hora antes en la cochera, la simple visión de ese vehículo me provocó una desagradable sensación. Se me ocurrió que la construcción de una máquina así solo podía ser fruto del sentir de una grosera bestia; tampoco albergué mucha compasión

por el hombre que se planteara utilizarla.

Me percaté de que la dama se sentía tan perturbada por el vehículo como yo. Monsieur Dessein nos condujo hacia un par de calesas estacionadas la una junto a la otra, al tiempo que nos decía, a modo de recomendación, que las habían comprado milord A. y B. para realizar el grand tour, pero que no habían llegado más allá de París. Por ello, y a todos los efectos, estaban como nuevas. Eran demasiado buenas; y pasé a ver una tercera, que se encontraba detrás de aquellas y cuyo precio empecé a negociar de inmediato.

—Apenas caben dos personas —dije, al tiempo que abría la puerta y subía a la calesa.

—Tenga la bondad de subir, madame —dijo monsieur Dessein, ofreciendo su brazo.

La dama dudó un segundo y subió. Entonces el lacayo hizo una señal al hospedero para hablar con él. Monsieur Dessein cerró la puerta de la calesa tras sí y nos dejó a solas.

LA COCHERA

CALAIS

—C’est bien comique! ¡Es muy gracioso! —exclamó la dama sonriendo al pensar que era la segunda vez que nos habían dejado a solas por una serie de eventualidades disparatadas—. C’est bien comique! —repitió.

—Lo que haría falta para que sea así —dije yo— es la cómica forma en que un francés utiliza la galantería: hacer el amor desde el primer momento y presentarse después.

—Esa es su especialidad —respondió la dama.

—Al menos, eso es lo que se supone —apostillé—. Y ciertamente no sé cómo ha llegado a ser así. Pero, sin duda, se han ganado la fama de saber más del amor y de hacerlo mejor que ninguna otra nación sobre la faz de la tierra. Aunque, personalmente opino que no son más que unos patanes desleales y, en realidad, los peores arqueros que jamás hayan puesto a prueba la paciencia de Cupido.

»¡Pensar que hacen el amor jugando con los sentimientos! Es como pretender confeccionar un elegante vestido con un montón de retales. Y eso de hacer la corte así, de sopetón, a primera vista… Declararse de tal forma supone ofrecerse a alguien que los pasa por el tamiz y analiza todas sus

virtudes y flaquezas con la cabeza bien fría.

La dama se quedó esperando como si creyera que iba a continuar.

—Piense entonces, madame —proseguí posando una mano sobre la suya —, que las personas serias odian la simple mención del amor; que las personas egoístas lo odian por amor propio; que los hipócritas, por amor al cielo; y que todos nosotros, tanto viejos como jóvenes, nos sentimos diez veces más asustados que heridos por su presencia… ¡Qué falta de conocimiento demuestra en esta rama del comercio un hombre que pronuncie la palabra antes de pasadas una o dos horas desde el momento en que el silencio se torna tormentoso! Una serie de pequeñas y discretas atenciones, no tan exageradas como para resultar alarmantes, ni tan vagas como para ser malinterpretadas, complementadas por una mirada de amabilidad de tanto en cuanto, y poco o nada mencionado sobre el tema, ponen a la naturaleza de parte de uno y la dama se entrega.

—Entonces declaro solemnemente —dijo ella ruborizándose— que usted ha estado haciéndome el amor durante todo este tiempo.

LA COCHERA

CALAIS

Monsieur Dessein regresó para sacarnos de la calesa y comunicar a la dama que el conde de L., su hermano, acababa de llegar a la pensión. Aunque le deseaba todo lo mejor a la señora, mentiría si dijera que me alegré de la noticia y no pude evitar decírselo.

—Pues esto, madame, resulta muy inconveniente para la proposición que iba a hacerle —dije.

—Debe decirme de qué proposición se trata —respondió posando una mano sobre las mías al tiempo que me interrumpía—. Un hombre, mi buen señor, rara vez tiene una proposición amable que hacer a una mujer sin que ella lo haya presentido un momento antes.

—La naturaleza la ha armado así —dije yo— para perpetuar su condición.

—Pero yo creo —repuso ella mirándome a la cara— que nada malo puede sucederme. Además, para serle sincera, ya había decidido aceptarla. Si yo hubiera… —Hizo una breve pausa—. Creo que su buena voluntad solo podría haberme hecho contar una historia en la que la única nota peligrosa habría sido la lástima.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, toleró que la besara en la mano dos veces y, con una mirada llena de candor mezclado con preocupación, descendió de la calesa y se despidió con un adieu.

EN LA CALLE

CALAIS

Jamás he puesto fin a un negocio de doce guineas de forma tan expeditiva. Por la pérdida de la dama, el paso del tiempo se me hacía pesado y, con la certeza de que cada minuto me parecerían dos hasta que me pusiera en marcha, pedí los caballos para el viaje y me dirigí hacia la pensión.

—¡Dios! —exclamé al escuchar que el reloj de la ciudad marcaba las cuatro y recordar que no llevaba más de una hora en Calais…

¡Qué gran número de aventuras pueden contenerse en este breve instante de la existencia de un hombre cuyo corazón se interesa por todo! Quien, teniendo ojos para ver lo que el tiempo y la oportunidad ponen ante sí continuamente mientras realiza su recorrido, no pierde ocasión de aprehender todo aquello que le está permitido.

Si esto que me ocupa no resulta, otra cosa lo hará. No importa, este es un ensayo sobre la naturaleza humana y el fruto del sufrimiento es mi trabajo, con eso ha de bastarme. El placer del experimento ha mantenido despiertas y latentes mis emociones y gran parte de mi sangre, al tiempo que ha adormecido lo más oscuro.

Compadezco al hombre que viaja de Dan a Bershabé y grita: «¡Todo es yermo!». En efecto: así es el mundo entero para el que no cultiva los frutos que ofrece la tierra.

—Afirmo —dije, dando una alegre palmada— que si me hallara en el desierto, buscaría el lugar apropiado que sirviera de inspiración a mis afectos. Si no tuviera éxito, los haría armonizar con algún fresco mirto o buscaría algún ciprés melancólico con el que identificarme. Me cobijaría a la sombra de estos árboles y les agradecería con amabilidad su protección. Grabaría mi nombre en su corteza y juraría que eran la floresta más hermosa de todo el desierto. Si sus hojas se marchitaran, aprendería a agonizar con ellos y, cuando reverdecieran, renacería con ellos.

El sabio Smelfungus viajó de Bolonia a París, de París a Roma, y así prosiguió. Pero emprendió el viaje afectado de melancolía e ictericia y todo cuanto vio quedó descolorido o distorsionado en su memoria. Escribió una

descripción de ese recorrido, aunque no es otra cosa que la descripción de sus míseros sentimientos.

Me encontré con Smelfungus justo cuando salía por el gran pórtico del Panthéon.

—Esto no es más que una gigantesca gallera —espetó.

—Ojalá no hubiera dicho usted nada peor sobre la Venus de Médicis —respondí, pues había llegado a mis oídos que, cuando pasó por Florencia, había enfurecido ante la diosa y le había dado peor tratamiento que a una vulgar fulana, sin tener motivo alguno.

Volví a toparme con Smelfungus en Turín, cuando regresaba a su hogar. Tenía una penosa historia sobre sus aventuras que relatarme: «En la que hablaba sobre perturbadores accidentes en el mar y en tierra firme, y sobre caníbales que se devoraban entre sí: los antropófagos». Lo habían desollado vivo, se había encontrado con todo tipo de obstáculos y lo habían tratado peor que a san Bartolomé en todas las etapas de su viaje.

—¡Se lo contaré al mundo! —exclamó Smelfungus.

—Mejor habría hecho contándoselo a su médico —le aconsejé.

Mundungus, quien amasaba una inmensa fortuna, realizó el tour completo; fue de Roma a Nápoles; de Nápoles a Venecia; de Venecia a Viena, a Dresde, a Berlín, sin ningún contacto generoso o anécdota agradable de los que hablar. Se había limitado a viajar sin parar, sin mirar a derecha ni izquierda, no fueran Amor o Piedad a embaucarlo para que se apartarse de su camino.

¡Que la paz sea con Smelfungus y Mundungus! Si es que pueden encontrarla. Aunque ni el mismísimo cielo, de haber sido posible llegar hasta ellos con esos caracteres, habría podido proporcionársela. Ni aunque todos los espíritus amables hubieran descendido montados en alas del amor para jalear su llegada, ni aunque sus almas hubieran escuchado más que vitales himnos de gozo, sinceros arrebatos de amor y felicitaciones por su alegría… Los compadezco de todo corazón porque no tienen ninguna facultad para disfrutarlo. Ya podrían poner en manos de Smelfungus y Mundungus la más encantadora mansión de los cielos, ellos estarían tan alejados de la felicidad ¡que morarían allí como dos almas en pena por toda la eternidad!

MONTREUIL

En una ocasión perdí mi baúl de viaje del maletero de la calesa, en dos ocasiones desmonté con lluvia, y una de las veces me hundí en el fango hasta

las rodillas para ayudar al postillón a asegurar los amarres; todo ello sin acertar a comprender qué me faltaba. No fue hasta llegar a Montreuil, cuando el hospedero me preguntó si no precisaba un criado. Pensé que eso era exactamente lo que necesitaba.

—¡Un criado! Es lo que necesito con más premura —dije.

—Pues, monsieur —dijo el hospedero—, hay un joven muy inteligente al que enorgullecería servir a un caballero inglés.

—Pero ¿por qué a un caballero inglés y no a cualquier otro?

—Porque ustedes son tremendamente generosos —respondió.

«Que me aspen si por esa frase no saco una libra de más del bolsillo —dije para mí— esta misma noche».

—Y lo son porque tienen los medios para permitírselo, monsieur —añadió.

—Anótese una libra más por esas palabras —dije.

—Anoche mismo —prosiguió el hospedero— un milord anglais présentait un écu à la fille de chambre.

—Tant pis pour mademoiselle Jeanneton —respondí.

Ahora bien, como la señorita Jeanneton era hija del hospedero y este creyó que yo no sabía mucho francés, se tomó la libertad de aclararme que no debía haber dicho tant pis, sino tant mieux.

—Tant mieux, toujours, monsieur —dijo—, cuando hay algo que conseguir; tant pis, cuando no se consigue nada.

—Al fin y al cabo es lo mismo —respondí.

—Pardonnez-moi —concluyó el hospedero.

No veo una ocasión más apropiada para aclarar, de una vez por todas, que tant pis y tant mieux, por ser dos de los ejes fundamentales del francés coloquial, deben ser expresiones dominadas por el extranjero antes de llegar a París.

Un ocurrente marqués francés sentado a la mesa de nuestro embajador preguntó a un tal señor H. si él era H., el poeta.

—No —respondió el señor H. con gentileza.

—Tant pis —respondió el marqués.

—Es H., el historiador —aclaró otro.

—Tant mieux —comentó el marqués.

Y el señor H., que es un hombre bondadoso, agradeció ambos comentarios.

Cuando el hospedero me hubo aclarado la cuestión mandó llamar a La Fleur, que era el joven del que me había hablado, no sin advertirme antes que no me diría nada sobre su talento: «Monsieur será quien mejor pueda valorar qué le conviene». No obstante, daba absoluta fe de la lealtad de La Fleur.

El hospedero pronunció aquellas palabras con un tono que me centró de manera inmediata en el asunto que me ocupaba.

La Fleur, quien estaba esperando fuera, entró con esa impaciencia llena de ansiedad que todo hijo de vecino ha sentido alguna vez.

MONTREUIL

Suelen caerme en gracia todas las personas a primera vista, pero, sobre todo, cuando me hallo ante un pobre diablo que se acerca a mí para ofrecer sus servicios a otro pobre diablo como yo. Y como sé que tengo esa debilidad, siempre obligo a mi juicio a actuar con cierta reserva, y esto, más o menos, según el humor del que esté y del caso en particular. También, debo añadir, según el género de la persona a la que voy a contratar.

Cuando La Fleur entró en la habitación, sin olvidar todo lo que mi espíritu podía pasar por alto, la franqueza del aspecto y la mirada del individuo decidió la cuestión inmediatamente a su favor. Lo contraté a la primera, antes incluso de preguntarle cuáles eran sus habilidades.

«Ya descubriré sus talentos —pensé—, pues me interesan. Además, los franceses saben hacer de todo».

Ahora bien, el pobre La Fleur no sabía hacer otra cosa en la vida que aporrear un tambor e interpretar una o dos marchas en el pífano. No obstante, tomé la firme decisión de hacer que aflorasen sus talentos; y puedo decir que mi flaqueza jamás ha sido tan vilipendiada por mi sabiduría como en ese intento.

La Fleur había echado a volar muy joven, con la gallardía que caracteriza a la mayoría de los franceses, y había servido a la corona durante un par de años. Al final de ese periodo, tras satisfacer ese sentimiento y haber descubierto, además, que el honor de tocar el tambor sería probablemente su única recompensa, pues ello no le abrió más puertas hacia la gloria, se retiró a ses terres, y empezó a vivir comme il plaisoit a Dieu; es decir, de la sopa boba.

—¡Pues vaya! —dijo Sabiduría—, ¡has contratado a un tambor como tu asistente en este viaje a través de Francia e Italia!

—¡Bah! —espeté—. ¿Acaso no va la mitad de nuestra aristocracia con un

tambor como compagnon du voyage haciendo el mismo recorrido, y tiene que pagar al gaitero, al diablo y al resto de la comparsa?

Cuando un hombre puede excusarse a sí mismo con un equívoco en una disputa tan desigual, es que no anda tan mal…

—Pero sabrás hacer otra cosa, ¿verdad, La Fleur? —le pregunté.

—O qu'oui!

Sabía confeccionar polainas y tocar un poco el violín.

—¡Bravo! —exclamó Sabiduría.

—Bueno, yo toco el contrabajo —dije—, vamos a llevarnos muy bien. ¿Podrías afeitarme y acicalarme la peluca, La Fleur?

Era el hombre mejor dispuesto del mundo.

—¡Es suficiente, por todos los santos! —exclamé, interrumpiéndole—, con eso me basta.

Así que, mientras servían la cena, tuve un alegre spaniel inglés a un lado de la silla y al otro un criado francés, con la hilaridad más grande en la expresión que jamás haya impreso en una faz la naturaleza. Me sentí lleno de dicha y satisfacción por mi imperio y, si los monarcas supieran lo que les conviene, podrían sentirse igual de satisfechos que yo.

MONTREUIL

Puesto que La Fleur me acompañó durante todo el viaje por Francia e Italia y saldrá a menudo a escena, debo conseguir que el lector se interese algo más en él diciendo que jamás me arrepentiré menos de mi impulsividad a la hora de tomar decisiones que en el caso de este individuo. Era un espíritu leal, afectuoso, el alma más sencilla que jamás ha ido pisándole los talones a un filósofo. Y, pese a que su talento como tamborilero y confeccionador de polainas resultaba muy loable en sí mismo pero no me sirvió de mucho, no había momento en que no me sintiera gratificado por la vitalidad de su carácter. Ese rasgo compensaba todos sus defectos. Para mí, sus atenciones eran un recurso inapelable en todas mis dificultades y cuitas. Iba a añadir que en las suyas también, pero a La Fleur parecía no afectarle nada; pues, ya fuera el hambre o la sed, el frío o la desnudez, o las noches de vigilia, o cualquier golpe de mala suerte que recayera sobre La Fleur al acompañarme en mis viajes… no había nada en su fisonomía que diera cuenta de tales padecimientos; era imperturbable. Por ello —si es que se me puede llamar

filósofo en ocasiones, cuando Satán, de cuando en cuando, me pone en esa tesitura—, mortifica siempre mi orgullo el pensar en lo mucho que le debo a la filosofía física de este pobre individuo, por hacerme avergonzar de tal manera que al final acabé aspirando a un pensamiento superior. Con todo, La Fleur tenía cierto toque de engreimiento, aunque, a primera vista, me pareció más envanecido por naturaleza que por afectación. Antes de haber cumplido los tres días con él en París, dejó de parecerme engreído.

MONTREUIL

A la mañana siguiente, cuando La Fleur empezaba con su trabajo, le entregué la llave de mi baúl de viaje, con un contenido inventariado de media docena de camisas y calzones de seda, y le ordené que lo atara bien a la calesa; que enganchara los caballos y que le pidiera al hospedero que saliera a entregarme la cuenta.

—C'est un garçon de bonne fortune —dijo el hospedero, señalando por la ventana a media docena de muchachas que se había arremolinado alrededor de La Fleur y estaban despidiéndose de él muy cariñosamente, mientras el postillón tiraba de los caballos para sacarlos al exterior.

La Fleur las besó en la mano una a una y repitió la acción, se enjugó por tres veces las lágrimas y por tres veces les prometió que traería a todas indulgencias de Roma.

—El joven —dijo el hospedero— es querido en toda la ciudad y apenas si hay algún rincón donde no se le aprecie. No tiene más que una desgracia en su vida —prosiguió—: está siempre enamorado.

—Me alegro de todo corazón —afirmé—, pues así me ahorraré las molestias de tener que ser yo quien se ponga los calzones bajo la cabeza por las noches.

Con estas palabras, no estaba elogiando tanto a La Fleur como a mí mismo, pues toda la vida había estado enamorado de una princesa u otra, y así espero que sea hasta morir, ya que tengo el firme convencimiento de que si en algún momento llevo a cabo una mala acción debe ser durante el intervalo entre una pasión y otra. Mientras dura ese interregno, soy consciente de que mi corazón permanece cerrado a cal y canto; apenas si puedo acceder a él como para dar a Miseria una moneda de seis peniques. Y, por ello, siempre me libero de esa condición lo antes posible, y en el momento en que vuelve a encenderse la llama vuelvo a ser todo generosidad y bondad; y haría cualquier cosa en el mundo, ya fuera por cualquiera o con cualquiera siempre que sea para

satisfacerme y que no conlleve la comisión de un pecado.

Con estas palabras queda claro que encomio a la pasión, no a mí mismo.

FRAGMENTO

La ciudad de Abdera, pese a haber sido el hogar de Demócrito, quien se sirvió de todos los recursos de la ironía y la risa para rescatarla, era la de moral más laxa y disoluta de toda Tracia. De día no se sucedían dentro de sus límites más que envenenamientos, conspiraciones y asesinatos, calumnias, sátiras y revuelos; y de noche, empeoraba.

Ahora bien, cuando estaban peor las cosas, aconteció que se representaba en Abdera la Andrómeda de Eurípides, y la totalidad del público se mostró complacido con lo que vio. Aunque de todos los pasajes que los deleitaron, nada tuvo más efecto en su imaginación que los candorosos arrebatos de la naturaleza que había incluido el poeta en el patético discurso de Perseo: «¡Oh, Cupido, príncipe de dioses y hombres!», etcétera. Al día siguiente, la práctica totalidad de los hombres hablaba en yámbicos puros, y no se comentaba otra cosa que la patética frase de Perseo, «¡Oh, Cupido, príncipe de dioses y hombres!», en todas las calles de Abdera, en todas las casas. «¡Oh, Cupido! ¡Cupido!» estaba en boca de la ciudad entera, como las espontáneas notas de alguna suave melodía que escapan de ella, quiera o no quiera la tonada. No se oía otra cosa que no fuera: «¡Cupido! ¡Cupido, príncipe de dioses y hombres!». El fuego de la pasión se propagó y la ciudad al completo, como el corazón de un único hombre, se abrió al amor.

No había apoticario que vendiera ni un grano de eléboro, ni un solo herrero que tuviera corazón para forjar los instrumentos de la muerte. Amistad y Virtud se reunieron y se fundieron en un beso en plena calle. La edad de oro regresó y se instaló en la ciudad de Abdera. Todos los abderranos tomaron sus flautas de pan y todas las abderranas se despojaron de sus tejidos color púrpura y se sentaron castamente a escuchar las melodías.

Esto solo podía haber sido obra, reza el fragmento, del poder del Dios cuyo imperio se extendía del cielo a la tierra, e incluso hasta las profundidades del mar.

MONTREUIL

Cuando todo está dispuesto y ya todo se ha discutido y pagado en la posada, salvo que uno se encuentre contrariado por la aventura, siempre hay una cuestión que le retiene en la puerta antes de que pueda montar en su calesa. Dicho asunto está relacionado con los hijos e hijas de la pobreza que lo rodean. Que ningún hombre diga: «¡Que se vayan al infierno!»; es un cruel viaje para un puñado de miserables que ya tienen sufrimientos de sobra sin necesidad de añadir precisamente ese. Siempre he creído que lo más conveniente es tenderles unos cuantos sous en una mano; mi consejo es que todo viajero amable actúe de igual modo. No hay necesidad de que el caballero especifique las razones de su donativo, ya quedarán explicadas en algún otro lugar.

Por mi parte, debo decir que no existe hombre que dé tan poco como yo; pues pocos, y me consta, tienen tan poco para dar. Sin embargo, como aquel era mi primer acto de caridad pública en Francia, me esforcé cuanto pude.

—¡Ah! —exclamé—. Si no tengo más que ocho miserables sous.

Y los enseñé puestos sobre la mano a ocho hombres pobres y ocho pobres mujeres que los codiciaban.

Un necesitado, vestido con andrajos y descamisado, de inmediato se retractó de su ruego y retrocedió dos pasos, alejándose del círculo y haciendo una reverencia para excusarse. Ni la concurrencia gritando a coro «Place aux dames» habría transmitido una sensación de deferencia con el otro sexo tan efectiva como aquel gesto.

¡Santo cielo! ¿Por qué sabias razones habéis ordenado que la mendicidad y la urbanidad, tan bien diferenciadas en otros países, deban encontrar un punto de comunión en este?

Insistí en darle un sous solo a aquel mendigo, sencillamente, por su cortesía.

Un pobre tipejo enano y vivaracho, situado justo frente a mí en el corrillo, y que se metió algo bajo el brazo —algo que otrora fuera un sombrero—, se sacó la tabaquera de un bolsillo y con generosidad ofreció tabaco a diestra y siniestra: era un ofrecimiento importante, aunque fue rechazado con modestia. El pobre hombrecillo insistió a los presentes con un ademán de asentimiento, como expresión de su afabilidad.

—Prenez-en, prenez —repetía mirando hacia otro lado; así que los presentes tomaron una pizca de rapé.

«¡Pobre de ti si la tabaquera se queda vacía!», pensé y, por ello, le puse un par de sous dentro y tomé una pizca de su contenido al mismo tiempo para dignificar el valor de las monedas. El mendigo agradeció la trascendencia de

esta segunda acción más que la de la primera; pues con ella estaba honrándolo, y con la limosna solo estaba teniendo un gesto caritativo. Me hizo una reverencia hasta el suelo en agradecimiento.

—¡Tomad! —dije al soldado manco, que había luchado en el campo de batalla y había estado a punto de perder la vida en el cumplimiento del deber —, aquí tenéis un par de sous para vos.

—Vive le Roi! —exclamó el veterano soldado.

No me quedaban más que tres sous y di uno pour l'amour de Dieu, pues con estas palabras me lo mendigaron. La pobre mujer a quien se lo entregué tenía una cadera dislocada, así que no podía ser por ningún otro motivo.

—Mon cher et très-charitable monsieur.

—A este no se lo puedo negar —dije.

—Milord anglais.

El simple sonido de aquellas palabras valía un dinero, y las pagué con mi último sous. Sin embargo, en el fragor de la donación, había pasado por alto a un pauvre honteux que no había pedido ni una sola moneda para él y que creo que habría muerto antes de haber mendigado algo para sí. Se encontraba junto a la silla de postas, un tanto apartado del corrillo, y estaba enjugándose una lágrima de un rostro que, según aprecié, había sido testigo de mejores épocas.

—¡Por Dios santo! —exclamé—, y no me queda ni un solo sou que darle.

Pero ¡si tienes mil!, gritaron todas las fuerzas de la naturaleza que luchaban en mi interior. Entonces, sin importarme nada, le di ahora me avergüenza decir cuánto y entonces me avergonzó pensar en lo poco que era. Bueno, si el lector ha podido formarse cierta idea de cuál era mi disposición de ánimo y una vez aclarados estos factores, tal vez llegará a calcular que la cantidad exacta de la limosna fue de una o dos libras.

No pude permitirme dar nada al resto, más que un Dieu vous bénisse!

—Et le bon Dieu vous bénisse encore —exclamaron el viejo soldado, el enano y los otros.

El pauvre honteux no pudo decir nada. Sacó un pañuelo blanco y se enjugó el rostro al tiempo que daba media vuelta. Me dio por pensar que se sentía más agradecido conmigo que todos los demás juntos.

EL POLLINO

Una vez arreglados estos asuntillos, subí a mi calesa con más ligereza de la que había montado en un vehículo en toda mi vida. La Fleur iba con una larga bota de montar colgando por un lado de su pequeño pollino y con la otra por el otro (pues no cuento las piernas). Avanzaba ante mí tan alegre y erguido como un príncipe.

Pero ¿qué es la felicidad?, ¿qué es la grandeza en este escenario con decorado de fondo de la vida? Antes de que hubiéramos recorrido una legua, un asno muerto detuvo repentinamente la trayectoria de La Fleur. Su pollino se negaba a pasar junto al cadáver. La monta se enfrentó al jinete, y el pobre muchacho salió disparado de sus largas botas con la primera coz.

La Fleur arrostró la caída como un cristiano francés: sin decir nada más que Diable! De inmediato volvió a montar y a la carga: se puso a horcajadas sobre el pollino y lo fustigó como si estuviera aporreando la piel del tambor.

El cuadrúpedo iba dando tumbos de un lado a otro del camino, retrocedía, avanzaba de acá para allá y, en resumen, se dirigía hacia cualquier punto salvo al lugar en que se encontraba el burro muerto. La Fleur se empecinó en hacerlo pasar por allí y su pollino volvió a descabalgarlo.

—La Fleur —dije—, ¿qué le ocurre a ese pollino tuyo?

—Monsieur —respondió—, c’est le cheval le plus opiniâtre du monde.

—Pues nada, si tan engreída es esa bestia, que vaya por donde le venga en gana —respondí.

La Fleur desmontó y, tras propinarle un buen y sonoro azote con la fusta, el pollino me tomó la palabra y regresó a Montreuil patas para que os quiero.

—Peste! —exclamó La Fleur.

Y no vendrá aquí mal-à-propos observar en este punto que aunque La Fleur se sirviera de dos interjecciones en este encuentro, a saber: Diable! y Peste!, existen, no obstante, tres expresiones de esta clase en la lengua francesa: son la forma positiva, comparativa y superlativa, aplicables cada una a los avatares inesperados de la vida.

Le Diable!, que es la primera y la forma positiva, se usa por lo general para impresiones corrientes, cuando algún detalle resulta contrario a nuestras expectativas. Como por ejemplo: una tirada doble de unos en los dados, la caída de La Fleur por la coz de su pollino, etcétera. Por la misma razón, cuando a uno lo convierten en cornudo, siempre se utiliza Le Diable!

Sin embargo, en los casos en que la situación tiene algo de irritante, como el momento en que el pollino se dio a la fuga y dejó a La Fleur tirado en el suelo con las botas puestas, ya se pasa a un segundo grado.

Entonces se utiliza Peste!

En cuanto al tercer grado…

Se me parte el corazón de lástima y camaradería al pensar en las miserias que tiene que haber padecido y la amargura que debe de haber sufrido un pueblo de un refinamiento tal como para utilizar una expresión así.

¡A mí, oh, fuerzas que tocáis mi lengua con la elocuencia en los momentos de aflicción! Sin importar cuál sea mi sino, no me concedáis más que palabras honrosas que exclamar para ceder al impulso de la interjección.

Empero, como en Francia no cuentan con esa clase de vocablos, tomé la resolución de aceptar todo tal como acontecía sin hacer ningún tipo de exclamación.

La Fleur, quien no había hecho tal pacto consigo mismo, siguió al pollino con la mirada hasta perderlo de vista. A continuación… el lector puede imaginar, si así le place, la palabra con la que puso punto y final al asunto.

Como no tenía sentido salir a la zaga de un jamelgo asustado calzado con botas de montar, no quedaba más remedio que llevar a La Fleur o bien en la parte trasera de la calesa o en su interior.

Preferí esto último y, en cuestión de media hora, llegamos a la posada de Nampont.

NAMPONT

EL BURRO MUERTO

—Y esta —dijo al tiempo que metía los restos de un mendrugo en su zurrón—, esta habría sido tu parte, si hubieras estado vivo para compartirlo conmigo.

Creí, por la entonación, que había sido una sentencia dirigida a su hijo; pero había sido dedicada a su pollino y al burro que acabábamos de ver muerto en el camino, que había provocado la desgracia de La Fleur. El hombre parecía lamentarlo sobremanera, y la escena me recordó de inmediato a los lamentos de Sancho por su monta; aunque este individuo lo expresó de forma más natural.

El doliente estaba sentado en un banco de piedra junto a la puerta, con la silla del burro y la brida a un lado, que iba levantando de cuando en cuando, la volvía a soltar, se quedaba mirándola y sacudía la cabeza.

Entonces volvió a sacar el mendrugo de pan del zurrón, como si fuera a comérselo. Lo sostuvo durante un rato en la mano, luego lo depositó sobre el bocado del ronzal de su pollino, observó con nostalgia el pequeño arreglo que acababa de componer y, a continuación, lanzó un profundo suspiro.

La sencillez de su lamento atrajo a unas cuantas personas y La Fleur entre ellas, mientras preparaban los caballos. Como yo seguía sentado en la calesa pude ver y escuchar desde mi posición superior lo que decían.

Declaró que había llegado de España, adonde había ido desde las fronteras más lejanas de Franconia, y que había viajado hasta donde se encontraba de regreso al hogar, donde su burro había fallecido. Todos parecían deseosos de saber qué asunto habría llevado a un hombre tan anciano y pobre a realizar un viaje que lo alejaba tanto de su tierra natal.

El cielo había querido, afirmó, bendecirlo con tres hijos: los mejores muchachos de Alemania; pero como en cuestión de una semana había perdido a los dos mayores víctimas de la viruela y el pequeño se había contagiado de la misma enfermedad, temía haberlos perdido a los tres. E hizo una promesa: si el cielo no le quitaba también al benjamín, iría en peregrinación de agradecimiento a Santiago de Compostela.

Cuando el doliente llegó a ese punto de su historia, hizo una pausa para pagar a la naturaleza su tributo y lloró amargamente.

Contó que el cielo había aceptado sus condiciones, y que él había dejado su casita de campo, montado en aquella pobre bestia que había sido su paciente compañero de viaje; que había compartido con él el mismo pan durante todo el camino y que era para él como un amigo.

Todos cuantos allí estaban escuchaban al pobre diablo con consternación. La Fleur le ofreció dinero. El doliente dijo que no lo quería; lo importante no era el valor del asno, sino su pérdida. Según declaró, el burro lo quería, estaba seguro de ello. Y, a tenor de este comentario, relató a la concurrencia una larga historia sobre una desgracia acontecida durante su paso de los Pirineos, que los había mantenido separados tres días. Durante ese tiempo, el burro lo había buscado con tanto ahínco como su amo a él, y añadió que ni uno ni otro había comido o bebido hasta volver a encontrarse.

—Tenéis al menos un consuelo, amigo mío —dije—, en la pérdida de la pobre bestia; estoy seguro de que habéis sido un amo misericordioso con él.

—¡Claro! —exclamó el doliente—, eso creía yo cuando estaba vivo. Pero ahora que está muerto, he cambiado de parecer. Creo que el peso de mi cuerpo y el de mis penurias en conjunto ha sido una carga demasiado grande para él; ha acortado la vida de la pobre criatura y me temo que tendré que responder por ello.

«¡Vergüenza debería darnos a todos! —pensé—. Si todos amáramos al prójimo como este pobre diablo quería a su burro, otro gallo nos cantaría».

NAMPONT

EL POSTILLÓN

La turbación que me causaron las palabras del pobre diablo requería cierta atención; pero el postillón no tuvo el más mínimo miramiento, sino que se lanzó a galope tendido por el pavé.

El alma más sedienta en el desierto más arenoso de Arabia no podría haber anhelado más un tazón de agua fría de lo que yo anhelaba desplazarme con movimiento parsimonioso y pausado. De hecho, me habría formado una elevada opinión del postillón si me hubiera timado yendo más despacio. Sin embargo, mientras el doliente estaba poniendo punto y final a sus lamentos, el jinete propinó un cruel latigazo a sus caballos y partió entre un chacoloteo de mil demonios.

Lo llamé a voz en grito y, por el amor de Dios, le rogué que avanzara más despacio; pero cuanto más alto lo llamaba, mayor era lo despiadado de su galope.

—Que el diablo se lo lleve a él y a su galope —espeté—, seguirá así hasta que haya acabado con mi paciencia y me haga enloquecer, entonces irá más despacio para que yo pueda paladear el dulzor de esa condición.

El postillón actuó en consecuencia y ni un milagro le habría puesto freno. Cuando hubo llegado al pie de una colina empinada, a aproximadamente media legua de Nampont, había conseguido sacarme de quicio, luego me desquicié conmigo mismo porque había conseguido sacarme de quicio.

Mi caso requería un tratamiento del todo diferente; una ruidosa y enérgica galopada me habría venido como anillo al dedo.

—¡Vamos pues, adelante, adelante, mi buen muchacho! —exclamé.

El postillón señaló hacia la colina. Entonces intenté retomar el hilo de la historia del pobre alemán y su burro, pero lo había perdido y ya no podía recuperarlo, lo mismo que el postillón había perdido el ritmo para ir al trote.

—¡Al diablo con todo! —espeté—. Heme aquí, sentado y francamente dispuesto a sacar provecho hasta de lo peor, más que ningún otro hombre, y todo se pone en mi contra.

Existe un dulce lenitivo que nos ofrece la naturaleza, no obstante, al menos

para los males. Lo tomé con cuidado de sus manos y me quedé dormido. La primera palabra que oí al despertar fue Amiens.

—¡Bendito sea Dios! —exclamé al tiempo que me frotaba los ojos—, esta es la ciudad a la que ha de llegar mi frágil damisela.

AMIENS

Apenas hube pronunciado estas palabras cuando la silla de postas del conde de L., con su hermana como pasajera, pasó a todo correr. La dama solo tuvo tiempo de hacerme un pequeño gesto de reconocimiento con la cabeza; fue un gesto especial que me indicó que aún no me había olvidado. Y su mirada fue una confirmación de ello, puesto que, antes de haber tenido tiempo para acabar la cena, el criado de su hermano entró en mis aposentos con una nota en la que la dama me comunicaba que se había tomado la libertad de confiarme una carta que yo debía entregar en persona a madame de R., la primera mañana que tuviera libre en París. Añadió solo algo más: lo lamentaba, pero no sabía qué motivo la había impulsado a no contarme su historia, decía que todavía me debía el relatármela; y que, si mi recorrido en algún momento me llevaba hasta Bruselas y si por ese entonces todavía no había olvidado el nombre de madame de L., ella en persona estaría encantada de cumplir con su obligación.

—Pues me encontraré con vos —dije—, ¡alma pura!, en Bruselas. Eso no supondrá más que regresar al hogar desde Italia a través de Alemania llegando a Holanda, por la ruta de Flandes. Apenas tendré que desviarme diez postas de mi camino. Y, ¡aunque fueran diez mil!, ¡qué forma tan jubilosa de coronar mi viaje constituiría tal encuentro, al compartir los lamentables incidentes de una historia de miseria relatado de boca de la propia doliente! ¡Y verla sollozar! Aunque no pueda drenar la fuente de sus lágrimas, ¡qué exquisita sensación aportará, no obstante, el hecho de enjugarlas de las mejillas de la más importante y hermosa mujer, mientras permanezco sentado junto a ella toda la noche en silencio y pañuelo en mano!

No había nada pecaminoso en ese sentimiento, mas de inmediato se lo reproché a mi corazón con las más amargas y reprobatorias expresiones.

Como ya he referido al lector, siempre ha sido una de las bendiciones especiales de mi vida el estar penosamente enamorado de alguien casi cada hora de la misma. La penúltima llama había sido extinguida por un soplo de celos a la vuelta repentina de una esquina, pero se había reencendido con la candela pura de Eliza apenas hacía tres meses. Al ocurrir, yo había jurado que

ese fuego debía arder durante todo mi viaje. ¿Por qué debía ocultarlo? Le había jurado fidelidad eterna; ella era la dueña absoluta de mi corazón; dividir mis afectos suponía menguarlos; exponerlos suponía arriesgarlos: el riesgo implica pérdida.

—… Y ¿qué le dirás, Yorick, a un corazón tan lleno de confianza y seguridad, tan amable y tan irreprochable?

—No iré a Bruselas —respondí interrumpiendo así mis propias divagaciones.

Pero la imaginación siguió por libre, y recordé la mirada de Eliza en aquel momento crucial de nuestra separación, cuando ninguno de los dos tuvo fuerzas para decir adieu! Contemplé la imagen que me había colgado del cuello con un lazo de raso negro y me ruboricé al mirarlo. Habría dado mi vida por besar ese retrato, pero me sentía avergonzado.

—¿Se marchitará esta tierna flor —me pregunté presionando la imagen entre mis manos—, se marchitará hasta la mismísima raíz, Yorick, por tu culpa; tú, que habías prometido darle cobijo en tu pecho?

»¡Eterna fuente de felicidad! —exclamé e hinqué una rodilla en el suelo—, sed vos mi testigo y todo espíritu puro que beba de vos, que también sea testigo de que no viajaré a Bruselas a menos que Eliza me acompañe, aunque ese recorrido debiera llevarme al cielo!

En momentos extáticos de este tipo, el corazón, mal que pese a la razón, siempre habla demasiado.

LA CARTA AMIENS

La suerte no había sonreído a La Fleur, pues no había salido airoso de sus hazañas de caballero y no se le había presentado ni una ocasión para dar pruebas de su celo desde que trabajaba a mi servicio; y eso que ya llevaba casi veinticuatro horas desempeñando la labor. El pobre diablo ardía de impaciencia, y al ser la primera ocasión práctica que se le presentaba, la llegada del criado del conde de L. con la carta, La Fleur se había propuesto aprovecharla. Por ello, y en honor a su señor, había llevado al lacayo a una estancia trasera del albergue y le había servido un par de copas del mejor vino de Picardía. El criado del conde de L., a cambio, y para no quedarse atrás en cortesía cuando lo comparasen con La Fleur, lo había invitado a acompañarlo a la mansión del conde. La actitud servicial de mi joven asistente (pues su sola presencia ya le daba carta blanca) no tardó en granjearse la simpatía de todos los criados que se encontraban en la cocina. Y al ser francés, sin importar

cuáles fueran sus habilidades, no era en absoluto gazmoño a la hora de demostrarlas. En menos de cinco minutos, La Fleur había sacado el pífano y él mismo había abierto el baile con la primera nota: puso a bailar a la fille de chambre, al maître d'hôtel, al cocinero, al marmitón y la fregona, a perros y gatos, además de a un viejo mono. Me aventuro a decir que jamás ha existido una cocina más jovial desde el Diluvio universal.

Madame de L., al pasar de los aposentos de su hermano a los suyos y oír tanto jolgorio en la planta baja, tocó la campanilla con la que llamaba a su fille de chambre para preguntarle qué ocurría. Al escuchar que el criado del caballero inglés era el artífice de tanta alegría con su pífano, ordenó que lo hicieran subir.

Como el pobre desgraciado no podía presentarse con las manos vacías, había decidido cargarse de un millar de cumplidos para madame de L., de parte de su señor. Añadió una larga apócrifa de preguntas sobre la salud de madame de L. y le dijo que su señor estaba au désespoir por su recuperación de la fatiga de su viaje. Como conclusión apuntó que monsieur había recibido la carta que madame había hecho el honor de remitirle…

—Y él también me ha honrado a mí —dijo madame de L. interrumpiendo a La Fleur— enviándome otra nota como contestación.

Madame de L. había pronunciado aquellas palabras con tanta seguridad en ese hecho, que La Fleur no tuvo la presencia de ánimo de frustrar sus expectativas. Empezó a temblar por mi propio honor, que seguramente estaba ligado al suyo en cierta forma por su condición de sirviente, por no ser él hombre capaz de estar relacionado con un amo que pudiera descuidarse en égards vis-à-vis d'une femme! Por ello, cuando madame de L. preguntó a La Fleur si le había llevado la carta:

—Oh, qu'oui —respondió La Fleur, puso su sombrero en el suelo, agarró el pliegue de su bolsillo derecho con la mano izquierda y rebuscó dentro la carta con la derecha. Entonces exclamó contrariado—: Diable! —Luego se rebuscó en todos los bolsillos, uno tras otro, volvió a hacerlo sin olvidarse de su zurrón—: Peste! —A continuación, La Fleur vació el contenido de sus bolsillos en el suelo: sacó una corbata sucia, un pañuelo, un peine, una tira de látigo, una gorra de dormir… luego echó un vistazo al interior de su gorra—: Quelle étourderie!

Había dejado la carta sobre la mesa del albergue. Iría corriendo a buscarla y regresaría con ella en tres minutos.

Yo acababa de terminar de cenar cuando se presentó La Fleur para contarme su aventura: me relató la historia con la sencillez con la que ocurrió, solo añadió que si monsieur había olvidado (par hasard) responder la carta de

madame, podía enmendar el faux pas que había dado; de no ser así, las cosas quedarían tal y como estaban.

Sin embargo, no estaba seguro del todo de a qué me obligaba la étiquette: si a haber redactado o no la misiva. Aunque hubiera estado obligado a escribirla, ni un demonio podría haberse molestado con La Fleur: me encontraba ante una muestra de celo por mi honor de una criatura bien intencionada. Y, pese a que pudiera haber equivocado el camino o haberme avergonzado en su intención de proteger mi buen nombre, su corazón no tenía culpa alguna. Yo no sentía la más mínima necesidad de escribir y, lo que más importaba, no me dio la sensación de que el joven creyera haber hecho nada inoportuno.

—Me parece todo muy bien, La Fleur —dije—. Con eso basta.

El joven salió de la habitación disparado como una flecha y regresó armado de pluma, tinta y papel. Se acercó a la mesa y depositó todo ello ante mí con una complacencia tal en su rostro que no pude evitar levantar la pluma.

Empecé a escribir una y otra vez y, aunque no tenía nada que decir y no podía expresarse nada en media docena de líneas, redacté una docena de principios distintos que no me satisfacían en modo alguno.

En pocas palabras, no estaba de ánimo epistolar.

La Fleur salió un momento y trajo un poco de agua en un vaso para diluir la tinta, luego fue a por un poco de arenilla y lacre. No sirvió de nada; yo escribía y borraba, rasgaba y quemaba y volvía a escribir.

—Le diable l’emporte! —exclamé, casi para mí mismo—. Soy incapaz de escribir la carta.

Lancé la pluma con desesperación al tiempo que lo decía.

En cuanto tiré la pluma al suelo, La Fleur la recogió y la depositó en la mesa con el máximo respeto. No sin antes deshacerse en mil disculpas por la libertad que estaba a punto de tomarse: me dijo que llevaba una carta en el bolsillo escrita por un tambor de su regimiento y dirigida a la esposa de un soldado, y que osaba sugerir que sería perfecta para la ocasión.

Sentí ganas de dar el gusto al joven.

—Entonces, te lo ruego —dije—, déjame verla.

La Fleur extrajo de inmediato de un bolsillito un inmundo diario lleno de pequeñas cartas y billets-doux hechos trizas, lo depositó sobre la mesa y desató el cordel que los mantenía recogidos. A continuación los removió con objeto de separarlos, hasta que encontró la misiva en cuestión.

—La voilà! —exclamó y dio una palmada.

La desplegó y la puso ante mí. Retrocedió tres pasos para apartarse de la mesa mientras yo la leía.

LA CARTA

Madame:

Je suis pénétré de la douleur la plus vive, et réduit en même temps au désespoir par ce retour imprévu du caporal qui rend notre entrevue de ce soir la chose du monde la plus impossible.

Mais vive la joie! et toute la mienne sera de penser à vous.

L'amour n'est rien sans sentiment.

Et le sentiment est encore moins sans amour.

On dit qu'on ne doit jamais se désespérer.

On dit aussi que monsieur le caporal monte la garde mercredi:

alors ce sera mon tour.

Chacun a son tour.

En attendant, vive l'amour! et vive la bagatelle!

Je suis, madame, avec tous les sentiments les plus respectueux et les plus tendres, tout à vous,

Jacques Rocque

Bastó con cambiar al sargento por el conde, omitir el comentario sobre la guardia que había que montar el miércoles, y la carta quedó correcta. Y para darle el gusto al pobre diablo que estaba temblando delante de mí azorado por mi honor, por el suyo y por el honor de su carta, le quité la nata a la epístola, la batí a mi manera, la sellé y se la entregué para que la llevara a madame de L. A la mañana siguiente emprendimos viaje en dirección a París.

PARÍS

Cuando un hombre tiene un equipaje considerable y la posibilidad de llevarlo todo ante sí portado por media docena de lacayos y un par de cocineros, París es un lugar muy apropiado. Puede llegar al lugar que se le antoje e instalarse allí.

Un príncipe pobre de escasa caballería y cuya infantería sume un solo hombre haría mejor en abandonar el campo de batalla y clausurarse en el gabinete, si es que logra subir hasta allí; y digo que mejor que logre subir y encerrarse, porque así no bajaría para presentarse ante el mundo con un «Me voici! mes enfants», aquí estoy, a pesar de lo que muchos crean.

Admito que mis primeras sensaciones, en cuanto me dejaron a solas en mi propia estancia del hotel, distaban mucho de ser tan halagüeñas como las había imaginado. Me encaminé con paso cansado a la ventana, con mi polvoriento abrigo negro, y al mirar a través del cristal vi al mundo entero engalanado de amarillo, azul y verde corriendo hacia el aro del placer. Los viejos con sus lanzas rotas y yelmos que habían perdido sus viseras; los jóvenes con brillantes armaduras que relucían como el oro, ornados con las vistosas plumas de Oriente; todos, todos, subyugados ante ese aro como caballeros embriagados en los torneos librados en nombre de la fama y el amor.

—¡Ay, pobre Yorick! —exclamé—, ¿qué estáis haciendo aquí? Con el primer ataque de tanto brillo quedaréis reducido a un átomo; buscad, buscad alguna calleja secundaria, con un guardacantón al cabo de la misma, por donde jamás haya rodado un carro ni se hayan proyectado los haces de una antorcha encendida. Allí habéis de buscar el solaz en la conversación con una dulce sastrecilla que sea esposa de algún barbero, ¡y sumergiros en ese círculo!

»¡Antes muerto que hacer eso! —dije al tiempo que sacaba la carta que debía entregar a madame de R.—. Encontrarme con esta dama es mi primer cometido.

Así que llamé a La Fleur para ordenarle que me buscara un barbero sin más demora y que regresara para cepillarme el abrigo.

LA PELUCA

PARÍS

Cuando llegó el barbero, negó rotundamente poder hacer algo con mi peluca: o bien lo superaba o su oficio no llegaba a tanto. No me quedó otro remedio que aceptar una que ya estaba fabricada y que él mismo me recomendaba.

—Aunque me temo, amigo —dije—, que este bucle no aguantará.

—Puede usted sumergirlo en el mar —respondió— que, aun así, aguantará.

«De qué elevada calidad es todo en esta ciudad —pensé—. La máxima aspiración de un fabricante de pelucas inglés no se habría expresado con otra

metáfora que no fuera “sumérjala en una cubeta de agua”. ¡Qué diferencia! ¡Es como equiparar el tiempo con la eternidad!»

Confieso que odio los conceptos fríos, así como las penosas ideas que los engendran; y me siento, por lo general, tan impresionado ante las grandes obras de la naturaleza que, por mi parte y si puedo evitarlo, jamás hago ninguna comparación con un elemento menor a una montaña, cuando menos. Lo único que puede decirse en contra de lo sublime del idioma francés, en este caso, es lo que sigue: que la grandeza reside más en la palabra que en el objeto. Sin duda alguna, el océano evoca la idea de inmensidad, pero como París se encuentra tan lejos de la costa, no era muy probable que yo viajara con la posta un centenar de kilómetros para probar lo dicho. Por ello, las palabras del barbero parisino no significaban nada.

La cubeta de agua comparada con la vasta profundidad, constituye, sin duda alguna, una triste figura literaria. Pero, debe admitirse que sí tiene una ventaja y es que está en la habitación de aquí al lado, con lo que la prueba de la cubeta puede realizarse allí mismo, sin más complicaciones y en un momento.

Para ser honesto y tras un análisis más bien cándido de esta cuestión, diré que el francés hablado tiene más de promesa que de realidad.

Creo que puedo distinguir las precisas y características marcas de la idiosincrasia nacional más en estas minucias sinsentido que en las cuestiones más importantes de estado, sobre las que los grandes hombres de todas las naciones hablan y discuten de forma tan similar que no daría ni un penique por escoger a uno entre ellos.

Tardé tanto en salir de entre las manos de mi barbero que se hizo demasiado tarde para pensar en ir a entregar la carta a madame R. esa noche. Pero cuando un hombre está ya vestido y preparado hasta el último detalle para salir, sus cavilaciones sobre qué hacer no cuentan gran cosa. Tomé nota del nombre del Hôtel de Modène, donde me alojaba, y emprendí el camino sin haber decidido adónde me dirigía.

—Ya lo pensaré —me dije— una vez en marcha.

EL PULSO

PARÍS

¡Salve, a vosotras, pequeñas y dulces gentilezas de la vida, pues hacéis más llevadero su recorrido! Como la gracia y la belleza, que engendran la

inclinación hacia el amor a primera vista: sois vosotras las que abrís esa puerta y dejáis entrar al extraño.

—Le ruego, madame —dije—, tenga usted la bondad de indicarme dónde debo girar para ir a la Opéra Comique.

—Con mucho gusto, monsieur —respondió ella y dejó a un lado sus labores.

Había echado un vistazo a media docena de tiendas a lo largo del camino en busca de un rostro que pareciera que no iba a alterarse por una interrupción de aquella índole. Hasta que por fin la faz de la joven me resultó atractiva, y entré.

Estaba cosiendo un par de volantes sentada en un taburete bajo al fondo de la tienda, mirando a la calle.

—Très volontiers, con mucho gusto.

Depositó su labor sobre una silla que tenía al lado y se levantó del taburete donde estaba sentada con unos movimientos tan alegres y una mirada tan jovial que, de haberle estado entregando cincuenta luises de oro, podría haber dicho: «Esta mujer sí que es agradecida».

—Debe girar, monsieur —prosiguió al tiempo que me acompañaba hasta la puerta de la tienda y señalaba la calle por la que yo debía ir—, debe girar por la primera a la izquierda, mais prenez garde, porque se puede doblar por dos calles. Sea tan amable de tomar la segunda, luego siga recto un poco más y llegará a una iglesia. Cuando la haya dejado atrás, tómese la molestia de girar directamente a la derecha y eso le llevará a los pies del Pont Neuf, que debe cruzar. Desde allí cualquiera tendrá la amabilidad de guiarlo.

Me repitió las indicaciones unas tres veces, con la misma paciencia y amabilidad la tercera vez que la primera; y si el tono y la actitud tienen alguna importancia —y sin duda así es, salvo para los corazones que se cierran en banda ante ellas—, la mujer parecía realmente interesada en que yo no me extraviara.

No voy a suponer que fue la belleza de la señorita —pese a ser la sastrecilla más bella, a mi parecer, que haya visto jamás— lo que condicionó mi idea sobre su amabilidad. Solo recuerdo que, cuando le dije lo muchísimo que le debía, la miré de modo muy directo a los ojos y le repetí mis agradecimientos el mismo número de veces que ella había reiterado sus indicaciones.

No me había alejado ni diez pasos de la puerta, cuando me di cuenta de que había olvidado hasta el último detalle de lo que me había dicho. Así que, al volverme y verla todavía de pie en la entrada de la tienda, como si estuviera

cerciorándose de que yo seguía bien sus instrucciones, decidí regresar para preguntarle si el primer giro era a la izquierda o a la derecha, porque lo había olvidado por completo.

—¿¡Será posible!? —exclamó ella entre risas.

—Es muy posible —respondí—, cuando un hombre piensa más en una mujer que en sus buenos consejos.

Como se trataba de la verdad pura y dura, ella la recibió, como toda mujer recibe una cuestión irrefutable, con una ligera reverencia.

—Attendez! —exclamó y posó una mano sobre mi brazo para detenerme mientras le daba voces a un mozo para que saliera de la trastienda y se preparase para llevar un paquete con guantes—. Justo ahora iba a mandar al mozo con un paquete a ese mismo barrio. Si hace usted el favor de entrar, el envío estará listo en un momento y él podrá acompañarle al lugar.

Entré con ella hasta el fondo de la tienda, retiré con una mano el volante que la muchacha había dejado sobre el taburete como si tuviera la intención de sentarme y ella se acomodó en su banqueta. Decidí situarme a su lado.

—Estará listo, monsieur —dijo—, en un momento.

—Y durante ese momento —respondí—, con mucho gusto le expresaré mi agradecimiento por toda su amabilidad. Cualquiera puede obrar una acción amable de vez en cuando, pero la continuidad de las mismas demuestra que tal actitud es una parte del carácter. Sin duda alguna —añadí—, si es la misma sangre procedente del corazón la que corre hasta las extremidades —y le tenté la muñeca—, estoy seguro de que debe de tener usted el mejor pulso de todas las mujeres del mundo.

—Tómemelo —dijo ella, y me tendió un brazo.

Dejé en el suelo mi sombrero, le tomé los dedos con una mano y posé el índice y el corazón de mi otra mano sobre la arteria.

—¡El cielo nos asista, mi querido Eugenius!, de haber pasado vos por allí y haberme visto sentado con mi abrigo negro y esa gravedad, contando pulsaciones, una a una, con la misma entrega con la que habría vigilado las subidas y bajadas de la fiebre, ¡cómo os habríais reído y moralizado sobre mi nueva ocupación!, ¡y habríais seguido riendo y moralizando sin poder parar!

»Creedme, querido Eugenius, yo habría dicho: “Existen ocupaciones peores en este mundo que tomarle el pulso a una mujer”.

—Pero ¡a una sastrecilla! —habríais respondido—, ¡y en una tienda abierta, Yorick!

—Pues tanto mejor: porque cuando mis intenciones son honestas,

Eugenius, no me importa que el mundo me vea tentar los pulsos.

EL MARIDO

PARÍS

Había contado veinte pulsaciones y el pulso se dirigía a toda velocidad hacia la cuadragésima, cuando el marido de la sastrecilla, que entró a la tienda de forma inesperada desde una estancia trasera, me descontó.

Ella dijo que solo se trataba de su esposo; así que empecé a contar desde cero.

—Monsieur ha sido tan amable —dijo ella cuando el hombre pasó junto a nosotros— que se ha tomado la molestia de tomarme el pulso.

El marido se quitó el sombrero, me hizo una reverencia y me dijo que lo honraba con ello. Una vez dicho esto, volvió a ponerse el sombrero y se marchó.

«¡Por el amor de Dios! —me dije mientras él salía—, ¿cómo puede ser que este hombre sea el marido de esta mujer?»

Que no desesperen los pocos que conocen el fundamento de esta exclamación si la explico a quienes lo desconocen.

En Londres, un tendero y su mujer son uña y carne; entre los distintos atributos de mente y cuerpo, a veces por unos y a veces por otros, se distinguen entre sí en la justa medida para ser más o menos parecidos y totalmente adecuados el uno para el otro, como deben serlo hombre y mujer.

En París, apenas si existen dos clases de seres más diferentes: puesto que los poderes legislativo y ejecutivo de la tienda no recaen sobre el marido, apenas visita el local. Se sienta en alguna oscura y apagada estancia de la trastienda sin atender negocio alguno, con su andrajoso gorro de dormir, tan primitivo hijo de la naturaleza como la misma naturaleza lo trajo al mundo.

El genio de un pueblo, cuya monarquía es la única no sálica, ha entregado esta actividad en su totalidad, junto con otras muchas, a las mujeres. Y estas, por el continuo regateo con clientes de todas clases y procedencias, de la mañana a la noche, son como un montón de piedrecillas de un arroyo que van entrechocándose en una bolsa y que, gracias a los amables golpes, van puliendo sus asperezas y ángulos cortantes y no solo se convierten en cantos tersos y redondeados, sino que algunos de ellos merecerán ser pulidos como un brillante. Y es que monsieur le mari vale menos que la piedra que pisamos.

Por supuesto, por supuesto, ¡hombre!, no os conviene sentaros solo: habéis sido creado para las relaciones sociales y las amables salutaciones. Y es a esta, la mejor de nuestras naturalezas, a la que yo apelo como prueba de lo que digo.

—¿Y cómo me late, monsieur? —preguntó ella.

—De forma tan adecuada —respondí mirándola tranquilamente a los ojos — como esperaba.

Ella iba a darme una respuesta cortés, pero el mozo entró a la tienda con los guantes.

—À propos —dije—, querré un par para mí.

LOS GUANTES

PARÍS

La hermosa sastrecilla se levantó cuando dije aquello, se metió detrás del mostrador, sacó un paquete y lo desató. Me acerqué hasta quedar situado frente a ella; eran unos guantes demasiado grandes.

La bella costurera los midió en mis manos, dedo por dedo. Eso no los hizo cambiar de tamaño. Me rogó que me probara un par, y era lo menos que podía hacer. Abrió un guante; mi mano se deslizó en su interior como la seda.

—No es de mi talla —respondí sacudiendo ligeramente la cabeza.

—No —repitió ella e hizo el mismo gesto.

Hay ciertas miradas de sencilla sutileza, en las que el capricho, la sensibilidad, la seriedad y la estupidez se mezclan de tal manera que ni todas las lenguas de Babel podrían expresarlas. Esas miradas se comunican y se captan de forma tan instantánea que apenas si puede uno determinar qué parte ha sido la emisora. Dejaré que sean vuestros hombres de letras los que hagan correr ríos de tinta sobre el tema; baste, para el caso, decir una vez más que los guantes no servirían. Así pues, con los brazos cruzados, ambos fuimos avanzando por el mostrador: era estrecho y solo había espacio para el paquete que se interponía entre nosotros.

La hermosa costurera iba echando miradas soslayadas a los guantes para volver luego la cabeza hacia la vitrina, luego volvía a los guantes y después me miró a mí. No estaba dispuesto a romper el silencio; seguí el ejemplo de la mujer, miré los guantes, luego hacia la vitrina, volví a los guantes y por último la miré a ella, y así alternativamente.

Tuve la sensación de ir perdiendo más en cada acometida: ella tenía unos vivaces ojos negros y disparaba sus miradas a través de unas pobladas y sedosas pestañas, con tal penetración que llegaba a verme el corazón y las entrañas. Puede parecer extraño, pero de verdad podía sentirla.

—No hay problema —dije.

Tomé unos cuantos pares de guantes que tenía junto a mí y me los metí en el bolsillo.

Me llegó al alma que la hermosa sastrecilla no me pidiera ni una sola libra de más por encima del precio real. Deseé que me hubiera pedido más dinero y no paraba de darle vueltas a la cabeza para encontrar una forma de hacérselo entender.

—¿Cree usted, mi querido señor —me preguntó, confundiendo mi impaciencia— que podría pedir un sou de más a un desconocido cuya educación, que es superior a su deseo de poseer unos guantes, me ha hecho el honor de quedar a mi merced? M'en croyez capable?

—¡A fe mía que no! —respondí—. Y si usted fuera capaz, yo lo entendería.

Contando el dinero en su mano y con una reverencia más pronunciada de la que uno suele dedicar a la mujer de un tendero, salí de allí y el mozo con el paquete me salió a la zaga.

LA TRADUCCIÓN

PARÍS

No había nadie en el palco al que llegué más que un amable y anciano oficial francés. Adoro a este personaje, no solo porque honro al hombre cuyas costumbres han sido suavizadas por una ocupación que empeora a los hombres malos, sino porque una vez conocí a un oficial… que ya no está entre nosotros. No veo por qué no he de rescatar una página del olvido al escribir el nombre de ese personaje en ella y decir al mundo que se trataba del capitán Tobias Shandy, el más querido de mis amigos, en cuya filantropía jamás puedo pensar —incluso en estos momentos tan alejados de su muerte— sin que se me empañen los ojos de lágrimas. Gracias a él siento predilección por todo el cuerpo de veteranos. Por ello avancé con paso decidido hacia las dos últimas filas de bancos y me senté junto al militar.

El viejo oficial estaba leyendo con suma atención un pequeño panfleto —que bien podría haber sido el libreto de la ópera— con ayuda de un enorme

par de anteojos. En cuanto me senté se quitó los anteojos, los metió en un estuchito verde de piel de zapa y los guardó junto al folleto en su bolsillo.

Hice el ademán de levantarme y le dediqué una reverencia.

Si se traduce el gesto a cualquier idioma civilizado del mundo, su sentido es el que sigue:

«He aquí un pobre desconocido que llega al palco. Parece que no conociera a nadie y no es muy probable que llegue a conocerlo, aunque llevara siete años en París, si las personas con las que se topa no se quitan los anteojos de la nariz cuando se les acerca. Esa actitud supone cerrar las puertas a la conversación en sus propias narices y darle peor trato que a un alemán».

El oficial francés podría haber dicho todo eso en voz alta, y, de haberlo hecho, yo habría traducido al francés la reverencia que le había dedicado y le habría dicho: «Me ha conmovido la atención que me ha dedicado y le doy mil gracias por ello».

No hay secreto comparable para contribuir al progreso de la socialización que llegar a dominar esta jerga y ser rápido en la traslación a palabras del lenguaje común de las numerosas variaciones de miradas y gestos con todas sus inflexiones y trazados. Personalmente, a fuerza de costumbre, hago esa traducción de forma tan mecánica que, cuando camino por las calles de Londres, voy traduciendo todo el camino. Más de una vez me he quedado al margen de un corrillo donde no se han dicho más de tres palabras y he obtenido una veintena de diálogos distintos, que podría redactar con todo detalle y dar fe de su autenticidad.

Una noche acudí a un concierto de Martini en Milán. Estaba cruzando la puerta del vestíbulo cuando la marquisina di F. salía con ciertas prisas: estuvo a punto de chocar conmigo cuando la vi, así que me aparté de un salto para dejarla pasar. Ella había hecho lo mismo, pero hacia el mismo lado, y quedamos mirándonos de frente. La marquisina decidió echarse hacia el otro lado, pero yo tuve la misma mala suerte que ella antes; me había echado justo hacia el mismo lado y volví a interponerme en su camino. Ambos volvimos a saltar hacia el lado contrario, y lo hicimos una vez más y así seguimos: resultaba ridículo. Los dos enrojecimos de impaciencia. Al final hice lo que tendría que haber hecho desde un principio: permanecí quieto donde estaba y la marquisina ya no encontró más obstáculos. No tuve fuerzas para entrar en la sala hasta haber compensado el bochorno aguardando a que la marquisina desapareciera, no sin dejar de seguirla con la mirada. En dos ocasiones, ella se volvió a mirarme y avanzó más bien pegada a un lado, como si estuviera dejando sitio para que cualquiera que subiera por la escalera pasara por su lado.

—No —dije—, esta ha sido una traducción infame: la marquisina tiene derecho a recibir la mejor disculpa que pueda ofrecerle y ese espacio ha quedado abierto para que así lo haga.

Por ello me acerqué corriendo y me disculpé por el bochorno que la había hecho pasar; le aclaré que mi intención había sido cederle el paso. Ella me confesó que había actuado con la misma intención para conmigo, y nos lo agradecimos mutuamente. Se encontraba a los pies de la escalera y, al no ver ningún lacayo junto a ella, le rogué que me permitiera acompañarla a su carruaje. Descendimos juntos el tramo que quedaba y fuimos deteniéndonos cada tres escalones para conversar sobre el concierto y lo acontecido.

—Le doy mi palabra, madame —dije cuando la tuve agarrada de la mano para subir al carruaje—, de que he hecho seis intentos de dejarla salir.

—Y yo he hecho seis intentos —respondió ella— de dejarle entrar.

—Ojalá hubiera querido el cielo que hiciera usted un séptimo intento —contesté.

—Lo deseo de todo corazón —añadió, y me hizo sitio en su coche.

La vida es demasiado breve para entretenerse en guardar las formas; subí al carruaje de inmediato y ella me llevó a su casa. Y lo que resultó fruto del concierto, solo santa Cecilia, pues supongo que estaba presente, lo sabe mejor que yo.

No me resta más que añadir que la relación surgida gracias a la traducción me reportó más placer que cualquiera de las que tuve el honor de entablar en Italia.

EL ENANO

PARÍS

Jamás he escuchado a otra persona en toda mi vida —salvo a una, y su identidad seguramente saldrá a colación en este mismo capítulo— comentar un fenómeno que, aunque resulte bastante desagradable, debe existir por algún fundamento. Es algo que me llamó la atención en cuanto observé al público de platea: la indescriptible broma de la naturaleza a la hora de crear a tal número de enanos. No cabe duda de que de vez en cuando gasta esta jugarreta en casi todos los rincones del mundo; aunque en París, sus ganas de chanza no tienen medida. La diosa parece casi tan burlona como sabia.

A la salida de la Opéra Comique, al tiempo que iba reflexionando sobre

esta idea, iba midiendo a todo cuanto me cruzaba por las calles colindantes. ¡Qué tarea tan penosa! Sobre todo cuando el tamaño es tan extremadamente pequeño, el rostro tan extremadamente oscuro, los ojillos nerviosos, la nariz larga, los dientes blancos, la mandíbula prominente… Ver a tanto infeliz que por accidente ha sido separado de su especie para ser situado a las puertas de otra me provoca dolor al escribir. ¡Uno de cada tres hombres era un pigmeo! Algunos tenían cabezas deformes y espaldas jorobadas; otros, las piernas torcidas; un tercer grupo había quedado atrapado por la mano de la naturaleza en su sexto o séptimo año de crecimiento; un cuarto permanecía en un perfecto estado natural, como los manzanos enanos, en cuyo caso, desde los primeros momentos de su existencia, jamás hubo intención de hacerlos llegar más alto.

Un viajero médico podría decir que esto se debe a unos vendajes sueltos; uno iracundo, que a la escasez del aire; y un viajero inquisitivo, para fortificar su sistema, mediría la altura de sus casas, la estrechez de las calles y en cuán pocos metros cuadrados de la sexta y la séptima planta duermen y comen juntos determinado número de ciudadanos. Pero yo recuerdo al viejo señor Shandy, quien opinaba de todo como nadie, hablando una noche de estas cuestiones. Afirmó que los niños, como otros animales, podían alcanzar casi cualquier tamaño, siempre que hayan llegado sanos a este mundo, pero que los ciudadanos de París estaban tan hacinados que en realidad no tenían sitio ni para hacerlos.

—Y no me parece que eso sea hacer algo —dijo—. No es hacer nada. Ni hablar —prosiguió encendiéndose con su exposición—, ¡es peor que nada!, cuando lo único que se consigue después de veinte o veinticinco años de la más cuidada y nutritiva alimentación es que no me lleguen ni a la rodilla.

Pues bien, teniendo en cuenta que el señor Shandy era muy bajito, no hay mucho más que añadir.

Como esta no es una obra de razonamientos, dejo la reflexión tal como la encontré y me conformo con la franqueza del comentario, cuya ratificación se encuentra en cada calle y callejón de París.

Iba caminando por la vía que lleva desde el Carrousel hasta el Palais Royal cuando vi a un pobre niñito afligido junto a una acequia que discurría por el centro de la calle; lo agarré de la mano y lo ayudé. Al volver la cara para verme y yo mirarle me di cuenta de que tenía unos cuarenta años.

—Da igual —me dije—, algún buen muchacho hará lo mismo por mí cuando yo tenga noventa años.

Albergo algunos principios en mi interior que me hacen sentir compasión con esa pobre clase malograda de mi especie, que no tiene ni el tamaño ni la fuerza para vivir en este mundo. No puedo soportar ver cómo tropieza uno de

ellos. Apenas si me había sentado junto a mi buen y viejo oficial francés, cuando sufrí el revés de tener que observar algo que ocurría justo debajo del palco que ocupábamos.

Al fondo de la orquesta, entre ese lugar y el primer palco lateral, queda un pequeño pasillo que, cuando hay lleno total, sirve de refugio a numerosas personas de todas clases. Aunque uno está de pie, como en el parterre, paga el mismo precio que por un asiento en la orquesta. Un pobre ser indefenso de la clase recién descrita se había colado como había podido hasta llegar a aquel lugar infame. La noche era sofocante y el individuo en cuestión estaba rodeado por seres que le sacaban casi medio metro de altura. El enano sufría lo indecible por todos lados, pero lo que más le incomodaba era la presencia de un alemán alto y corpulento, que medía casi dos metros, situado justo entre él y cualquier posibilidad que tuviera de ver o bien el escenario o a los actores. El pobre enano hizo todo lo posible por llegar a ver algo de lo que estaba ocurriendo allí delante buscando cualquier pequeño resquicio entre el brazo del alemán y su cuerpo. Lo intentó primero por un lado y luego por el otro. Pero el teutón estaba ahí plantado en la posición más molesta que uno puede imaginar: lo mismo hubiera dado que el enano se hubiera encontrado en el fondo del más hondo pozo de París. Así pues, el enano, con una actitud de lo más cívica, alargó una mano y tiró al alemán de la manga para transmitirle su incomodidad. El hombre robusto volvió la cabeza, la inclinó para echar un vistazo al enano, lo miró como Goliat hiciera con David y, sin ninguna delicadeza, volvió a su posición.

En ese preciso instante, yo estaba esnifando una pizca de rapé de la tabaquera de hueso obsequio del franciscano.

—¡Mi querido fraile, espíritu dócil y cortés, tan dado a la resistencia y la abstinencia, con qué dulzura no hubierais atendido la queja de esa pobre alma!

El viejo oficial francés, al verme alzar la vista al cielo embargado por la emoción al tiempo que pronunciaba aquella exclamación, se tomó la libertad de preguntar qué ocurría. Le resumí la historia en tres palabras y añadí el comentario de lo inhumana que resultaba.

A esas alturas, el enano había sobrepasado ya los límites de su paciencia, y en su primer arranque de furia, que por lo general son los menos razonables, le había dicho al alemán que iba a cortarle la trenza con su navaja. El grandullón se había vuelto para mirarlo con frialdad y le había dicho que adelante, si es que llegaba.

Cuando a la herida abierta se le echa la sal del insulto, sin importar a quien se dirija, cualquier hombre con sentimientos toma partido. Fue mi intención saltar del palco para enmendarlo. Pero el viejo oficial francés reaccionó con menos arrebato, pues le bastó con inclinarse ligeramente hacia delante y

hacerle una señal con la cabeza a un centinela, señaló al mismo tiempo con un dedo hacia el lugar del percance, y el centinela acudió derecho a ese punto. No hubo necesidad de explicar lo que ocurría, los hechos hablaban por sí solos. El guardia se limitó a empujar al alemán con su mosquete, tomar al pobre enano de la mano y situarlo delante de su agresor.

—¡Qué gesto tan noble! —exclamé y aplaudí.

—Con todo, en Inglaterra no lo habrían permitido ustedes —dijo el viejo oficial.

—En Inglaterra, mi querido señor —respondí—, todos nos sentamos donde nos place.

El viejo oficial francés quiso reconciliarme conmigo mismo, en caso de que hubiera estado disgustado, diciendo que era un bon mot. Y como un bon mot es algo que siempre se valora en París, me ofreció una pizca de su rapé.

LA ROSA

PARÍS

Entonces llegó mi turno de preguntar al viejo oficial qué ocurría al escuchar el grito de «Haut les mains, monsieur l'abbé!» que me llegó en un eco desde una docena de lugares distintos del parterre. Su causa me resultaba tan incomprensible como lo había sido para él mi exclamación sobre el fraile.

Me dijo que se trataba de algún pobre abad sentado en uno de los loges superiores, que, según él suponía, se había perdu tras un par de costureras para poder ver la ópera y que el público del parterre que había estado observándolo insistía en que mantuviera las manos arriba durante la representación.

—¿Acaso se supone —pregunté— que un miembro del clero ande hurgando en los bolsillos de las costureras?

El viejo oficial francés sonrió y, al susurrarme al oído, me abrió una puerta a conocimientos de cuya existencia yo no tenía noticia alguna.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé, y quedé lívido del asombro—, ¿es posible que un pueblo de tan refinados sentimientos pueda ser al mismo tiempo tan sucio y tan distinto a sí mismo? Quelle grossièreté! —añadí.

El viejo oficial francés me contó que se trataba de un mezquino sarcasmo contra la Iglesia, que se había estrenado en eso del teatro aproximadamente en la época en que Molière había puesto en escena el Tartufo. Sin embargo, al igual que otros vestigios de las costumbres góticas, se encontraba en

decadencia.

—Todas las naciones —prosiguió— tienen sus refinamientos y grossièretés, en las que van destacando unas y otras por turnos. —También dijo que había visitado gran cantidad de países, pero que jamás había estado en uno donde no se encontraran ciertas delicadezas que otros parecían codiciar—. Le pour et le contre se trouvent en chaque nation; existe un equilibrio —dijo— entre lo bueno y lo malo en todas partes, y solo el conocer esta realidad puede liberar a una mitad del mundo de la tendencia que tiene a ser contraria a la otra. —Añadió que la ventaja de viajar, vista desde la óptica del savoir vivre, residía en el hecho de poder observar una gran cantidad tanto de hombres como de costumbres—. Nos enseña tolerancia mutua y la tolerancia mutua —concluyó dedicándome una reverencia— nos enseña amor mutuo.

El viejo oficial francés dijo aquello con un aire de candor y buen juicio tal que me vino a confirmar las primeras impresiones que me había formado de su persona. Sentí que adoraba a aquel hombre, aunque temí estar equivocando el motivo, pues se trataba de mi misma forma de pensar, la diferencia era que yo no podría haberlo expresado ni la mitad de bien.

Resulta igual de problemático para el jinete como para su cabalgadura que esta vaya levantando las orejas y deteniéndose ante cada objeto que no ha visto con anterioridad. Sufro este tormento en la misma medida que cualquier criatura viva sobre la faz de la tierra y, con todo, confieso con la mano en el corazón que muchas cosas que me causaban dolor y muchas palabras que me ruborizaban durante el primer mes de recorrido, llegaron a parecerme intrascendentes y totalmente inocentes durante el segundo.

Madame de Rambouliet, cuando ya había pasado unas seis semanas con ella, me había hecho el honor de permitirme viajar en su carruaje a lo largo de unas dos leguas a la salida de la ciudad. De entre todas las mujeres, madame de Rambouliet es la más correcta y no aspiro a encontrar en el mundo más virtudes ni pureza de sentimientos. Durante nuestro regreso, madame de Rambouliet me pidió que tirase del cordón del freno. Le pregunté si necesitaba algo.

—Rien que pisser —respondió madame de Rambouliet.

No os ofendáis, amable viajero, de dejar que madame de Rambouliet vaya a m…r. Y, vosotras, ¡hermosas y místicas ninfas!, id a arrancar cada una vuestra rosa y a diseminar sus pétalos a vuestro paso, pues madame de Rambouliet no hizo otra cosa. Ofrecí una mano a la dama para descender del carruaje, y de haber sido el sacerdote de la casta Castalia, no hubiera observado con más decoro su fuente.

FINAL DEL LIBRO I

LIBRO II

LA FILLE DE CHAMBRE

PARÍS

Lo que el viejo oficial francés había contado sobre los viajes me hizo evocar los consejos de Polonio a su hijo sobre la misma cuestión, y eso me llevó a pensar en Hamlet; y Hamlet, en las demás obras de Shakespeare. Al final hice una parada en el quai de Conti durante mi regreso a casa para comprar su obra completa.

El librero me dijo que no contaba con tal colección. «Comment?», exclamé yo al tiempo que agarraba un ejemplar apoyado sobre el mostrador que nos separaba a ambos. Él me contó que solo lo tenía allí para su encuadernación y que debía enviarlo de vuelta a Versalles a lo largo de la mañana al conde de B.

—¿Y acaso el conde de B. —pregunté— lee a Shakespeare?

—C'est un esprit fort —respondió el librero—. ¡Le encantan los libros ingleses! En verdad, hay algo que le honra más si cabe, monsieur: también le encantan los ingleses.

—Lo dice tan cortésmente —comenté— que sus palabras bastan para que un caballero inglés se sienta obligado a gastar un luis de oro o dos en su tienda.

El librero hizo una reverencia, y estaba a punto de decir algo cuando una joven y hermosa muchacha de unos veinte años, que por sus aires y vestimenta parecía la fille de chambre de alguna señora entregada a la moda, entró a la tienda y pidió Los extravíos del corazón. El librero le entregó el libro sin vacilar, ella sacó un monedero de raso verde atado con un lazo del mismo color y, tras introducir el pulgar y el índice en su interior, sacó el dinero y pagó el ejemplar. Como no había nada más que me retuviera en la tienda, ambos nos dirigimos juntos hacia la puerta.

—¿Y qué harás tú, querida mía —le pregunté— con Los extravíos del corazón, tú que apenas sabes si eres dueña de uno, ni lo sabrás hasta que el amor por fin te lo revele o hasta que algún pastor infiel te lo haya roto? Y ni siquiera entonces sabrás con certeza que lo posees.

—Le Dieu m'en garde! —exclamó la joven.

—Bien haces en decirlo —respondí—, pues tu corazón es de los puros y

debería ahorrarse ese penar; es un pequeño tesoro para ti y da un aire a tu rostro más atractivo que si fuera recubierto de perlas.

La joven escuchó con atención sumisa al tiempo que sostenía su monedero de satén por el lazo sin soltarlo ni un segundo.

—Es un monedero muy pequeño —dije, y lo sopesé por la base con una mano; ella me lo pasó—, y hay muy poco dentro de él, querida mía —añadí—, pero sé tan bondadosa como bella y el cielo lo llenará por ti.

Tenía un montón de monedas en la mano para pagar por Shakespeare; y, como ella me había entregado el monedero sin recelos, metí una moneda en su interior, até el lazo con un nudo y se lo devolví.

La joven me dedicó una reverencia más humilde que profunda: fue uno de esos gestos delicados y llenos de agradecimiento en los que el espíritu se inclina y el cuerpo no es más que un vehículo para su expresión. Jamás he dado a una muchacha una corona con la mitad del placer que aquella vez.

—Mi consejo, querida mía, podría no importarte un bledo —dije— de no haberlo acompañado de esto. Pero, de ahora en adelante, cuando veas la corona, lo recordarás. Por eso, querida mía, no te la gastes en lazos.

—Le doy mi palabra, señor —respondió ella con gran seriedad—, sería incapaz de hacerlo. —Y al decirlo, como suele ser común en estos pequeños tratos de honor, me dio la mano—. En vérité, monsieur, je mettrai cet argent à part —añadió.

Cuando se establece un trato virtuoso entre hombre y mujer, este santifica hasta su más íntimo paseo. Así que, pese a que ya estaba oscureciendo y, como nuestros caminos conducían al mismo sitio, no pusimos reparo en pasear juntos por la quai de Conti.

La joven me dedicó una segunda reverencia cuando partimos y antes de habernos alejado veinte metros de la puerta, como si no hubiera hecho ya bastante, hizo una breve parada para volver a decirme que me lo agradecía.

Le respondí que era un humilde tributo que no había podido evitar pagar por su virtud y cuya intención, por nada del mundo, podía ser malinterpretada por la persona que lo había recibido.

—Pero veo inocencia, querida mía, en tu rostro, ¡y maldito sea el hombre que ose alguna vez tenderte una trampa!

La joven pareció afectada de alguna forma por mis palabras. Me dedicó un profundo suspiro, pero, después de todo, no me sentía autorizado para preguntar el motivo, así que no volví a decir nada hasta llegar a la esquina de la rue de Nevers, donde íbamos a separarnos.

—Pero, querida mía, ¿es este el camino hacia el Hôtel de Modène?

Me respondió que sí lo era o que también podía llegar por la rue de Guénégaud, que quedaba a la vuelta de la siguiente esquina.

—Entonces iré por allí, querida mía, por la rue de Guénégaud —dije— por dos razones. La primera, porque me place y, la segunda, porque debo proporcionarte la protección de mi compañía durante el máximo tiempo posible.

La joven se percató de que yo era un hombre cortés y declaró que le hubiera gustado que el Hôtel de Modéne hubiera estado en la rue de Saint-Pierre.

—¿Vives tú allí? —pregunté.

Ella respondió que era fille de chambre de madame de R.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé—, es la misma señora para la que he traído una carta desde Amiens.

La joven me contó que madame de R., según creía, esperaba a un extranjero con una carta y que estaba impaciente por verlo. Entonces le expresé mi deseo de que presentara mis respetos a madame de R. y le dijera que acudiría allí a la mañana siguiente sin falta.

Nos quedamos parados en la esquina de la rue de Nevers mientras esto acontecía. Luego nos detuvimos un instante mientras ella se acomodaba mejor sus Extravíos del corazón en lugar de llevarlos en una sola mano: eran dos volúmenes. La ayudé sosteniéndole el segundo mientras ella se metía el primero en un bolsito; a continuación, mantuvo abierto el bolsito y yo introduje el otro volumen.

Resulta grato sentir con qué finos hilos quedan entretejidos nuestros afectos.

Volvimos a despedirnos y, cuando ella ya había dado tres pasos, me agarró del brazo con una mano. Justo en ese momento me disponía a ofrecérselo, pero el gesto salió de ella, con esa sencillez tan poco premeditada con la que expresaba su sensación de conocerme de antes.

Por mi parte, tenía una convicción tan fuerte de nuestra consanguinidad que no pude evitar volverme a mitad de camino para contemplar su rostro en busca de algún rasgo que pudiera indicar cualquier parecido familiar.

—¡Vamos! —exclamé—, ¿acaso no formamos todos parte de una misma familia?

Cuando llegamos a la bocacalle de la rue de Guénégaud, me detuve para decirle adieu de una vez para siempre: la joven volvió a agradecerme mi

compañía y amabilidad. Me dijo adieu dos veces. Yo lo repetí el mismo número de ocasiones. Nuestra despedida fue tan cordial que de haber tenido lugar en cualquier otro sitio no estoy seguro de que no se hubiera sellado con un beso casto, tan cálido y santo como el de un apóstol.

No obstante, como en París no se besa nadie más que los hombres, hice el gesto equivalente: me despedí deseando que Dios la bendijera.

EL PASAPORTE

PARÍS

Cuando llegué a mi habitación de hotel, La Fleur me contó que había estado buscándome el teniente de policía.

—¡Que el diablo se lo lleve! —exclamé—, ya sé por qué.

Y también es hora de que el lector lo sepa, puesto que, siguiendo el orden en que tuvieron lugar los acontecimientos, esto se ha omitido: no porque yo lo haya olvidado, sino porque de haberlo contado antes podría haberlo olvidado ahora, y ahora es cuando me interesa.

Me había marchado de Londres con tal precipitación que no reparé en que estábamos en guerra con Francia. Ya había llegado a Dover, y había mirado a través del anteojo hacia las montañas que se ven al fondo de Boulogne, cuando de pronto me asaltó esa idea. Lo que me llevó a pensar que no habría manera de entrar en el país galo sin pasaporte.

Una vez llegado al cabo de una calle, siento una aversión letal al hecho de retroceder sin ser un ápice más sabio que al partir. Y teniendo en cuenta que este era uno de los mayores esfuerzos que he hecho en aras del conocimiento, más insoportable se me hacía esa idea. Así pues, al saber que el conde de —— había fletado un paquebote, rogué que me aceptara como parte de su suite. El conde apenas me conocía, y al margen de que le supusiera o no un problema, lo único que dijo es que su voluntad de servirme no podía llegar más allá de Calais, puesto que iba a regresar a París vía Bruselas. Sin embargo, una vez que yo hubiera cruzado la frontera de aquel país, podría llegar a la capital francesa sin obstáculos y allí recurrir a algunos amigos para que me echaran una mano.

—Vayamos a París pues, monsieur le count —dije—, y allí me las ingeniaré como pueda.

Embarqué y no volví a pensar en el asunto.

Cuando La Fleur me contó que el teniente de policía había estado preguntando por mí, la cuestión me asaltó de nuevo. Y cuando mi criado había acabado de contármelo, el dueño del hotel entró en mi habitación para decirme lo mismo, con el añadido de que el policía se había interesado especialmente en mi pasaporte. El caballero concluyó diciendo que esperaba que tuviera uno.

—¡A fe mía que no lo tengo! —exclamé.

En el momento en que hice esa confesión, el dueño del hotel retrocedió tres pasos, como si estuviera alejándose de un apestado. El pobre La Fleur se acercó a mí esos mismos tres pasos con ese aire que una alma bondadosa desprende al socorrer a la afligida: el joven se ganó mi corazón con ello. Gracias a ese único gesto tuve una inequívoca visión de su persona y me sentí capaz de responder por ella como si llevara siete años a mi fiel servicio.

—Mon seigneur! —gritó el dueño del hotel, aunque se controló al instante tras exclamarlo y de inmediato cambió de tono—. Aunque monsieur —prosiguió— no tenga pasaporte (apparemment), es muy probable que tenga amigos en París que le puedan proporcionar uno.

—No que yo sepa —respondí con cierto aire de indiferencia.

—Entonces, certes —respondió—, lo enviarán a la Bastilla o al Chatelet au moins.

—¡Bah! —espeté—. El rey de Francia es un hombre de buen corazón: no haría daño ni a una mosca.

—Cela n’empêche pas —respondió—, sin duda, lo enviarán a la Bastilla mañana en cuanto amanezca.

—Pero ya he pagado la habitación por un mes de estancia —contesté—, y no pienso abandonarla ni un día antes, ni por todos los reyes de Francia ni del mundo.

La Fleur me susurró al oído que nadie podía oponerse a la voluntad de la corona francesa.

—Pardi! —exclamó mi anfitrión—, ces messieurs anglais sont des gens tres extraordinaires.

Tras pronunciar esa exhortación, se marchó.

EL PASAPORTE

EL HOTEL DE PARÍS

No logré hallar en mi corazón un motivo para torturar a La Fleur con una consideración seria sobre el bochorno que había padecido; esta fue la razón por la que traté el asunto con tanta ligereza. Para demostrarle que la cuestión me traía sin cuidado, la dejé por completo de lado. Mientras me servía durante la cena le hablé con una alegría más acentuada de lo normal sobre París y sobre la Opéra Comique. La Fleur también había estado allí y me había seguido durante mi recorrido por las calles hasta la mismísima tienda del librero. Pero, como me había visto salir con la joven fille de chambre y luego observó que nos dirigíamos hacia el quai de Conti juntos, había considerado innecesario seguirme un paso más allá. Tras sacar sus propias conclusiones sobre la situación, tomó un atajo y llegó al hotel donde le informaron del asunto policial antes de que yo llegara.

En cuanto la honrada criatura se hubo marchado y hubo bajado a cenar, empecé a pensar algo más seriamente en mi situación. Y llegados a este punto, sé, Eugenius, que vos sonreiréis al recordar un breve diálogo que tuvo lugar entre nosotros en el momento de mi partida: es mi deber contarlo aquí.

Eugenius, conocedor de que soy poco amigo de sobrecargarme tanto de dinero como de pensamientos, me había llevado a un aparte para preguntarme cuánto llevaba encima. Al decirle la cantidad exacta, Eugenius sacudió la cabeza y dijo que no me bastaría. Así que sacó su monedero para vaciarlo en el interior del mío.

—Os aseguro, Eugenius, que llevo suficiente —le dije.

—En realidad, Yorick, no es así —respondió Eugenius—. Conozco Francia e Italia mejor que vos.

—Pero no habéis tenido en cuenta, amigo mío —dije al tiempo que rechazaba su oferta—, que antes de haber pasado tres días en París, ya me habré ocupado de decir o hacer algo por lo que me encerrarán en la Bastilla y allí podré vivir un par de meses con todos los gastos pagados a costa del rey de Francia.

—Ruego me perdonéis —dijo Eugenius con parquedad—, había olvidado por completo ese recurso.

Y ahora, ese asunto que había tratado con tanta indolencia tocaba con toda seriedad a mi puerta. ¿Sería por locura, por descuido, por filosofía, por pertinacia o por algo que haya en mi persona que, después de todo, cuando La Fleur bajó y yo me quedé a solas, no logré pensar en la cuestión más que en los términos que había hablado de ella con Eugenius?

Y en cuanto a la Bastilla, lo que asusta es simplemente su mención.

—¡Que les aproveche! —me dije—, la Bastilla no es más que un sinónimo

de torre; y torre no es más que otra palabra para referirse a una morada de la que uno no puede escapar. ¡Piedad para los que sufren gota!, porque ellos deben permanecer encerrados en casa dos veces al año. Pero con nueve libras diarias, pluma, tinta, papel y paciencia, aunque un hombre no pueda salir, logrará pasarlo bastante bien entre cuatro paredes, al menos durante un mes o seis semanas. Al final de ese periodo, si es un individuo inofensivo, su inocencia aflora y sale convertido en mejor persona que el hombre que entró.

En cierta ocasión (no recuerdo el porqué) descendí hasta el patio mientras elaboraba este argumento; recuerdo que bajé la escalera todo ufano por el triunfo de mi razonamiento.

—¡Maldigo el sombre pencil! —exclamé alardeándome—, pues no envidio su habilidad para pintar los males de la vida con tanta gravedad y colores tan funestos. La mente queda postrada de terror ante los objetos que ella misma ha magnificado y ensombrecido. Pero, si los reduce hasta dejarlos en su tamaño y color reales, es capaz de ignorarlos. Cierto es —proseguí rectificando la frase— que la Bastilla no es un mal despreciable, pero dejadla sin sus torres, llenad el foso, retirad las barricadas de las puertas, llamadla cautiverio y suponed que sea alguna tiranía de la enfermedad y no la de un hombre la que os tiene allí encerrado: el mal se desvanece y uno soporta la otra mitad del tiempo sin queja alguna.

Fui interrumpido en el apogeo de este monólogo por una voz que tomé por la de un niño que se lamentaba. «No puedo salir». Miré a lo largo y ancho del pasillo y, al no ver a ningún hombre, mujer ni niño, salí sin prestar más atención.

Al regresar por el mismo pasillo volví a escuchar las mismas palabras repetidas dos veces y, al levantar la vista, vi que se trataba de un estornino encerrado en una pequeña jaula.

—No puedo salir, no puedo salir —decía el estornino.

Me quedé ahí plantado, contemplando el pájaro. Al cruzar alguien el pasillo, el estornino aleteaba rápidamente hacia el lado por el que se aproximaba dicha persona y repetía el mismo lamento sobre su cautiverio.

—No puedo salir —repetía el pájaro.

—¡Que Dios os asista! —exclamé—. Os liberaré cueste lo que cueste.

Di la vuelta a la jaula hasta encontrar la puertecilla: estaba cerrada a cal y canto con un alambre; no había forma de abrirla sin hacer la jaula pedazos. Me puse a ello con ambas manos.

El pájaro voló hasta el lado por donde yo estaba intentando liberarlo, metió la cabeza entre los barrotes y apoyó el pecho contra ellos, loco de impaciencia.

—¡Me temo, pobre criatura —exclamé—, que no podré veros en libertad!

—No —decía el estornino—, no puedo salir, no puedo salir —repetía.

Juro que jamás he visto conmovidos con más ternura mis afectos, ni tampoco recuerdo otro incidente en mi vida por el que los pensamientos disipados, para los que mi mente había sido como una burbuja, volvieran tan prestos a la realidad.

Pese a lo mecánicas que eran las notas de su trino, aunque fueran entonadas de forma tan acompasada con la naturaleza, en cierto momento hicieron que todas mis cavilaciones se volcaran en la Bastilla. Esto me llevó a ascender la escalera con pesadez, desdiciéndome de cada una de las palabras que había dicho al bajarla.

—¡Disfrazaos como gustéis, esclavitud! —espeté—, seguís siendo un funesto dibujo. Y aunque en todas las épocas, miles de hombres hayan bebido de vuestra fuente, no sois por ello menos amarga. Sois vos, diosa tres veces tierna y graciosa —proseguí dirigiéndome esta vez a la libertad—, cuyo sabor es gratificante, a quien venero siempre en público o en privado, y así será siempre hasta que la naturaleza decida cambiarlo. No hay mácula lingüística que pueda mancillar vuestro níveo manto ni fuerza química que pueda tornar vuestro cetro en frío acero. Con vos sonriéndole mientras come su mendrugo, el pastor es más feliz que su propio monarca, ¡de cuya corte habéis sido expulsada! ¡Bendito sea el cielo! —exclamé e hinqué la rodilla en el penúltimo escalón de mi ascenso—. ¡Garantizadme pues salud, vos, gran dador de la misma, entregadme como compañera a esa bella diosa y derramad vuestras mitras, si bien parece a vuestra divina providencia, sobre las cabezas de quienes las anhelan!

EL CAUTIVO

PARÍS

La imagen del pájaro en su jaula me persiguió hasta mi habitación. Me senté junto a la mesa y, con la cabeza apoyada sobre una mano, empecé a imaginar las desgracias del cautiverio. Estaba de un ánimo que favorecía tales pensamientos, por ello di rienda suelta a la imaginación.

Iba a empezar por todos los seres humanos que habían nacido con la única herencia de la esclavitud. Sin embargo, descubrí que, pese a lo conmovedora que resultaba la imagen, no podía sentirme identificado con ella, y que esa multitud de tristes grupos no hacía más que distraerme.

Imaginé un solo cautivo y, tras haberlo encerrado en su mazmorra, miré a través de la penumbra de su puerta de barrotes para asimilar su imagen.

Contemplé su cuerpo en proceso de degradación por la larga espera y el cautiverio, y sentí en carne propia la dolencia que afecta al corazón cuando la esperanza se ve postergada. Al contemplar más de cerca la imagen, observé que el cautivo estaba pálido y febril: hacía treinta años que la brisa occidental no había aireado su sangre. En todo ese tiempo, no había visto ni el sol, ni la luna, ni tampoco había oído la voz de un amigo ni de un familiar cruzar los barrotes de su celda. Sus hijos…

Sin embargo, llegado a este punto, empezó a sangrarme el corazón y me vi impelido a seguir con otra parte del retrato.

El cautivo estaba sentado en el rincón más apartado de su mazmorra, en el suelo, sobre un pequeño montón de paja que hacía las veces de silla y jubón. En la cabecera había un diminuto calendario de palitos que marcaban los agónicos días y noches que había pasado allí. Tenía uno de los pequeños palos en la mano y con un clavo oxidado añadía otro día más de miseria al montón. Cuando apagué la tenue luz con la que contaba, el reo alzó unos ojos desesperanzados hacia la puerta, luego bajó la mirada, sacudió la cabeza y prosiguió con su labor de sufrimiento. Oí el ruido de las cadenas sobre sus piernas cuando volvió su cuerpo para colocar el palito en el montón. Lanzó un profundo suspiro. ¡Juro que vi cómo el acero del clavo le perforaba el alma! Rompí a llorar. No podía soportar la escena de cautiverio que había dibujado mi imaginación. Me levanté de la silla y llamé a La Fleur: le mandé que contratara un coche y lo tuviera esperándome en la puerta del hotel a las nueve de la mañana del día siguiente.

Le informé de que iría directamente a ver a monsieur le duc de Choiseul.

La Fleur insistió en ayudarme a meterme en cama, pero, como no quería que señal alguna de mi inquietud pudiera entristecerle, le respondí que ya me acostaría yo y le mandé hacer lo mismo.

EL ESTORNINO

CAMINO DE VERSALLES

Monté en mi coche a la hora prevista. La Fleur se subió en la parte trasera y ordené al cochero que tomara el camino más corto hasta Versalles.

Como no aconteció nada durante el recorrido, o mejor dicho nada que yo esperase que sucediera durante el viaje, no se me ocurre mejor forma de

rellenar este espacio que contando la breve historia del mismo pájaro que fue protagonista del capítulo anterior.

Mientras el honorable señor —— estaba a la espera de que el viento fuera favorable en Dover, el pájaro en cuestión había sido atrapado en los acantilados antes de haber aprendido a volar en condiciones por un muchacho inglés que era mozo del mentado señor. Este joven, sin importarle el poder lastimar al pájaro, se lo había guardado en el pecho para embarcarlo en el paquebote. A fuerza de alimentarlo y una vez que lo había tomado bajo su protección, le bastaron un par de días para quererlo, y lo llevó consigo sano y salvo hasta París.

Una vez en esa ciudad, el muchacho invirtió una libra en una pequeña jaula para el estornino y, como no tenía nada mejor que hacer durante los cinco meses que su amo permaneció en tierra, enseñó al pájaro a decir en su lengua materna las cuatro sencillas palabras (no más) que hicieron que yo me convirtiera en eterno deudor del ave.

Puesto que el amo del joven regresaba a Italia, el muchacho había entregado el animalillo al dueño del hotel. No obstante, como su pequeña oda a la libertad era entonada en una lengua desconocida en París, el pájaro no consiguió atención alguna. Por ello, La Fleur había podido comprar tanto la jaula como su contenido para mí a cambio de una botella de Borgoña.

A mi regreso de Italia, lo llevé conmigo hasta el país en cuya lengua había aprendido las notas que entonaba y, tras contarle su historia a lord A., este me rogó que le entregara el pájaro. Una semana después, lord A. se lo regaló a lord B.; lord B. entregó ese presente a lord C.; y el lacayo de lord C. lo vendió a lord D. por un chelín. Lord D. se lo dio a lord E.; y así siguió pasando de mano en mano hasta completar la primera mitad del alfabeto. Desde esas alturas descendió a la cámara baja y pasó por las manos de muchos plebeyos. Todos ellos querían entrar en sociedad, pero mi pájaro quería salir, así que le hicieron prácticamente tan poco caso en Londres como en París.

Es probable que muchos de mis lectores hayan oído hablar de él, y si alguno de ellos, por casualidad, lo ha visto, ruego informe a sus captores de que ese pájaro era mi pájaro, cuando no una vil copia que pretende representarlo.

No me resta mucho más que añadir sobre él, sino que desde ese entonces hasta ahora he blandido la imagen de ese desafortunado estornino como mi escudo de armas. Es la que sigue:

Y que los heraldos le retuerzan el pescuezo si es que se atreven.

EL RUEGO

VERSALLES

No quisiera que mi enemigo me adivinara el pensamiento en el instante en que me dispongo a pedir protección a un hombre. Y esta es la razón por la que procuro estar siempre protegido. Sin embargo, el hecho de acudir a monsieur le duc de C. fue un acto desesperado; de haber sido un acto deliberado, supongo que habría obrado como el común de los mortales.

¡Cuántos planes basados en un ruego impropio, en los que pensaba a medida que avanzaba, no llegó a maquinar mi corazón servil! Merecía acabar encerrado en la Bastilla por cada uno de ellos.

Por tanto, nada me convencía, cuando por fin avisté Versalles, al pensar en las palabras y frases, así como en la actitud y el tono necesarios para ganarme el favor de monsieur le duc de C.

—Esto servirá —me dije—. Es algo parecido —me respondí— a un abrigo que algún sastre osado le llevara sin haberle tomado las medidas antes. ¡Estúpido! —proseguí—… espera a ver la cara de monsieur le duc, a observar qué personalidad refleja, a tomar nota de qué postura adopta mientras te escucha; memoriza los giros y expresiones de su cuerpo y el ademán de sus extremidades. En cuanto al tono, el primer sonido que pronuncien sus labios te lo revelará. Y de la suma de todo ello, podrás componer un ruego que no ofenda al duque; los ingredientes serán los que él mismo haya usado y así aumentará la posibilidad de que los digiera.

»¡Bueno! —exclamé—, ojalá ya hubiera pasado todo.

—¡Cobarde! ¡Como si el encuentro cara a cara con otro hombre no fuera igual en todas partes del mundo! Si es así en el campo de batalla, ¿por qué no ha de serlo también en una estancia? Además, confía en mí, Yorick, de creer que no es así, el hombre no está siendo sincero consigo mismo y traiciona sus principios diez veces por cada una que lo hace la naturaleza. Acude al duc de C. con la Bastilla en mente, y te juro por mi vida que acabarás yendo a París en media hora acompañado por una escolta.

—Lo creo —dije—. Por ello me presentaré ante el duque, ¡los cielos me asistan!, con toda la alegría y afabilidad del mundo.

—En eso vuelves a equivocarte —me respondí—. Un corazón tranquilo, Yorick, no cae en extremos: siempre se encuentra centrado.

—¡Bueno!, ¡bueno! —exclamé mientras el cochero cruzaba las puertas—. Creo que lo haré bastante bien.

Para cuando el coche ya había rodeado el patio y me había llevado hasta la puerta principal, me sentía tan preparado para mi discurso, que no subí la escalera ni como un reo camino del juicio, sabedor de que los doctos lo enviarán al patíbulo, ni tampoco dando saltos ni en dos zancadas, como lo hago cuando voy a reencontrarme con vos, ¡Eliza!

Al cruzar el umbral de la sala, me recibió una persona que seguramente era el maître d'hôtel, aunque tenía más aire de subsecretario, y me informó de que el duc de C. estaba ocupado.

—Ignoro por completo la forma de conseguir audiencia, pues soy extranjero y además, lo que es peor dada la situación en la que me hallo, soy inglés.

El hombre contestó que aquello no empeoraba las cosas. Le respondí con una ligera reverencia y le dije que tenía un asunto importante que tratar con Monsieur le Duc. El secretario miró hacia la escalera como si fuera a dejarme para comunicar el mensaje a alguien.

—Aunque no quisiera confundirle —añadí—, porque lo que tengo que contar no es en modo alguno importante para monsieur le duc de C., sino que tiene una gran relevancia para mí.

—C'est une autre affaire —respondió.

—En modo alguno ha de ser así —contesté— para un hombre educado. Aunque le ruego me diga, buen señor —proseguí—, ¿cuándo puede un extranjero tener acceso a vuestro amo?

—En no menos de dos horas —respondió, mirando el reloj.

El número de coches estacionados en el patio parecía justificar el cálculo y que no me quedaba más salida que pasear arriba y abajo por la sala sin un alma con la que departir. Como esa perspectiva se me antojaba tan aciaga como haber estado encerrado en la mismísima Bastilla, regresé de inmediato a mi coche y ordené al conductor que me llevara al Cordon Bleu, que era el hotel más próximo.

Creo que esta acción tuvo algo de fatalidad, pues no suelo llegar a mi destino inicial.

LE PATISSIER

VERSALLES

Antes de haber recorrido media calle cambié de idea: «Ya que estoy en

Versalles —pensé—, bien podría visitar la ciudad». Tiré del cordón y ordené al cochero que me llevara a dar una vuelta por las principales calles.

—Supongo que la ciudad no es muy grande —comenté.

El cochero se disculpó por corregirme y me contó que se trataba de una urbe soberbia y que una gran cantidad de duques y marqueses de rancio abolengo tenían allí sus residencias. El conde de B., de quien el librero había hablado tantas bondades en el Quai la noche anterior, me vino de inmediato a la mente. «¿Y por qué no acudir —pensé— al conde de B., que en tan buena estima tiene los libros ingleses y a los caballeros de esta nacionalidad, para contarle mi historia?» Y cambié de opinión por segunda vez. En realidad, se trataba de la tercera, pues ese mismo día había tenido la intención de ir a visitar a madame de R., en la rue Saint-Pierre, y había rogado a su fille de chambre que le comunicara que acudiría sin falta a su hogar. Pero las circunstancias me obligan, yo no puedo obligarlas. Por tanto, al ver a un hombre con un cesto situado al otro lado de la calle, como si tuviera algo que vender, ordené a La Fleur que fuera en su busca y le preguntara cómo llegar a la mansión del conde.

La Fleur regresó algo pálido y me informó de que era un chevalier de Saint Louis que vendía pâtes.

—Eso es imposible, La Fleur —espeté.

Mi criado estaba tan perplejo ante aquel fenómeno como yo, pero insistía en su versión. Aseguraba que había visto la croix de oro con su cinta roja atada al ojal; había echado un vistazo al cesto y había visto los pâtes que el chevalier estaba vendiendo. Por todo ello, no cabía duda de su identidad.

Un revés de esta clase en la vida de un hombre despierta un principio mejor que el de la curiosidad. No pude evitar quedarme contemplando al hombre durante un rato sentado en mi calesa: cuanto más lo miraba a él, con su cruz y el cesto, con más firmeza se entremezclaban todas las imágenes en mi mente. Bajé del coche y me dirigí hasta donde se encontraba.

Iba ataviado con un pulcro delantal de lino que le llegaba por debajo de las rodillas y con una especie de peto que le llegaba por debajo del pecho. Justo encima de este, aunque ligeramente más abajo del borde, colgaba su cruz. El cesto de pequeños pâtes estaba cubierto por una servilleta blanca de damasco; había otra servilleta del mismo tejido desplegada en la base del cesto. El conjunto desprendía tal aspecto de propreté y orden que uno le habría comprado sus pastelillos movido tanto por el apetito como por dicha sensación.

No los ofrecía a nadie, sino que permanecía parado con sus productos en la esquina de una mansión para que los compradores escogieran sin ser

acuciados.

Tenía unos cuarenta y ocho años y la mirada perdida, algo circunspecta. No vacilé: me acerqué más al cesto que a él y, tras levantar la servilleta y agarrar uno de sus pâtes con una mano, le pedí que me explicara lo que me había llamado la atención.

Me contó, en pocas palabras, que los mejores años de su vida los había pasado en el ejército, en el que, tras invertir un humilde patrimonio, había llegado a ser general de una compañía y había ganado esa cruz. Pero que, con la firma del último tratado de paz, la reforma de su regimiento y de todo el ejército, y la inclusión de otros regimientos, se había quedado sin provisión y se había encontrado en un mundo enorme sin amigos, sin una libra, y, «en realidad —dijo— sin otra cosa que esto», y señaló su cruz mientras lo decía. El pobre chevalier se ganó mi lástima y concluyó la descripción ganándose además mi aprecio.

El rey, prosiguió, era el más generoso de los monarcas, pero su generosidad no podía ni aliviar ni recompensar a todo el mundo, y su única desgracia había sido pertenecer a un grupo numeroso. Me contó que tenía una mujer menuda a quien amaba y que cocinaba esos pastelillos. Añadió que no le avergonzaba intentar sacar a su esposa y a él mismo de la pobreza de aquella forma, pues la providencia no le había ofrecido otra salida mejor.

Sería una maldad privar a la buena gente del placer de conocer lo que aconteció a este pobre chevalier de Saint Louis unos nueve meses después.

Por lo visto, tenía la costumbre de montar su tenderete junto a las verjas que conducían a palacio y, como su cruz había sido cual imán para numerosos viandantes, eran muchos los que le habían hecho la misma pregunta que yo. Él les había contado la misma historia y lo había hecho siempre con tanta modestia y buen gusto que al final había llegado a oídos del rey. El monarca, al conocer que el chevalier había sido un oficial gallardo y respetado por todo su regimiento por ser hombre de honor e integridad, acabó con su humilde negocio y le otorgó una pensión de mil quinientas libras al año.

Como he contado esta anécdota para complacer al lector, ruego me permita relatar otra, en esta misma línea, para darme un gusto personal: las historias son reflejo la una de la otra, y sería una lástima contarlas por separado.

LA ESPADA

RENNES

Ya que los Estados e Imperios pasan por periodos de declive y padecen cuando les toca sufrir turbación y pobreza, no me entretendré en contar las causas que de forma gradual llevaron a la casa de d'E., en la Bretaña, a la decadencia. El marquis d'E. había luchado por salir de esa condición con denodada firmeza; con el anhelo de preservar y aún de poder demostrar al mundo algunos pequeños fragmentos de lo que habían sido sus antepasados. Pero los actos cometidos por estos habían dejado indefenso al marqués. Le quedaba suficiente para satisfacer las humildes exigencias de una existencia en la oscuridad. No obstante, como tenía dos hijos que esperaban encontrar en él la luz, el marqués consideró que así lo merecían. Había probado el camino de la espada, pero no logró ingresar en el ejército: el equipamiento era demasiado costoso y una economía de guerra no se ajustaba a esas exigencias. No le quedaba más salida que el comercio.

En cualquier provincia de Francia que no sea Bretaña, comerciar suponía arrancar de raíz de una vez para siempre cualquier pequeño brote que el orgullo o afecto del noble quisiera replantar. No obstante, en tierras bretonas, por ser un caso ya previsto, el marqués tuvo una oportunidad. Aprovechando que los Estados se habían reunido en asamblea en Rennes, nuestro protagonista acudió allí con sus dos hijos y entró en la sala. Tras apelar a una antigua ley del ducado —que aunque sea una ley a la que pocas veces se recurre no por ello es menos válida—, desenvainó la espada de su cinto.

—Tomad —dijo—, quedáosla y convertíos en sus fieles guardianes hasta que tiempos mejores me pongan en situación de volver a reclamarla.

El presidente de la asamblea aceptó la espada del marqués. El dador se quedó allí unos minutos para ser testigo de cómo era depositada en los archivos de su cámara y partió.

El marqués embarcó junto con toda su familia al día siguiente con rumbo a la Martinica y, tras unos diecinueve o veinte años de exitosa dedicación al negocio, con algunos imprevistos por legados de ramas lejanas de su linaje, regresó al hogar para recuperar su título nobiliario y luchar por él.

Es una afortunada casualidad, que jamás acontecería a ningún viajero que no fuera uno sentimental, el que me encontrara en Rennes en el mismo instante de esa solemne solicitud (y la califico de solemne porque para mí lo fue).

El marqués entró a la sala acompañado de su familia al completo: él llevaba a su esposa del brazo, su hijo mayor iba agarrado de su hermana y su hijo pequeño se encontraba al otro extremo de la fila, junto a su madre. El padre de familia se llevó por dos veces el pañuelo al rostro.

El silencio era ensordecedor. Cuando el marqués había dado seis pasos

para acercarse a los miembros del tribunal, entregó el brazo de la marquesa a su hijo pequeño y se adelantó tres pasos a su familia, entonces reclamó su espada. Le entregaron el arma y, en el instante en que la tomó entre sus manos, casi llegó a desenvainarla. Se encontraba ante el reluciente rostro de una amiga que un día había entregado; se quedó contemplándola con detenimiento, empezando por la empuñadura, como para ver si seguía siendo la misma. Entonces, al vislumbrar una pequeña mancha de óxido que había aflorado justo allí, se la acercó a los ojos, inclinó la cabeza sobre ella y creí ver una lágrima caer sobre ese mismo lugar. Lo que ocurrió a continuación no me defraudó.

—Encontraré —dijo— alguna otra forma de limpiar esta mancha.

Una vez pronunciadas estas palabras, el marqués volvió a envainar la espada, dedicó una reverencia a sus guardianes y, seguido por su esposa y su hija, además de sus dos hijos, abandonó la sala.

¡Oh, cómo envidié lo que sentía!

EL PASAPORTE

VERSALLES

No encontré dificultad alguna para ser recibido por el conde de B. Los ejemplares de Shakespeare estaban desplegados sobre la mesa, y el noble los estaba hojeando. Me acerqué a la mesa y, tras echar una mirada a los libros para darle a entender que los conocía, le dije que había acudido hasta él sin presentación previa de nadie, pues sabía que me encontraría con un amigo en sus dependencias y confiaba en que este hubiera hecho los honores por mí.

—Se trata de mi compatriota, el gran Shakespeare —aclaré, señalando su obra—, et ayez la bonté, mon cher ami —añadí apelando a su espíritu—, de me faire cet honneur-là.

El conde sonrió por la singularidad de mi presentación y, como por lo visto yo estaba algo pálido y parecía mareado, insistió en que tomara asiento en un sillón. Así pues, me senté. Y para ahorrarle conjeturas sobre esa visita mía tan fuera de todo convencionalismo, me limité a relatarle el incidente acontecido en la tienda del librero, y cómo aquello me había empujado a acudir a él antes que a cualquier otro hombre en Francia con la historia sobre el pequeño bochorno que estaba pasando.

—¿Y cuál es la causa de ese bochorno? Exijo saberlo —dijo el conde.

Le conté la historia tal como se la he relatado al lector.

—Y el dueño del hotel en el que me hospedo —empecé a decir como conclusión— ha dicho que forzosamente, monsieur le count, me enviarán a la Bastilla. Sin embargo, yo no le tengo aprensión —proseguí—; pues, sabiendo que me encuentro en manos del pueblo más refinado del mundo y por ser yo un hombre justo que no ha llegado como espía para ver lo descubierto del país, no creo que me nieguen su compasión. Los franceses, monsieur le count —dije—, no acostumbran a utilizar su gallardía para perjudicar al desvalido.

Un rubor vivaz afloró en las mejillas del conde de B. al oír estas palabras.

—Ne craignez rien —dijo.

—En realidad, no temo nada —respondí—. Además —continué con cierta disipación—, he recorrido todo el camino desde Londres hasta París tan alegremente y no creo que monsieur le duc de Choiseul sea tan enemigo del regocijo como para obligarme a dar media vuelta llorando por mi penar.

»Lo que le vengo a rogar, monsieur le count de B. —y aquí le dediqué una profunda reverencia—, es mi deseo de que eso no ocurra.

El conde me escuchó de muy buena gana o yo no habría llegado ni a la mitad de mi discurso. Además, en una o dos ocasiones, comentó: C'est bien dit. Así que en ese punto dejé de hablar y decidí no decir nada más al respecto.

A partir de ahí, el conde llevó la voz cantante de nuestro diálogo. Hablamos de distintos temas: de libros, de política, de hombres y, luego, de mujeres.

—¡Que Dios las bendiga a todas! —exclamé, después de mucho dialogar sobre ellas—. No existe un hombre sobre la faz de la tierra que las ame tanto como yo: después de todas las flaquezas que he presenciado y de todas las sátiras que he leído compuestas contra ellas, sigo amándolas. Es más, estoy firmemente convencido de que un hombre que no sienta cierto afecto por la totalidad del otro sexo es incapaz de amar a una sola de sus componentes como es debido.

—Hèh bien! Monsieur l'anglais —dijo el conde con desparpajo—, no ha venido usted a espiar lo descubierto del país, le creo; ni encore, me atrevería a decir, eso que ha dicho de nuestras mujeres. Aunque permítame una conjetura: si, par hasard, ellas se cruzan en su camino, espero que esa perspectiva no le disguste…

Hay algo en mi interior que no puede soportar la más mínima insinuación deshonrosa. Entre dientes me he esforzado a menudo por superarlo y, con un dolor infinito, he intentado decir mil cosas a una docena de personas del otro sexo, de las cuales no habría osado aventurar una sola para ganarme el cielo.

—Disculpe, monsieur le count —dije—, en cuanto a lo descubierto de su

país, de haberlo visto, lo habría contemplado con los ojos anegados en lágrimas; en cuanto a sus mujeres —y esto lo dije ruborizado por la idea que ese hombre me había hecho evocar—, soy tan evangélico a este respecto y siento tanta compasión por todo lo que en ellas es débil, que lo cubriría con una prenda, si supiera como echársela encima. No obstante —proseguí—, sí podría desear espiar lo descubierto de sus corazones y, tras levantar los diversos velos de las costumbres, los climas y la religión, descubrir su contenido más preciado para que me sirva de guía. Por ello he venido.

»Y esta es la razón, monsieur le count —continué—, por la que no he visitado el Palais Royal, ni el Luxembourg, ni la fachada del Louvre, ni he intentado aumentar los catálogos que poseemos de cuadros, esculturas e iglesias. Considero a cada ser del bello sexo como un templo y preferiría entrar en él y contemplar los dibujos originales y bocetos perdidos colgados en sus muros, antes que ver la mismísima Transfiguración de Rafael.

»La avidez de ello —proseguí—, con la misma impaciencia que enciende el pecho del entendido en arte, me ha llevado desde mi propio hogar hasta Francia, y de Francia me conducirá hasta Italia. Es este un viaje considerable del corazón en pos de la naturaleza y de esos afectos que afloran de ella, que nos impulsan a amar al prójimo y al mundo más que a nosotros mismos.

El conde me respondió con un gran número de amables comentarios sobre el tema y añadió, con gran educación, lo mucho que le debía a Shakespeare, pues él me había presentado.

—Pero à propos —dijo—, aunque Shakespeare sea un dechado de virtudes, olvidó el pequeño detalle de anunciar su nombre, y eso lo obliga a usted a hacerlo.

EL PASAPORTE

VERSALLES

Para mí no hay cuestión más desconcertante en la vida que prepararme para contarle a alguien quién soy, puesto que son poquísimas las personas a las que no pueda presentar, salvo a mí mismo. A menudo he deseado poder describirme con una sola palabra y poner punto y final. Aquella fue la única ocasión en mi vida en la que pude hacerlo así. Pues teniendo a Shakespeare sobre la mesa y al recordar que yo estaba en sus libros, tomé Hamlet y volví las páginas para ir directamente a la escena del enterrador del quinto acto. Señalé con el dedo a Yorick y le pasé el volumen al conde sin quitar el dedo del nombre.

—Me voici! —exclamé.

Ahora bien, que la imagen del cráneo del pobre Yorick quedara sustituida en la mente del conde por la realidad de mi propio cráneo, o por el mágico motivo por el que el noble pudo obviar un periodo de siete u ocho siglos no cambia en absoluto este relato. Mas debe reconocerse que los franceses conciben mejor que aprecian; no me sorprende nada en este mundo, y menos esto, ya que uno de los prohombres de nuestra propia Iglesia —por cuyo candor y sentimientos paternalistas profeso la más absoluta veneración— cayó en el mismo error en este mismo caso. Afirmó que no podía soportar ni mirar los sermones escritos por el bufón del rey de Dinamarca.

—Bueno, monseñor —respondí—, pero hay dos Yoricks. El Yorick al que se refiere Su Ilustrísima lleva ochocientos años muerto y enterrado y floreció en la corte de Horwendillus. El otro Yorick soy yo, y, monseñor, no he florecido en corte alguna.

Sacudió la cabeza.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé—, ¡bien podría haber confundido a Alejandro Magno con Alejandro el Calderero, monseñor!

—Lo mismo da —respondió.

—Si Alejandro, rey de Macedonia, pudiera haber trasladado a Su Ilustrísima de santa sede, estoy seguro de que no habría dicho eso.

El pobre conde cayó en el mismo error.

—Et, monsieur, est-il Yorick? —preguntó, asombrado.

—Je le suis —contesté.

—Vous?

—Moi… moi qui ai l’honneur de vous parler, monsieur le comte.

—Mon Dieu! —exclamó, abrazándome—. Vous êtes Yorick!

El conde se metió de inmediato el ejemplar de Shakespeare en el bolsillo y me dejó solo en la sala.

EL PASAPORTE

VERSALLES

No atinaba a entender por qué el conde de B. había abandonado de forma tan repentina la estancia, al igual que no concebía por qué se había metido el

libro de Shakespeare en el bolsillo.

Los misterios que deben explicarse por sí solos no merecen el tiempo invertido en conjeturar sobre ellos: era mejor leer a Shakespeare. Así que, tras tomar Mucho ruido y pocas nueces, me trasladé de inmediato desde el sillón en que me hallaba hasta Messina, en Sicilia, y me entretuve tanto con don Pedro, Benedicto y Beatriz, que no pensé ni en Versalles, ni en el conde ni en el pasaporte.

¡Encantadora maleabilidad del espíritu humano, que puede entregarse en un instante a las ilusiones que engañan a las expectativas y la aflicción de los momentos de turbación! Hace mucho, mucho tiempo, desde que vos empezasteis a contar mis días, que hubiera dejado de recorrer un tramo tan largo de no pisar el suelo de esa tierra encantada. Cuando el camino es demasiado tortuoso para mis pasos o demasiado empinado para mis fuerzas, me desvío de él en pos de alguna senda de suave terciopelo que la imaginación ha salpicado de rosales de delicias. Tras haber tomado allí un par de curvas, regreso fortalecido y refrescado. Cuando los males me acucian hasta dañarme y no hay forma de apartarse de ellos en este mundo, tomo una nueva ruta; me marcho y, como tengo una idea más clara de los campos Elíseos que del cielo, me obligo, como Eneas, a adentrarme en ellos. Lo veo encontrarse con la pensativa sombra de su abandonada Dido, deseando reconocerla; veo al espíritu herido cardando sus cabellos y alejándose en silencio del autor de sus desgracias y deshonras. Pierdo de vista mis sentimientos al contemplar los de ella y esos afectos que afloraron en mí al penar por sus males cuando todavía estaba en la escuela.

Sin duda, esto no supone caminar tras una sombra vana, ni tampoco que un hombre se disguste en vano por ello: lo hace más a menudo al confiar únicamente a la razón aquello que provoca sus conmociones. En mi caso, puedo afirmar de forma categórica que jamás he sido capaz de controlar una sola sensación negativa en mi corazón con tanta determinación como haciéndolo latir lo más rápido posible por otra sensación amable y gentil para batir a lo aciago en su propio terreno.

En el instante en que llegaba al final del tercer acto, el conde de B. entró con mi pasaporte en la mano.

—Monsieur le duc de C. —dijo el conde—, me atrevería a decir, es tan buen profeta como estadista. «Un homme qui rit», dijo el duque, «ne sera jamais dangereux». De haber sido para alguien que no fuera el bufón del rey —añadió el conde—, no podría haberlo conseguido en dos horas.

—Pardonnez moi, monsieur le count —le interrumpí—, no soy el bufón del rey.

—Pero ¿es usted Yorick?

—Sí.

—Mais vous plaisantez?

Respondí que sí, que hacía bromas, pero que nadie me pagaba por ello; que lo hacía totalmente gratis.

—Nosotros no tenemos bufón en la corte, monsieur le count —añadí—, el último que tuvimos perteneció al licencioso reinado de Carlos II. Desde aquella época, nuestras costumbres han ido refinándose de tal modo que, en la actualidad, nuestra corte está llena de patriotas que no desean otra cosa que honores y riquezas para su país. Y nuestras damas son tan castas, tan inmaculadas, tan bondadosas y tan devotas que no hay episodio que protagonicen que pueda convertirse en objeto de las burlas de un bufón.

—Voilà un persiflage! —exclamó el conde.

EL PASAPORTE

VERSALLES

El pasaporte estaba dirigido a todos los tenientes gobernadores, gobernadores y comandantes de plaza, generales de ejército, jueces y funcionarios de justicia de cualquier rango, a los que instaba a permitir al señor Yorick, el bufón del rey, y a su equipaje, viajar con toda libertad. Por ello debo reconocer que el triunfo de haber conseguido el documento estaba algo empañado por el personaje en que me convertía. Pero no hay nada que no sea a un tiempo amargo y dulce en este mundo. Algunos de nuestros más importantes teólogos han llegado al extremo de afirmar que el mismísimo placer es recibido con un suspiro y que el más grande conocido por ellos concluye, por lo general, en poco menos que una convulsión.

Recuerdo al serio y docto Bevoriskius, en su comentario sobre las generaciones desde Adán, quien, con toda naturalidad, rompe su discurso en medio de una anotación para describir a sus lectores a una pareja de gorriones posados en el alféizar de su ventana. Las aves habían estado molestándole todo el tiempo mientras escribía y, al final, habían acabado despistándolo por completo de su genealogía.

«¡Qué extraño! —escribe Bevoriskius—, pero los hechos son ciertos, pues he sentido tal curiosidad que los he anotado, uno a uno, con mi pluma. La realidad es que el gorrión macho, durante el breve tiempo en el que podría haber acabado la otra mitad de esta anotación, me ha interrumpido con la

reiteración de sus caricias: veintitrés veces y media.

»¡Cuán misericordioso —añade Bevoriskius— es el cielo con sus criaturas!»

¡Desafortunado destino, Yorick!, que el más serio de tus hermanos sea capaz de escribir para el mundo algo que sonroja tu rostro solo con copiarlo, incluso estando en la soledad de tu estudio.

No obstante, esto no tiene nada que ver con mis viajes. Así que, por dos veces, dos, ruego perdón por ello.

EL CARÁCTER

VERSALLES

—¿Y qué opina de los franceses? —preguntó el conde de B., después de haberme entregado el pasaporte.

El lector puede suponer que, tras tan atenta prueba de cortesía, yo no podía sino responder algo hermoso a la pregunta.

—Mais passe, pour cela. Hable con franqueza —dijo—: ¿Ha encontrado en los franceses esa urbanidad que todo el mundo nos hace el honor de atribuirnos?

—He encontrado todo lo necesario —respondí— para confirmarlo.

—Vraiment —comentó el conde—, les Français sont polis.

—Hasta el exceso —respondí.

El conde se sorprendió ante la palabra «exceso» pues creyó que había querido decir algo más que lo evidente. Me defendí durante largo rato todo lo bien que pude para desmentirlo. Pero él insistió en que yo tenía ciertas reservas y que debía expresar mi opinión con franqueza.

—Creo, monsieur le count —dije—, que el hombre tiene un registro determinado, al igual que un instrumento, y que las ocasiones sociales y de otras clases tocan, cada una, teclas distintas en él. Así pues, si uno empieza tocando una nota demasiado aguda o grave, debe existir la necesidad o bien de recurrir a octavas más elevadas o bien a las más bajas para completar el sistema de armonía.

El conde de B. no era un entendido en música y me pidió que se lo explicara de alguna otra forma.

—Una sociedad refinada, querido conde —dije—, convierte a todo el mundo en su deudor. Por otra parte, la urbanidad en sí misma, como el bello sexo, posee tantos encantos que sería faltar a los sentimientos afirmar que puede hacer algún mal. Con todo, creo que existe cierto límite de perfección que un hombre, en general, está investido de poder para alcanzar. Si lo sobrepasa, se puede decir que más que adquirir cualidades, las combina. No debo tomarme la libertad de decir lo mucho que afecta a los franceses el tema que tratamos, pero podría darse el caso de que los ingleses, en el transcurso de nuestro refinamiento, alcanzáramos la misma elegancia que distingue a los franceses sin perder la politesse du coeur, que hace que los hombres tengan mayor tendencia a realizar acciones humanitarias que no simplemente corteses, aunque al menos sí perderíamos esa peculiar variedad y originalidad de carácter que nos distingue, no solo entre nosotros, sino del resto del mundo.

Tenía unos pocos chelines con la efigie del rey Guillermo, lisos como el cristal, en el bolsillo; y con la previsión de que me servirían para ilustrar mi hipótesis, los había agarrado con una mano llegado ya a ese punto del discurso:

—Vea, monsieur le count —dije levantando las monedas y poniéndolas ante sus ojos encima de la mesa—, por efecto de la fricción entre las monedas durante setenta años pasando de un bolsillo a otro, estas piezas se han tornado tan parecidas que apenas se distinguen entre sí.

»Los ingleses, como las monedas viejas, se mantienen más separados y, al haber pasado por pocas manos, conservan los filos originales que la fina mano de la naturaleza les ha otorgado. No son tan agradables al tacto, pero, en cambio, la leyenda es tan fácil de apreciar, que a primera vista se descubre cuáles son la efigie y el lema acuñados. Pero los franceses, monsieur le count —añadí, con el deseo de suavizar mis palabras—, poseen tal cantidad de excelencias, que bien pueden ahorrarse este precepto. El cielo es testigo de que son un pueblo leal, gallardo, generoso, ingenioso y de buen corazón; si es que tienen algún fallo es su severidad excesiva.

—Mon Dieu! —exclamó el conde levantándose de su asiento—. Mais vous plaisantez —añadió, rectificando su exclamación.

Me llevé una mano al pecho y le aseguré con seriedad que aquella era mi opinión más sincera.

El conde dijo que le mortificaba no poder quedarse a escuchar mis argumentos, pues tenía el compromiso de partir, en ese mismo instante, a comer con el duc de C.

—Aunque si no le resulta un viaje demasiado largo el ir hasta Versalles para almorzar conmigo, le ruego, antes de que se marche de Francia, que me

conceda el placer de saber que se ha retractado de su opinión, o, de no ser así, de qué modo la reafirma. No obstante, si la reafirma, monsieur l'anglais —añadió—, debe hacerlo con todas sus fuerzas, porque tendrá al mundo entero contra usted.

Prometí al conde que sería un honor para mí comer con él antes de partir hacia Italia. Y así me marché.

LA TENTACIÓN

PARÍS

Cuando por fin llegué al hotel, el portero me informó de que una joven con un estuche alargado se había presentado hacía un momento preguntando por mí.

—No sé —dijo el portero—, si ya se ha marchado o no.

Me entregó la llave de mi habitación y subí la escalera. Cuando ya había subido diez escalones y antes de llegar al rellano que quedaba frente a mi puerta, me crucé con la joven, que bajaba lentamente.

Se trataba de la hermosa fille de chambre con la que había paseado por el quai de Conti. Madame de R. la había enviado allí con una entrega para un marchand de modes a un par de pasos del Hôtel de Modéne, y como yo no había ido a visitarla, le había ordenado que averiguara si me había marchado de París. De ser así, debía preguntar si había dejado alguna carta dirigida a ella.

Como la hermosa fille de chambre se encontraba tan cerca de la puerta de mi cuarto, dio media vuelta y entró conmigo en la habitación un momento mientras yo escribía una nota.

Era una noche apacible y agradable de finales del mes de mayo, las cortinas color carmesí de la ventana (que eran de la misma tonalidad que la ropa de cama) estaban echadas. El sol estaba poniéndose y proyectaba, a través del cortinaje, un tono tan cálido en el rostro de la hermosa fille de chambre, que creí que se había ruborizado; la simple idea hizo que yo mismo me sonrojara. Estábamos completamente solos y eso hizo aflorar un segundo rubor antes de que el primero se hubiera disipado.

Existe cierto tipo de placentero sonrojo, inducido en parte por la culpa, del que la sangre es más culpable que el hombre: el rojo humor es enviado con ímpetu desde el corazón y la virtud sale volando tras él, no para hacerlo volver al redil, sino para que su sensación resulte más deliciosa a los nervios. Todos

son cómplices.

Pero no lo describiré. Al principio sentí algo que no se correspondía estrictamente con la lección de virtud que le había dado a la joven la noche anterior. Busqué durante cinco minutos una tarjeta para escribir la nota, a sabiendas de que no tenía; tomé una pluma, volví a soltarla; me temblaba el pulso; el demonio me había poseído.

Sé, tan bien como cualquiera, que el demonio es un enemigo, que, si le oponemos resistencia, acabará abandonándonos; pero pocas veces me resisto a él por el pánico a que, aunque pueda llegar a triunfar, pueda salir herido del combate. Así pues, entrego la victoria por seguridad y, en lugar de pensar en hacer que huya, por lo general, soy yo quien huye.

La hermosa fille de chambre se acercó al escritorio en el que yo estaba buscando una tarjeta, tomó primero la pluma que yo había dejado y luego se ofreció a sostenerme el tintero. Fue un ofrecimiento tan dulce, que iba a aceptarlo, pero no osé hacerlo.

—No tengo nada, querida mía —dije—, sobre lo que escribir.

—Escriba —respondió ella sencillamente— sobre cualquier cosa.

Estuve a punto de exclamar: «¡Entonces escribiré, hermosa joven, sobre tus labios!».

«Si lo hago —pensé—, pereceré»; la tomé de una mano, la conduje hasta la puerta y le supliqué que no olvidara la lección que le había dado. Ella me aseguró que no la olvidaría y, tras pronunciar estas palabras con profundo convencimiento, se volvió, me entregó ambas manos e hizo que las cubriera con las mías; era imposible no apretarlas en esa situación. Deseaba dejarlas ir y, durante el rato que las tuve apresadas, no dejé de luchar contra mi voluntad de hacerlo y seguía asiéndolas. Pasados dos minutos, me di cuenta de que debía volver a empezar a librar la batalla y sentí que me temblaban las piernas y los brazos al pensarlo.

Los pies de la cama se encontraban a un metro y medio del lugar en que estábamos parados. Seguía asiéndola de las manos y no puedo explicar cómo sucedió; ni se lo pedí, ni la arrastré, ni tan siquiera pensé en el lecho, pero ocurrió, y ambos acabamos sentados sobre él.

—Le enseñaré —dijo la bella fille de chambre— el pequeño estuchito que he estado cosiendo hoy para guardar la moneda que me dio.

Y metió una mano en el bolsillo derecho, que era el lado del que yo estaba, y lo tentó durante unos minutos, luego metió la mano en el izquierdo. «Lo ha perdido». Jamás he esperado algo en un silencio más profundo; al final lo encontró en el bolsillo derecho; lo sacó. Era de tafetán verde, con un forro de

satén blanco y acolchado, y del tamaño justo para contener la moneda. Me lo colocó en la mano; era una pieza hermosa y la sostuve durante diez minutos en la palma de la mano apoyada en su regazo, mirando ora el monedero, ora a un lado del mismo.

Se habían soltado un par de puntadas de mi pañuelo, y la hermosa fille de chambre, sin decir palabra, sacó su pequeño costurero, enhebró una diminuta aguja y los cosió. Intuí que ese gesto pondría en peligro lo glorioso del día y, mientras ella pasaba la mano una y otra vez en silencio por mi cuello para coser, sentía cómo se tambaleaban los laureles con los que la imaginación me había coronado.

Se le había desatado un lazo del zapato al caminar y la hebilla estaba a punto de desprenderse.

—Mire —dijo la fille de chambre levantando el pie.

Por mi alma juro que no pude más que atarle el lazo y asegurar la hebilla, y al levantarle el otro pie —una vez hube terminado y para ver si ambos zapatos estaban bien atados—, como lo hice de forma tan repentina, la hermosa fille de chambre perdió el equilibrio inevitablemente. Y entonces…

LA CONQUISTA

Sí, y entonces… Vosotros cuyas cabezas de fría arcilla y corazones tibios pueden apaciguar o enmascarar vuestras pasiones, decidme, ¿qué pecado es que un hombre las sienta? O ¿cómo puede su espíritu responder ante el padre de todos los espíritus por su conducta cuando ellas lo domeñan?

Si la naturaleza ha tejido su red de amabilidad de forma que algunos hilos de amor se intercalen en el tapiz, ¿debe desgarrarse toda la red para desprenderlos? «Fustigad por mí a esos estoicos, gran gobernador de la naturaleza! —me dije—, dondequiera que vuestra providencia me sitúe para las pruebas de mi virtud; sea cual fuere el peligro que haya de correr o cualquiera que sea mi situación, permitid que sienta los movimientos que de ella se derivan y que me pertenecen como hombre, y, si los gobierno como hombre bueno, confiaré la situación a vuestro juicio; pues sois vos quien nos ha creado y no nosotros mismos».

En cuanto terminé mi súplica, ayudé a levantarse a la bella fille de chambre tomándola de la mano y la acompañé a la salida. Ella se quedó a mi lado hasta que cerré la puerta y me guardé la llave en el bolsillo. Después, cuando creí haber logrado una victoria bastante decisiva y no antes, presioné mis labios contra su mejilla y, tomándola de nuevo de la mano, la conduje sana

y salva hasta la cancela del hotel.

EL MISTERIO

PARÍS

Si un hombre conoce el corazón, sabrá que era imposible que yo regresara al instante a mi estancia; habría sido como tocar una fría tercera bemol para concluir una obra musical que hasta el momento hubiese logrado estremecer mis afectos. Por ello, al soltar la mano de la fille de chambre, me quedé en la cancela del hotel durante un rato, observando a todos los paseantes y haciendo conjeturas sobre ellos. Hasta que volqué mi atención en un único sujeto que confundió cualquier razonamiento sobre su persona.

Era un individuo alto y esbelto, de aire filosófico, serio y adusto, que paseaba calle arriba y calle abajo, dando unos sesenta pasos a cada lado de la cancela del hotel. El hombre tenía unos cincuenta y dos años y llevaba un pequeño bastón bajo el brazo, vestía un abrigo de color apagado, chaleco y calzones, prendas que habían vivido algunos años de servicio. Todavía estaban limpios y el hombre que los llevaba poseía cierto aire de frugal propreté. Por su gesto de quitarse el sombrero y su actitud al acercarse a diversas personas que se le cruzaron, me di cuenta de que estaba pidiendo limosna. Saqué un par de sous del bolsillo y me dispuse a dárselos cuando se cruzara conmigo. Sin embargo, pasó junto a mí sin pedirme nada, aunque no había dado ni cinco pasos cuando pidió limosna a una mujer menuda. Era mucho más probable que, de los dos, fuera yo quien se la hubiera dado. Apenas hubo terminado de pedir a la mujer cuando se quitó el sombrero para mendigar a otra persona que iba en la misma dirección. Un anciano caballero se acercó caminando lentamente y, tras él, un joven de aire avispado. El mendigo los dejó pasar sin decirles nada. Me quedé allí observándolo durante media hora, tiempo en el que él realizó una docena de veces el mismo recorrido de arriba abajo. Descubrí que siempre aplicaba un método de actuación similar.

Había dos elementos muy singulares en este hecho que activaron la maquinaria de mi cerebro sin yo poder evitarlo. La primera: ¿por qué el hombre solo contaba su historia al bello sexo?; y, segunda: ¿qué clase de historia era y con qué elocuencia se contaba que ablandaba el corazón de las mujeres y cuyo narrador sabía que no tenía el mismo efecto en los hombres?

Existían otras dos circunstancias que enmarañaban este misterio. La primera era que contaba su historia a cada mujer al oído y de un modo mucho más semejante a la transmisión de un secreto que de un ruego. La otra era que

siempre lograba su propósito. No había parado a ni una sola mujer que no hubiera sacado su monedero y de inmediato le hubiera dado algo.

No se me ocurría nada que explicara este fenómeno.

Había dado con un misterio que me entretendría durante toda la tarde. Y así subí la escalera que conducía a mi cuarto.

CUESTIÓN DE CONCIENCIA

PARÍS

De inmediato siguió mis pasos el dueño del hotel, quien entró en mi habitación para avisarme de que debía buscar alojamiento en cualquier otro lugar.

—¿Y a qué se debe, amigo mío? —pregunté.

Me respondió que, esa noche, yo había estado en compañía de una joven dama durante dos horas y con la puerta de mi dormitorio cerrada con llave, y que eso contravenía las normas de su casa.

—Muy bien —dije—, nos despediremos como amigos, pues; ya que la joven no está peor ahora que antes, ni yo estoy peor, y usted se quedará tal como estaba cuando lo encontré.

Bastante había sido ya, dijo, el haber mancillado la reputación de su hotel.

—Voyez vous, monsieur —indicó señalando a los pies de la cama en la que habíamos estado sentados la joven y yo.

Supuse que allí tenía que haber algo parecido a una prueba; pero, como mi orgullo no me permitía el sufrimiento de entrar en detalles sobre el caso, le rogué que permitiera descansar a su alma en paz, que yo haría lo mismo con la mía esa noche y que saldaría mis deudas con él durante el desayuno.

—No me habría importado, monsieur —dijo—, si hubiera estado usted con veinte jóvenes en su cuarto.

—Son algunas más —respondí interrumpiéndole— de las que jamás he considerado.

Añadió que siempre y cuando hubiera sido por la mañana.

—¿Acaso la diferencia horaria en París marca la diferencia en el pecado?

—Marca la diferencia —contestó— en el escándalo.

Siempre he sabido apreciar las distinciones bien hechas; no puedo decir

que me sintiera furioso con aquel hombre.

—Reconozco que es necesario —concluyó el dueño del hotel— que un extranjero de visita en París pueda aprovechar las oportunidades que se le presentan de comprar medias de raso, seda y volantes, et tout cela; y no pasa nada si una mujer llega con un estuche.

—Oh, ¡conciencia mía! —exclamé—, esa joven llevaba uno, pero no llegué a ver su contenido.

—Entonces —preguntó—, ¿monsieur no ha comprado nada?

—Nada de nada —respondí.

—Porque —dijo—, podría recomendarle a una que le serviría en conscience.

—Pero debo verla esta noche —aclaré.

Me hizo una profunda reverencia y partió escalera abajo.

—Creo que triunfaré con este maître d'hôtel —exclamé—, ¿y después qué? Después le demostraré que es un sujeto despreciable. ¿Y después qué? ¿Y después qué?

Era demasiado consciente de lo que pensaba para argumentar que era por el bien de los demás. Ya no me quedaban respuestas válidas; mi plan tenía más de visceral que de ético y me asqueaba incluso antes de su ejecución.

Pasados escasos minutos, entró la costurera con su caja de puntillas. «Pero no compraré nada», pensé.

La costurera me lo enseñó todo. Yo era un hombre difícil de contentar; ella no se daba cuenta; desplegó su pequeño muestrario y me mostró sus encajes, uno a uno; los desdobló y volvió a doblar, uno a uno, con la más tierna paciencia. Podía comprarle algo o no, me lo dejaría todo al precio que yo le pidiera: la desdichada criatura parecía ansiosa por ganar una moneda y se dejó la piel para ganarse mis afectos, y no precisamente con arterías, sino de una manera que se me antojó sencilla y delicada.

Si no existe un fondo de credibilidad honesta en el hombre, tanto peor para él; mi corazón empezó a transigir y desestimé mi segunda decisión con la misma tranquilidad que la primera. «¿Por qué debería castigar a una por el delito del otro? Si vos queréis rendir cuentas ante ese tirano que es el hostelero —pensé mirando a la costurera—, tanto más arduo será para vos ganaros el pan».

Pese a no haber tenido más de cuatro luises de oro en mi monedero, no era de recibo que me levantara y le enseñara la puerta sin haberle pagado antes tres monedas por un par de volantes de encaje.

«El dueño del hotel se repartirá los beneficios con ella; tanto me da: esto quiere decir que al final habré pagado lo mismo que haya pagado cualquier pobre diablo antes que yo por una acción que no ha podido llevar a cabo y que ni tan siquiera ha pensado».

EL ACERTIJO

PARÍS

Cuando La Fleur subió para servirme durante la cena, me contó lo disgustado que estaba el dueño del hotel por la refriega que había tenido conmigo al ordenarme que cambiara de alojamiento.

Un hombre que sabe valorar un buen descanso nocturno no se irá a dormir, siempre que pueda evitarlo, sintiendo alguna animadversión. Así que ordené a La Fleur que dijera al hotelero que sentía el mal trago que le había hecho pasar.

—Y puedes decirle, si no te importa, La Fleur —añadí— que, si la joven vuelve a buscarme, no pienso recibirla.

Este era un sacrificio que hacía no por él, sino por mí, pues había tomado la decisión, después de haber escapado por tan poco, de no correr más riesgos y de abandonar París, si era posible, con la misma castidad con la que había llegado.

—C'est déroger à noblesse, monsieur —dijo La Fleur haciendo una profunda reverencia hasta el suelo—. Et encore, monsieur —añadió—, puede que el señor cambie de opinión (par hasard) y le venga en gana divertirse…

—No me parece motivo de diversión —le interrumpí.

—Mon Dieu! —exclamó La Fleur y se marchó.

Pasada una hora, subió para acostarme y se comportó con más servilismo de lo acostumbrado: había una pregunta que quería hacerme que no osaba formular. No podía ni imaginar de qué se trataba, aunque en realidad no me molesté mucho en averiguarlo, puesto que tenía en mente un misterio mucho más interesante que resolver: el del hombre que pedía limosna frente a la puerta del hotel. Le habría dado cualquier cosa por llegar al fondo de la cuestión y lo habría hecho, no por curiosidad —pues es ese un medio de información, en general, por el que no pagaría la gratificación que supone ni una moneda de dos sous—, no, lo habría hecho para averiguar el secreto que con tanta rapidez y de forma tan certera ablanda el corazón de toda mujer a la que uno se aproxima. Era un secreto equiparable, cuando menos, a la piedra

filosofal. De haber sido amo de las dos Indias, habría entregado una de ellas a cambio de despejar esa incógnita.

Me pasé prácticamente la noche entera dando vueltas al asunto sin llegar a una conclusión fructuosa. Al despertar a la mañana siguiente, sentí mi ánimo tan perturbado por mis sueños como el rey de Babilonia se había sentido por el suyo. Afirmo, sin lugar a dudas, que el haber interpretado lo que soñé habría desconcertado tanto a todos los sabios de París como a los de Caldea.

LE DIMANCHE

PARIS

Era domingo, y cuando La Fleur entró por la mañana con mi café, mi bollo y la mantequilla, se había vestido con tanta elegancia que apenas lo reconocí.

Habíamos convenido, en Montreuil, que le proporcionaría un sombrero nuevo con broche y presilla de plata, así como cuatro luises de oro pour s'adoniser, cuando llegáramos a París. En honor a la verdad, debo decir que el pobre diablo había hecho maravillas con ese dinero.

Se había comprado una llamativa casaca rojo escarlata, limpia y de excelente factura, y un par de calzones del mismo color y tejido.

—No costaban ni una corona menos —me dijo— por ser usadas.

Me dieron ganas de colgarlo de un árbol por habérmelo dicho. Parecía todo tan nuevo, que, aunque sabía que no habría sido posible, habría preferido imaginar que yo mismo le había comprado todo al muchacho de primera mano, en lugar de saber que las prendas procedían de la rue de friperie.

Un nimio detalle que no ha de afectarle a uno en París.

Además se había comprado un hermoso chaleco azul de satén ornamentado con elegantes bordados. En realidad, esta última prenda estaba algo más deteriorada por el uso que le habían dado, aunque La Fleur la había restaurado a conciencia. Había retocado sus dorados y el chaleco destacaba sobre el conjunto gracias a ello. Y como el azul no era muy chillón combinaba a la perfección con los calzones. El joven había administrado con tanta eficacia el dinero que le había llegado para comprarse un bolso y un solitaire; y había insistido hasta conseguir que el fripier incluyera, por el mismo precio, un par de ligas doradas para las rodilleras de las calzas. Se había comprado puños de muselina, bien brodés, con cuatro libras de su propio bolsillo, y un par de medias blancas de seda por otras cinco. Como guinda del pastel, la naturaleza lo había dotado con una figura esbelta que no le había costado ni un solo sous.

Entró de aquella guisa en la habitación, con el pelo peinado a la última y con un hermoso ramillete prendido en la pechera. En pocas palabras: rezumaba tal aire de festividad, que de inmediato pensé que era domingo. Tras sumar dos más dos, vi con claridad que el favor que había querido pedirme la noche anterior era el de pasar el día en París como todo el mundo.

Apenas si había llegado a esa conclusión, cuando La Fleur, con humildad infinita aunque con confianza en la mirada, como si no pudiera negárselo, me rogó que le diera el día libre pour faire le gallant vis-à-vis de sa maîtresse.

Y eso era precisamente lo que yo había pensado, hacer vis-à-vis con madame de R. A tal fin, había mandado retener el coche y lo cierto es que no habría mortificado mi vanidad el haber llevado detrás un lacayo tan elegantemente ataviado como La Fleur: no se me habría ocurrido peor forma de desperdiciar sus servicios que darle el permiso.

No obstante, en estos apuros debemos sentir, no discutir. En sus contratos, los hijos e hijas del servicio negocian con la libertad y no con su naturaleza. Son de carne y hueso y tienen sus pequeñas vanidades y deseos en la casa de su servidumbre, al igual que tienen sus amos. Sin duda alguna, han puesto un precio a la negación de su voluntad, y sus expectativas resultan tan ilógicas, que a menudo las frustraría, y su condición me otorga el poder para hacerlo.

«He aquí tu siervo» es una cita que siempre me desprovee de mis poderes como amo.

—¡Debes ir pues, La Fleur! —exclamé—. ¿Y qué amada —pregunté— puedes haber encontrado llevando tan poco tiempo en París?

La Fleur se puso una mano en el pecho y dijo que se trataba de una petite demoiselle de la casa de monsieur le count de B. La Fleur había nacido para relacionarse en sociedad y, para no faltar a la verdad, diré que, al igual que su señor, había pocas oportunidades que se le escaparan en ese sentido. Por ello, de un modo u otro (aunque Dios sabe cómo), había entablado relación con la demoiselle en el rellano de la escalera durante el tiempo que yo había estado ocupado con el asunto de mi pasaporte. Y mientras yo había tenido tiempo suficiente para ganarme el favor del conde, La Fleur había hecho lo posible para ganarse el de la doncella. La familia de la muchacha iba a pasar el día en París, y La Fleur se reuniría con un grupito formado por otros dos o tres miembros más del servicio del conde en las avenidas.

¡Dichoso pueblo sois!, que al menos una vez por semana os aseguráis de compartir todas vuestras inquietudes, y bailar y cantar y aligerar el peso del sufrimiento que sobrecarga el espíritu de otras naciones y lo deja por los suelos.

EL FRAGMENTO

PARÍS

La Fleur me había dejado algo con que entretenerme durante el día que resultó ser mucho más interesante de lo que yo había negociado o más de lo que podría habérsele ocurrido a mi criado, o habérseme ocurrido a mí incluso.

Había comprado una porción de mantequilla colocada sobre una hoja de grosella negra y, como era una mañana calurosa y tenía que caminar bastante para llevarla, había pedido que le entregaran una hoja de papel sobrante para colocarla entre la hoja de grosella y su mano. El vegetal hacía las veces de plato, y le ordené que sirviera la mantequilla tal como estaba. Como había decidido no salir en todo el día, le encargué que fuera a visitar al traiteur para pedirme la comida y lo despedí para que me dejara desayunar a solas.

Una vez que hube terminado con la mantequilla, tiré la hoja de grosella negra por la ventana y me dispuse a hacer lo propio con el papel sobrante, pero antes me detuve a leer la primera línea escrita en él y luego la segunda y eso me llevó a la tercera; pensé que valía la pena seguir leyendo. Cerré la ventana, acerqué un sillón y me senté a leer la hoja.

Aquella era la época del viejo francés Rabelais y, hasta donde yo sé, el texto bien podría haber sido de su autoría. Además, había sido escrito con letra gótica y la tinta estaba tan desvaída y tan emborronada por las manchas, que me costó un mundo poder entender lo que decía. Tiré el papel y me apresté a escribir una carta a Eugenius. Pero entonces volví a recoger la hoja y retomé su lectura con paciencia renovada. Después, para compensar el esfuerzo, escribí una misiva a Eliza. Pero el papel seguía obsesionándome, y la dificultad que implicaba el entender su contenido no hacía sino aumentar el deseo de leerlo.

Comí y, después de haber iluminado mi mente con una botella de borgoña, volví a leerlo y, tras dos o tres horas volcado en ese texto, con una atención casi tan profunda como la dedicada por Gruter o Jacob Spon a descifrar una inscripción sin sentido, creí que le había encontrado un significado. No obstante, para asegurarme de que así era, pensé que lo mejor era traducirlo al inglés y ver qué tal sonaba. Y así me puse a la tarea con relajación, como lo hace un hombre sin ocupaciones, escribiendo una frase, dando un par de vueltas después, observando cómo marchaba el mundo, mirando por la ventana. Y se me hicieron las nueve de la noche antes de haberlo terminado. Entonces empecé a leerlo tal y como a continuación lo transcribo.

EL FRAGMENTO

PARÍS

Mientras la esposa del notario discutía la cuestión con su marido acaloradamente…

—¡Ojalá —exclamó el notario al tiempo que tiraba el pergamino— hubiera otro notario presente para tomar debida nota de todo esto y dar fe de ello!

—¿Y qué piensa hacer usted, monsieur? —preguntó ella levantándose a toda prisa.

La esposa del notario era una mujer de armas tomar, y su marido pensó que era mejor evitar que estallara dándole una respuesta poco contundente.

—Me voy a la cama —respondió.

—Por mí como si te vas al infierno —contestó su esposa.

Ahora bien, como resultaba que en la casa solo había una cama —las otras dos habitaciones carecían de lecho como es costumbre en París— y como el notario no quería por nada del mundo yacer en el mismo catre que una mujer que hacía unos segundos lo había mandado a arder en el infierno, fue a por su sombrero, su bastón y su casaca, pues era una noche muy ventosa, y salió de la casa, terriblemente disgustado, en dirección al Pont Neuf.

De todos los puentes construidos jamás, cualquiera que haya cruzado el Pont Neuf debe reconocer que se trata del más refinado, grandioso, luminoso, largo y ancho que jamás haya unido un fragmento con otro de terreno en todo el globo terráqueo.

[De este comentario se desprende que el autor del fragmento no debe de haber sido francés].

El peor fallo que pueden alegar contra él los divinos y doctores de la Sorbona es que, si existe un espacio ventoso dentro o fuera de París, ese es el puente en cuestión, donde se pronuncian más blasfemias contra lo sagrado que en cualquier otra entrada de toda la ciudad, y esto ocurre por buenas y contundentes razones, messieurs; pues el viento lo enviste a uno sin darle tiempo a gritar «garde d’eau», y golpea en unas ráfagas tan imprevisibles que, de los pocos que logran cruzar el puente con el sombrero puesto, ni uno de cada cincuenta se arriesgaría a apostar dos libras y media a que lo iba a lograr.

El pobre notario, justo en el momento en que estaba pasando junto a la garita del centinela, se agarró el sombrero alzando su bastón de forma instintiva. Pero al levantarlo, la punta de este se enganchó en el ala del

sombrero del centinela, y lo lanzó directamente al Sena, por encima de las puntas de la balaustrada.

—Este condenado viento —dijo un barquero que lo atrapó al vuelo—, que no sopla a gusto de nadie.

Como el centinela era gascón no pudo reprimir el gesto de erizarse las puntas del bigote y levantar su arcabuz.

Los arcabuces de aquella época se prendían con mecha. Una anciana cuya linterna de papel se había apagado por el viento al otro extremo del puente había pedido al guardia su mecha para encenderla; esto dio tiempo al gascón para pensar con mayor frialdad y sacar partido del accidente.

—Este condenado viento —dijo, le sacó de un manotazo el gorro de pelo de castor al notario y legitimó su gesto recitando el adagio del barquero.

El pobre notario cruzó el puente y, mientras pasaba por la rue de Dauphine en dirección al suburbio de Saint Germain, iba lamentándose entre dientes con estas palabras:

—¡Qué hombre tan desdichado soy! —exclamó el notario—, todos los días de mi vida soy blanco de los huracanes. He nacido para que la tormenta de insultos caiga sobre mí y mi profesión dondequiera que voy; el trueno de la Iglesia me obligó a contraer matrimonio con una mujer que es una tempestad; me he visto expulsado de mi hogar por los vendavales domésticos y despojado de mi sombrero de pelo de castor por los vientos pontificios. Y aquí estoy, con la cabeza desnuda, en una noche ventosa, ¡a merced de las idas y venidas de los accidentes! ¿Dónde voy a reposar mi testuz? ¡Ay, mísero de mí! ¿Qué viento de los treinta y dos de la rosa puede soplarte con buena intención como hace sobre cualquiera de vuestros semejantes?

Mientras el notario cruzaba un oscuro callejón, lamentándose de ese modo, una voz pidió entre gritos a una joven que corriera a buscar al notario más próximo. Como nuestro notario era, en efecto, el más próximo y se hacía cargo de la situación, se dirigió por el callejón hacia la puerta de esa casa y entró a una especie de antiguo salón. Lo condujeron hasta una amplia estancia, desprovista de todo salvo por una alargada pica militar, un peto, una oxidada y vieja espada y una bandolera colgadas de forma equidistante en cuatro puntos distintos de la pared.

Un anciano personaje que hasta ese momento había sido un caballero y que, a menos que la decadencia de la fortuna suponga también la degradación de la sangre, seguía siendo un caballero en esa época, yacía en la cama aguantándose la cabeza con una mano. Había una pequeña mesilla con una vela encendida junto al lecho y una silla situada junto a la mesa: el notario se sentó en ella. Sacó su tintero de hueso y una hoja o dos de papel que llevaba

en el bolsillo y las colocó ante sí. Mojó su pluma en el tintero y se recostó sobre la mesa dispuesto a redactar la última voluntad del caballero.

—Monsieur le notaire —dijo el anciano incorporándose ligeramente—, no tengo nada más que legar que la historia de mi vida, y será lo que pagará el precio de legarla. No podré morir en paz si no la dejo en herencia al mundo. Os lego los beneficios que se deriven de ella por las molestias de haberla redactado por mí. Se trata de una historia tan fuera de lo común que debería ser leída por toda la humanidad; os reportará una verdadera fortuna para vuestra familia.

El notario mojó su pluma en el tintero.

—Todopoderoso Director de todos los acontecimientos de mi vida —dijo el anciano caballero alzando la vista con gravedad y elevando las manos hacia el cielo—. Vos, cuya mano me ha guiado por un laberinto tal de extraños pasajes hasta este escenario de desolación, socorred a la memoria decrépita de un hombre viejo, débil y con el corazón partido. Orquestad los movimientos de mi lengua con el espíritu de la verdad eterna, para que este desconocido no redacte más que lo que está escrito en aquel Libro, por cuyas anotaciones —dijo al tiempo que juntaba las manos— ¡seré condenado o absuelto!

El notario alzó la punta de la pluma entre la vela encendida y sus ojos.

—Se trata de una historia, monsieur le notaire —advirtió el caballero—, que pondrá a flor de piel toda afección de la naturaleza; aniquilará lo humano y empujará a la piedad al corazón de la mismísima crueldad.

El notario ardía en deseos de empezar y mojó por tercera vez la punta de su pluma en el tintero… El anciano caballero, al tiempo que se giraba algo más hacia el notario, empezó a dictar su historia con estas palabras…

—¿Y dónde está lo que falta, La Fleur? —pregunté justo cuando mi criado entraba en la habitación.

EL FRAGMENTO Y EL RAMILLETE

PARÍS

Cuando La Fleur se acercó a la mesa y acertó a entender lo que yo quería, me contó que solo quedaban dos hojas más, con las que había enrollado un ramillete de flores para que no se desperdigaran, y que se lo había regalado a la demoiselle en las avenidas.

—Entonces, te lo ruego, La Fleur —supliqué—, vuelve a la mansión del

conde de B. e intenta recuperarlas.

—No le quepa la menor duda —respondió mi criado, y salió corriendo.

En un tiempo muy breve, el pobre diablo había regresado casi sin aliento, con una expresión de decepción más profunda de lo que podía provocar la sencilla imposibilidad de completar el fragmento. Juste ciel! Hacía menos de dos minutos que el pobre muchacho se había despedido de su amada y la muy infiel había entregado su gage d'amour a uno de los lacayos del conde; el lacayo se lo había regalado a una joven costurera y la costurera a un violinista, y el resto de mi fragmento estaba al final de esa cadena. Nuestras desgracias iban todas en un mismo paquete. Lancé un suspiro y La Fleur se hizo eco de él con tanta potencia que llegué a oírlo.

—¡Qué pérfida! —se lamentó el joven.

—¡Qué mala suerte! —exclamé yo.

—No me sentiría tan mortificado, monsieur —dijo La Fleur—, si la muchacha lo hubiera perdido.

—Ni yo tampoco, La Fleur —aclaré—, si yo lo hubiera encontrado.

Si lo encontré o no se aclarará a continuación.

EL ACTO CARITATIVO

PARÍS

El hombre que o bien desprecia o bien teme cruzar un umbral oscuro puede ser un sujeto excelentemente preparado para un centenar de cosas, pero nunca será un buen viajero sentimental. No doy mucha importancia a las múltiples anécdotas que se viven a plena luz del día en calles anchas y abiertas. La naturaleza es tímida y odia actuar con público. Pero, en los rincones desatendidos, pueden contemplarse tales escenas protagonizadas por ella que equivalen a una docena de representaciones del teatro francés compendiadas en un solo volumen y que, no obstante, resultan del todo apropiadas. Siempre que tengo entre manos un asunto más brillante de lo común —ya que esas escenas servirían igual de bien a un sacerdote como a un pastor—, por lo general recurro a ellas para ilustrar mi discurso. Además, el texto de «Capadocia, Ponto» y el de «Asia, Frigia y Panfilia» son tan buenos como el de la Biblia.

Hay un callejón largo y oscuro que sale de la Opéra Comique y conduce a una callejuela estrecha. Pasan por allí las personas que, con humildad, esperan

un coche de punto o quieren salir sin ser vistas a pie cuando ha terminado la ópera. Al cabo de esa calle, en dirección al teatro, hay una pequeña antorcha cuya luz prácticamente se difumina antes de haber realizado la mitad del recorrido, aunque al llegar a la puerta, la luz sirve más bien de decoración que de otra cosa: es comparable a una estrella fija en el cielo de la menor de las magnitudes. Es una llama que arde, aunque poco bien hace al mundo, que nosotros sepamos.

Regresando por ese callejón distinguí, mientras me encontraba todavía a cinco o seis pasos de la puerta, a dos damas agarradas del brazo y apoyadas contra la pared, esperando, o eso imaginé, la llegada de un coche de punto. Como estaban junto a la puerta, supuse que tenían derecho a ser las primeras y me coloqué a aproximadamente un metro de ellas a esperar tranquilamente mi turno. Iba vestido de negro, así que apenas se me veía.

La mujer que tenía más cerca era una dama de figura esbelta y delgada, de unos treinta y seis años; la otra, de la misma constitución y hechura, rondaba los cuarenta. No había marca alguna que las señalara como viudas o esposas a ninguna de las dos; parecían dos rectas hermanas vestales, desconocedoras de las caricias, ignorantes de los saludos cariñosos. Habría deseado hacerlas felices, pero aquella noche estaban destinadas a recibir la facilidad por otro canal.

Una voz grave, con un tono bastante agradable y una suave cadencia que la remataba, les rogó una moneda de doce sous entre las dos, por el amor de Dios. Me pareció curioso que un mendigo estableciera una tarifa para la limosna y que la suma fuera doce veces superior de lo que suele darse en la oscuridad. Ambas mujeres quedaron tan anonadadas como yo.

—¡Doce sous! —exclamó una.

—¡Una moneda de doce sous! —exclamó la otra, pero no dio una respuesta.

El pobre hombre contestó que no se le habría ocurrido pedir menos a unas damas de su alcurnia e hizo una profunda reverencia llevando la cabeza hasta el suelo.

—¡Bah! —exclamaron ellas—, no tenemos dinero.

El mendigo permaneció en silencio un par de minutos y retomó su súplica.

—Mis bondadosas y jóvenes damas —dijo—, no dejéis de escucharme con esos bellos oídos.

—Le doy mi palabra, buen hombre —aseguró la más joven—, no llevamos calderilla.

—Entonces, ¡que Dios os bendiga —dijo el pobre mendigo—, y

multiplique las alegrías que podáis dar a otros sin tener dinero!

Me di cuenta de que la hermana mayor se metió una mano en el bolsillo.

—Voy a ver —dijo— si tengo un sou.

—¡Un sou!, ¡dadme doce! —exclamó el suplicante—. La naturaleza ha sido generosa con usted, sea generosa con un pobre hombre.

—Lo sería de todo corazón —dijo la más joven— si tuviera el dinero.

—¡Mi bella caritativa! —exclamó el mendigo dirigiéndose a la mayor—. ¿Qué es sino vuestra bondad y humanidad lo que hace que vuestros ojos brillen con tanta ternura que incluso traen el amanecer a este callejón oscuro? ¿Y qué fue lo que hizo que el marquis de Santerre y su hermano hablaran tanto de ustedes justo en el momento en que pasaban por aquí?

Ambas damas quedaron profundamente conmovidas y, con un gesto impulsivo, se metieron a la vez las manos en los bolsillos y cada una sacó la correspondiente moneda de doce sous.

La contienda entre el pedigüeño y las damas llegó a su fin. En ese momento se inició una nueva refriega, pero esta vez entre las dos hermanas, por quién debía ser la que entregara la moneda de doce sous por caridad. Y, para poner punto y final a la disputa, ambas entregaron el dinero a un tiempo y el hombre desapareció.

LA EXPLICACIÓN DEL MISTERIO

PARÍS

Salí a la zaga del mendigo a toda prisa: era el mismo hombre cuyo éxito al pedir limosna a las mujeres delante de la puerta del hotel me había desconcertado tanto. Descubrí su secreto de inmediato o, al menos, en qué se basaba: en la adulación.

¡Qué deliciosa esencia! ¡Qué renovadora sois para la naturaleza! ¡Con qué firmeza se ponen todos sus poderes y debilidades de vuestra parte! ¡Con qué dulzura os mezcláis con la sangre y la ayudáis a llegar al corazón en los episodios más difíciles y tortuosos!

El pobre hombre, al no contar con el tiempo suficiente, había hecho uso en esta ocasión de una dosis más concentrada: cierto es que se había visto en el caso de expresarla en menor medida, en los numerosos encuentros repentinos con los que había tenido que lidiar en la calle. Sin embargo, no atormentaré mi espíritu preguntándome cómo logró corregir, endulzar, concentrar y adecuar su

adulación; baste con decir que el mendigo consiguió dos monedas de doce sous. Los que mejor pueden contar el resto de la historia son aquellos que ganan mayores cantidades con el mismo método.

PARÍS

Vamos avanzando por el mundo no tanto por prestar servicios sino por recibirlos; uno toma un brote que se marchita, lo planta y al tiempo tiene que regarlo, porque lo ha plantado.

Monsieur le count de B., simplemente por haberme hecho el favor de arreglarme el asunto del pasaporte, me hizo otro durante el par de días que estuvo en París al presentarme a algunas personas de buena clase, y estas a su vez, me presentaron a otras, y estas a otras…

Me había hecho con el secreto justo a tiempo para aprovecharlo en mi beneficio mientras se me concedían tales honores. De no haber contado con él, como suele ocurrir, habría comido o cenado una vez o dos en la mesa de cada una de esas personas, y después, gracias a la traducción de miradas y actitudes francesas al inglés, me habría dado cuenta de que estaba utilizando el couvert de algún otro invitado más entretenido. Y en consecuencia, habría tenido que renunciar a todos los lugares que me correspondieran por el sencillo principio de no poder conservarlos. Pero resultó que las cosas no fueron tan mal.

Tuve el honor de ser presentado al anciano marquis de B.: en otros tiempos se había distinguido por pequeñas hazañas de caballería en la Cour d’amour y, desde entonces, se había vestido inspirándose en las justas y los torneos. El marquis de B. deseaba poder creer que todo aquello estaba en algún otro lugar además de en su cerebro.

Le apetecía realizar un viaje a Inglaterra y preguntó mucho sobre las damas inglesas.

—No os mováis de aquí, es mi consejo, monsieur le marquis —dije—. Tal como están las cosas, les messieurs anglais apenas consiguen que los miren de soslayo.

El marquis me invitó a cenar.

Monsieur P., el intendente general, se mostró igual de curioso sobre nuestros impuestos. Había oído que eran bastante elevados.

—Si al menos supiéramos cómo recaudarlos —respondí al tiempo que le dedicaba una profunda reverencia.

De ninguna otra manera habría conseguido una invitación a los comedores de monsieur P.

Habían dicho a madame de Q. que yo era un esprit. Madame de Q. también era una esprit; ardía de impaciencia por conocerme y escucharme hablar. Todavía no había tomado asiento cuando me di cuenta de que a la dama no le importaba ni un sou si yo era ingenioso o no; me había invitado para convencerme de que ella sí lo era. A Dios pongo por testigo que no pude ni abrir la boca.

Madame de Q. juraba ante cualquier criatura con la que se encontrara que jamás había «mantenido una conversación más edificante con un hombre en toda su vida».

Hay tres edades en el imperio de una mujer francesa. Primero es coqueta, luego deísta y luego devota. Durante estas edades, el imperio jamás se pierde; la mujer se limita a cambiar de súbditos cuando el paso de unos treinta y cinco años, tal vez más, ha dejado despoblados sus dominios de los esclavos del amor. Entonces los repuebla con esclavos de la deslealtad y, a continuación, con esclavos de la Iglesia.

Madame de V. se encontraba al borde del precipicio de la primera de estas edades: el color de la rosa estaba marchitándose rápidamente. Tendría que haberse hecho deísta cinco años antes de que yo tuviera el honor de realizar mi primera visita.

Me acomodó en el mismo sofá en el que ella se encontraba para poder discutir más de cerca la cuestión religiosa. En resumen, madame de V. me confesó que no creía en nada.

Yo le dije que esos podían ser sus principios, pero que estaba seguro de que no le interesaría derribar las defensas sin las cuales no acertaba a concebir cómo podía ser protegida una ciudadela como la suya; que no hay nada más peligroso en el mundo para una belleza que ser deísta; que era una deuda que tenía con mi propio credo el no ocultárselo a ella; que todavía no llevaba ni cinco minutos sentado con ella en el sofá cuando ya había empezado a maquinar mis planes; ¿y qué era sino lo que había logrado frustrarlos en cuanto despertaron más que los sentimientos de la religión que afloraban en su pecho?

—No somos inflexibles —aclaré al tiempo que la tomaba de la mano—, y toda restricción es necesaria, pues la edad, en su propio tiempo, las roba y nos las impone. Pero, mi querida señora —añadí besándole la mano— es aún demasiado pronto para vos.

Juro que me gané la fama en todo París de haber reconvertido a madame de V. Ella aseguró a monsieur D. y al abate M. que en media hora yo había

dicho más a favor de la religión revelada de lo que toda su Enciclopedia aseguraba en su contra. Automáticamente pasé a formar parte del coterie de madame de V. Por su parte, ella retrasó dos años más la edad del deísmo.

Recuerdo que fue encontrándome en ese coterie, en medio de un parlamento con el que estaba demostrando la necesidad de una causa primigenia de todas las cosas, cuando el joven conde de Faineant me llevó de la mano hasta el rincón más apartado de la sala para advertirme que llevaba el solitaire demasiado apretado.

—Debería estar plus badinant —sugirió el conde mirándose el suyo—, aunque, monsieur Yorick, a buen entendedor pocas palabras bastan.

—Más si estas provienen de un buen entendedor, monsieur le count —respondí haciéndole una reverencia.

El conde de Faineant me abrazó con mayor efusión de la que jamás me haya dedicado un mortal.

Durante tres semanas coincidí con la opinión de todo hombre al que conocía.

—Pardi! ce monsieur Yorick a autant d’esprit que nous autres.

—Il raisonne bien —dijo otro.

—C’est un bon enfant —dijo un tercero.

Este es el precio que pagué por haber comido y bebido y disfrutado de lo lindo de mi estancia en París; aunque mi opinión fue deshonesta, y acabé avergonzándome de ella. Fue la recompensa de un esclavo. Todo sentimiento relativo a la honradez se reveló contra ella. Cuanto más alto llegaba, más me subyugaba a mi sistema de mendicidad; cuanto más refinado era el coterie y más hijos de la artería lo componían más languidecía pensando en los hijos de la naturaleza. Y una noche, tras la más vil prostitución de mi ser con media docena de personas distintas, me sentí enfermar y me metí en cama. Ordené a La Fleur que me consiguiera unos caballos para partir a la mañana siguiente hacia Italia.

MARIA MOULINS

Jamás había sentido así la angustia durante la plenitud hasta viajar por el Bourbonnois, la región más encantadora de Francia. La recorrí en el apogeo de la vendimia, cuando la naturaleza derrama su abundancia en el regazo de todo el mundo y todos elevan su mirada al cielo. Es este un viaje en el cual cada

etapa que lo compone resuena con el ritmo que la música marca al trabajo, y todos sus hijos se sienten llenos de júbilo mientras recogen los racimos. El realizar este recorrido cuando mis afectos vuelan libres y sonríen a cualquier grupo de personas que se cruza en mi camino, y cada uno de ellos es una fuente inagotable de aventuras…

¡Cielo santo! Habría podido escribir veinte volúmenes. Pero, ¡ay!, apenas me quedan unas páginas de este que escribo ahora para relatarlo todo, y la mitad de las mismas debo dedicarlas a la pobre Maria, a quien mi amigo el señor Shandy conoció cerca de Moulins.

La historia que él me había contado sobre aquella doncella no me había dejado indiferente al leerla. Y al llegar a los alrededores de donde ella vivía, recordé el relato con tal nitidez, que no pude resistirme al impulso que me obligó a desviarme media legua del camino para acudir a la aldea en que sus padres habitaban, con objeto de preguntar por ella.

Reconozco que fue como el viaje del caballero de la triste figura en pos de melancólicas aventuras. No obstante, aunque no sé por qué ocurre, jamás me siento tan perfectamente consciente de la existencia de un alma en mi interior como en los momentos en que me encuentro metido en tales entuertos.

La anciana madre salió a la puerta a recibirme. Su mirada me contó lo ocurrido antes de que sus labios se despegaran. Se había quedado viuda: su marido había fallecido de angustia porque Maria había perdido el juicio hacía cosa de un mes. La madre había temido, añadió, que aquello pudiera haber privado a su hija del poco entendimiento que le quedaba. Aunque, nada más lejos de eso, el fallecimiento del padre la había devuelto en cierta forma a su ser. Con todo, la madre no lograba descansar tranquila. Su pobre hija, se lamentó entre sollozos, andaba vagando por algún punto del camino.

¿Por qué me languidece el pulso mientras escribo esto? ¿Y qué impulsó a La Fleur, cuyo corazón parecía únicamente entonado para el júbilo, a pasarse la palma de la mano en dos ocasiones por los ojos mientras la mujer permanecía allí de pie contando su historia? Hice una señal al postillón para que regresara al camino.

Cuando nos habíamos alejado media legua de Moulins, en un pequeño claro junto a la carretera que conducía a un bosquecillo, descubrí a la pobre Maria sentada bajo un álamo. Estaba colocada con un codo apoyado en el regazo y la cabeza ladeada, posada sobre una mano. Un diminuto arroyuelo discurría a los pies del árbol.

Ordené al postillón que continuara el recorrido con el coche hasta Moulins y a La Fleur que me encargara la cena. Le dije que yo seguiría andando.

La joven vestía de blanco, tal como la había descrito mi amigo, salvo que

ahora llevaba el pelo suelto y antes lo llevaba recogido con una redecilla de seda. Además, había añadido un elemento a su corpiño: un lazo verde claro que le cruzaba desde el hombro a la cintura y de cuyo extremo colgaba su flauta. El cabritillo que tenía le había sido tan desleal como su amante y la muchacha se había hecho con un perrito in lieu del caprino, que llevaba atado a su fajín. Cuando miré al perro, la joven tiró del animal por la correa.

—No debéis abandonarme, Sylvio —dijo.

Al mirar a Maria a los ojos vi que estaba pensando más en su padre que en su amante o en su cabritillo. Pues, al pronunciar aquellas palabras, empezaron a correrle las lágrimas por las mejillas.

Me senté junto a ella, y Maria me permitió enjugárselas con mi pañuelo. Entonces tuve que enjugar las mías y luego las de ella, y de nuevo las mías para enjugar las suyas después. Mientras lo hacía, me embargaron unas emociones tan indescriptibles que estoy seguro que no pueden haber sido provocadas por combinación alguna de materia y movimiento.

Tengo la certeza de que poseo un alma, y ninguno de todos los libros con los que los materialistas han infestado el mundo podrán convencerme jamás de lo contrario.

MARIA

Cuando Maria logró volver algo en sí, le pregunté si recordaba a un hombre pálido y delgado que se había sentado entre ella y su cabra hacía unos dos años. Respondió que en aquella época se sentía bastante confusa, pero que recordaba dos cosas: que pese a lo enferma que estaba, se apercibió de que la persona se compadecía de ella; y que su cabra había robado el pañuelo a aquel hombre y ella la había reprendido por ese hurto. Aseguró que había lavado la prenda en el arroyo y que, desde entonces, la había guardado en el bolsillo para devolvérsela al dueño en caso de volver a verlo alguna vez, lo que, añadió, el hombre casi le había prometido. Mientras me lo contaba, se sacó el pañuelo del bolsillo para que yo lo viera; lo había envuelto con delicadeza en un par de hojas de vid, atadas con un zarcillo. Cuando lo desplegó, pude ver la inicial S. bordada en una de las esquinas.

Me aseguró que en el ínterin había peregrinado hasta nada más y nada menos que Roma, había rodeado San Pedro una vez y había vuelto. Que ella sola había encontrado el camino al cruzar los Apeninos; que había recorrido toda la Lombardía sin dinero y que había andado por los caminos pedregosos de Saboya sin zapatos. No podía decirme cómo lo había soportado ni cómo lo

había arrostrado, pero «Dios amaina el viento —dijo Maria— para la oveja esquilada».

—¡Para la esquilada, vive Dios! Y para la rápida también —dije yo—. Y de haber estado en mi país, donde tengo mi casa, te habría llevado allí y te habría dado cobijo. Habrías comido de mi pan y bebido de mi copa; habría sido atento con tu Sylvio; en todas tus aflicciones y durante todas tus andaduras habría salido a buscarte y te habría traído de vuelta. Cuando el sol se hubiera puesto, habría dicho mis oraciones y, cuando hubiera terminado, podrías haber entonado tu canción nocturna con tu flauta, y el incienso de mi sacrificio no sería peor aceptado por entrar al cielo junto con el de un corazón roto.

La naturaleza se fundió con mi interior mientras pronunciaba esas palabras. Maria me observaba cuando saqué mi pañuelo, que ya estaba demasiado empapado para seguir siendo útil y necesitaba ser lavado en el arroyo.

—¿Y dónde lo secarás, Maria? —pregunté.

—Lo secaré en mi pecho —respondió—, eso me hará bien.

—¿Tu corazón sigue siendo tan cálido, Maria? —pregunté.

Con esa pregunta hice vibrar la cuerda de la que pendían todas sus penas. Me miró a la cara con un desconcierto teñido de nostalgia durante un instante. Luego, sin mediar palabra, tomó su flauta e interpretó su himno a la Virgen. La cuerda que yo había pulsado dejó de vibrar. En cuestión de segundos, Maria recuperó la compostura, dejó caer la flauta y se levantó.

—¿Y adónde vas ahora, Maria? —pregunté.

—A Moulins —respondió.

—Vamos juntos —sugerí.

Maria se agarró de mi brazo y dio más cuerda al perro para que nos siguiera: en ese orden llegamos a Moulins.

MARIA MOULINS

A pesar de que detesto los saludos y despedidas en público, cuando llegamos a nuestro destino, me detuve durante un rato para contemplar por última vez a Maria y despedirme para siempre de ella.

Aunque la muchacha no era alta, sí poseía bellas formas de lo más destacables: el sufrimiento había concedido a su aspecto algo que apenas si era

terrenal; con todo, seguía siendo femenina. Y conservaba todavía tal cantidad de aquello que el corazón anhela en una mujer o de lo que la vista busca instintivamente en el bello sexo, que si los rasgos de su turbación pudieran llegar a borrarse alguna vez de su mente y los de Eliza de la mía, Maria no solo podría comer de mi pan y beber de mi propia copa, sino que podría yacer sobre mi pecho y ser para mí como una hija.

¡Adieu, pobre y desafortunada doncella! Impregnaos del óleo y del vino que la compasión de un desconocido, al apartarse de su camino en el viaje, derrama ahora en tus heridas. El Ser que te ha herido por dos veces ya solo puede cerrarlas para siempre.

EL BOURBONNOIS

No había nada que me hubiera hecho describir un alborozo tan jubiloso de los afectos como lo acontecido durante ese viaje por la vendimia, en mi recorrido por aquella región de Francia. Mas, tras haber cruzado el umbral de la puerta hacia el dolor, mis sufrimientos me habían incapacitado por completo para el disfrute. En cada episodio de celebración, veía a Maria al fondo del escenario, sentada, en actitud reflexiva, bajo el álamo. Fue necesario llegar prácticamente hasta Lyon antes de poder correr un tupido velo sobre su recuerdo.

¡Querida sensibilidad!, ¡fuente inagotable de todo cuanto es preciado en nuestro júbilo o costoso en nuestro penar!, ¡vos encadenasteis a vuestro mártir en su lecho de paja y sois vos quien lo elevasteis al cielo! ¡Fuente eterna de nuestros sentimientos! Aquí es donde hallo vuestro origen y esta es vuestra «divinidad que se agita en mi interior». Y no es que en algunos momentos tristes y enfermizos «mi alma se retraiga en sí misma y se sobresalte ante la destrucción…». ¡Qué meras palabras tan pomposas! Pero siento ciertos placeres generosos y preocupaciones igual de generosas que me sobrepasan… Y todo procede de vos, ¡oh, gran, gran sensorium del mundo!, que vibra si se nos cae un cabello de la cabeza al suelo en el más remoto desierto de vuestra creación. Tocado por vos, Eugenius corre mis cortinas cuando languidezco, escucha la descripción de mis síntomas y culpa al tiempo de su alteración nerviosa. Dais una porción de ello, en ocasiones, al más rudo campesino que atraviesa las más inhóspitas montañas… Y así encuentra el cordero lacerado del rebaño de otro. En este preciso instante puedo verlo con la cabeza apoyada en su cayado, con lastimosa inclinación, cabizbajo, la mirada clavada en el cordero… ¡Oh! ¡Si hubiera llegado un segundo antes! ¡Morirá desangrado!, y su bondadoso corazón sangra con el animal.

¡Que la paz sea con vos, generoso mozo! Os veo alejaros con angustia, pero los placeres que sentiréis lo compensarán; pues feliz es vuestro hogar y feliz es quien lo comparte con vos y ¡felices son los corderos que corretean a vuestro alrededor!

LA CENA

Como se había soltado una herradura de la pata delantera del caballo principal justo al principio de la ascensión al monte Tarare, el postillón desmontó, desclavó el herraje y se lo guardó en el bolsillo. Puesto que se trataba de una ascensión de unos ocho o nueve kilómetros y dependíamos fundamentalmente de ese caballo, insistí en que le colocaran de nuevo la herradura lo mejor posible. Sin embargo, el postillón había tirado los clavos y, como el martillo que iba en el maletero de la calesa no servía de mucho sin ellos, decidí que siguiéramos la marcha.

Apenas habíamos recorrido medio kilómetro más, cuando, al llegar a un tramo del camino sembrado de pedernales, la pobre bestia perdió una segunda herradura, y resultó ser la de la otra pata delantera. Desmonté entonces del coche con gran decisión y, como vi una casa a aproximadamente medio kilómetro a mano izquierda, convencí, no sin esfuerzo, al postillón para que virase y si dirigiese hacia ella.

El aspecto de la morada y de todo cuanto la rodeaba tal como se veía a medida que nos acercábamos a ella, no tardó en reconciliarme con el desastroso episodio que estábamos viviendo. Se trataba de una pequeña granja circundada por unos veinte acres de viñedos y otros tantos de maizales. Cerca de la casa, en un lateral, había una potagerie de un acre y medio, llena de todo cuanto hay en abundancia en la casa de un campesino francés. Del otro lado de la cabaña había un pequeño bosquecillo que proporcionaba todos los medios necesarios para amueblar la casa.

Eran alrededor de las ocho de la noche cuando llegué a la casa, así que dejé al postillón para que arreglara sus asuntos lo mejor posible y yo me encaminé directamente a la vivienda.

La familia estaba formada por un hombre anciano de pelo cano y su esposa, por cinco o seis hijos, los respectivos yernos, sus numerosas mujeres y una alborotadora progenie como fruto de sus uniones.

Se encontraban sentados todos juntos comiendo potaje de lentejas; había una gran barra de pan de harina de trigo en medio de la mesa y una enorme jarra de vino en cada extremo prometía júbilo en todas las etapas del ágape.

Era un festín de amor.

El anciano se levantó para darme la bienvenida y, con respetuosa cordialidad, me invitó a sentarme a la mesa. Mi corazón se apaciguó en cuanto entré a la habitación. Así que, sin vacilación, tomé asiento como un hijo más de la familia y, para identificarme con el personaje lo antes posible, cogí prestada la navaja del anciano, tomé el pan y me corté una rebanada generosa. Al hacerlo, vi reflejado el testimonio en todas las miradas no solo de una franca bienvenida, sino de la acogida mezclada con el agradecimiento por el hecho de que yo no hubiera puesto esa hospitalidad en duda.

¿Fue eso o decídmelo vos, naturaleza, qué fue sino lo que hizo ese bocado tan dulce y a qué magia le debo el que el sorbo que tomé de su jarra resultara tan delicioso complemento que hasta el día de hoy puedo saborearlo en mi paladar?

Si la cena fue de mi gusto, el acto de agradecimiento que la siguió lo fue mucho más.

EL AGRADECIMIENTO

Cuando la cena hubo llegado a su fin, el anciano dio un golpe sobre la mesa con la empuñadura de la navaja para indicar a todos que se dispusieran a bailar. En cuanto se dio la señal, las mujeres y muchachas corrieron juntas al fondo de la estancia para recogerse el pelo, y los muchachos se dirigieron a toda prisa a la puerta para lavarse el rostro y cambiarse los zuecos de madera. En cuestión de tres minutos, todo el mundo estaba preparado en una pequeña explanada de delante de la casa para dar comienzo al baile. El anciano y su esposa salieron los últimos; me hicieron sentar entre ambos sobre un asiento de turba junto a la puerta.

Hacía cincuenta años, el anciano había sido un intérprete nada desdeñable de viola y, a la edad que tenía en ese momento, aún la tocaba bastante bien. Su esposa iba canturreando al ritmo de la música, hacía una pausa de cuando en cuando y volvía a acompañar a su anciano esposo mientras sus hijos y nietos bailaban ante ellos.

No fue hasta la mitad del segundo baile cuando, por ciertas pausas en los movimientos —durante las cuales todos parecían alzar la vista—, me apercibí de una elevación del espíritu distinta a la que es causa o efecto del simple júbilo. En una palabra: creí estar contemplando la mismísima presencia de la religión entremezclada con la danza. No obstante, como jamás la había visto expresada con esa entrega, ahora creo que se trataba de una de las ilusiones de

una imaginación que está eternamente confundiéndome. Sin embargo, en cuanto concluyó la danza, el anciano dijo que aquella era la forma en que siempre actuaban y que, después de toda una vida, había llegado a convertirlo en una norma: cuando terminaban de cenar, convocaba a su familia para la danza y el júbilo, pues creía, aseguró, que una mente contenta y satisfecha era la mejor forma que tenía un campesino analfabeto de dar gracias al cielo.

—O un prelado con estudios —añadí yo.

EL EPISODIO DE DELICADEZA

Tras conquistar la cima del monte Tarare, se inicia un pronunciado descenso hacia Lyon; adieu, pues, a cualquier movimiento veloz. Se trata de un viaje de precaución, y es mejor para las emociones no realizarlo con prisas. Por ello contraté a un voiturin, para que se tomara su tiempo descendiendo con ayuda de un par de mulas y me llevara en caravana en mi propia calesa, sano y salvo, hasta Turín, pasando por Saboya.

¡Pobre, paciente, tranquilo y honesto pueblo!, no temas: tu pobreza, el tesoro de tus sencillas virtudes, no será envidiado por el mundo, ni tus valles invadidos por él. ¡Naturaleza!, en medio de vuestros desórdenes, sois, no obstante, bondadosa con la escasez que habéis engendrado. Con todas vuestras grandes obras rodeándoos, poco os queda que dar, ya sea para la guadaña o para la hoz; pero para ese poco garantizáis seguridad y protección; y dulces son las moradas que se mantienen en pie así de guarecidas.

Permite que el viajero exhausto dé rienda suelta a sus quejas contra los virajes bruscos o los peligros de tus sendas, tus rocas, tus precipicios; las dificultades de la ascensión, los horrores del descenso, las montañas impracticables y las cataratas que hacen caer rodando enormes rocas desde las cumbres y bloquean los caminos. Los campesinos habían estado todo el día trabajando en la retirada de fragmentos de esta clase en el camino entre Saint-Michel y Modène. En el momento en que mi voiturin llegó al lugar, hubo que esperar dos horas completas a que se abriera una vía de paso: no nos quedó más que aguardar pacientemente. Era una noche húmeda y tempestuosa, así que, con el retraso sumado a esa circunstancia, el voiturin se vio obligado a detenerse ocho kilómetros antes de llegar a su destino para alojarnos en una pequeña y decente pensión a la vera del camino.

Inmediatamente tomé posesión de mi habitación, encendí el fuego, pedí la cena y di gracias al cielo de que la cosa no fuera peor. En ese momento llegó una voiture en la que viajaban una dama y su doncella.

Puesto que no había otra habitación en la hostería, la hostelera, sin mucha amabilidad, las hizo entrar en la mía al tiempo que les decía, mientras las obligaba a pasar a toda prisa, que no había nadie dentro más que un caballero inglés; que había dos cómodas camas y un cuarto contiguo donde guardaba otro jergón. El tono con el que habló de aquella tercera cama no daba muchas pistas sobre sus características. Sin embargo, insistió en el hecho de que había tres camas y tres personas, y se atrevió a añadir que el caballero haría todo lo posible por arreglar la situación. No permití que se hiciera ni un momento de silencio para que la dama no pudiera hacer conjeturas sobre lo dicho y me apresuré a asegurar que haría todo cuanto estuviera en mi mano.

Como mi amable disposición no era equivalente a la entrega total de mi habitación, seguía sintiéndome su propietario con pleno derecho y a mí me correspondía hacer los honores de la misma. Declaré que era mi deseo que la dama tomara asiento; la acomodé en el sillón más próximo al hogar, ordené que trajeran más leña, pedí a la hostelera que aumentara la cantidad de la cena y que nos hiciera el favor de servir su mejor vino.

La dama apenas se había calentado cinco minutos junto al fuego, cuando empezó a volver la cabeza para mirar las camas. Cuanto más dirigía la mirada hacia ese punto, mayor era la perplejidad que se reflejaba en su expresión. Empezó a preocuparme lo que ella sentía y mi propio sentir, pues en cuestión de minutos, por su mirada y por la situación en sí, me descubrí tan abochornado como debía de estarlo la dama.

El hecho de que las camas tuvieran que estar situadas en la misma habitación era suficiente para haber suscitado tal incomodidad. Sin embargo, la posición en la que debían colocarse, pues quedaban en paralelo y tan cerca una de otra que solo restaba espacio para colocar una sillita entre ellas, hacía que el asunto se nos antojara más sofocante. Para más inri, los lechos estaban situados cerca del hogar y la proyección del fuego a un lado y una alargada viga que cruzaba la habitación al otro lado, creaba una especie de aparte para las camas que en modo alguno favorecía la tranquilidad de nuestros ánimos. Además, las dos camas eran tan pequeñas que no podíamos ni pensar en la idea de que la dama y su doncella durmieran juntas; de haber sido posible, el que yo durmiera junto a una de las dos podría haber sido viable y, aunque no fuera algo deseable, no tenía nada tan terrible que la imaginación no pudiera contemplar sin tormento.

En cuanto al cuartucho contiguo, no nos ofrecía consuelo alguno: era como un armario húmedo, frío y con una ventana de persianas rotas y un marco sin cristal ni papel que cerrase el paso a la tempestad de la noche. No hice esfuerzo alguno por sofocar un acceso de tos cuando la dama echó un vistazo al cuartucho… La solución se reducía a la siguiente alternativa: que la dama sacrificara su salud a favor de sus sentimientos y que se acomodara en la

habitación contigua, y dejara la cama situada junto a la mía a su doncella, o bien que la muchacha se quedara en la habitación contigua y etcétera, etcétera.

La dama era una piamontesa de unos treinta años, con un saludable rubor en las mejillas. La doncella era una lionesa de unos veinte, una muchacha francesa de movimientos alegres y vivarachos. Los problemas no paraban de crecer, y el obstáculo de la piedra en el camino que nos había conducido hasta esa encrucijada —pese a lo enorme que resultó el pedrusco cuando los campesinos la retiraron—, en ese instante, no era más que un canto rodado en nuestra senda. Solo me resta añadir que no aligeró el peso que soportaban nuestros espíritus el que ambos fuéramos demasiado delicados como para comunicar al otro lo que sentíamos sobre la situación.

Nos sentamos a cenar y, de no haber tenido más que el generoso vino que una pequeña pensión de Saboya podía ofrecer, nuestros labios habrían permanecido sellados hasta que la necesidad en persona los hubiera despegado. Pero, como la dama llevaba en su voiture un par de botellas de borgoña, hizo bajar a su fille de chambre a por dos.

Cuando habíamos terminado de cenar y nos dejaron a solas, nos sentimos inspirados por un poder intelectual lo bastante intenso como para hablar, ya sin reservas, de nuestra situación. Le dimos todas las vueltas posibles, la debatimos y consideramos desde todas las ópticas en el transcurso de dos horas de negociación; al final de las cuales habíamos establecido una serie de artículos entre los dos y los habíamos estipulado en forma de tratado de paz. Y, en mi opinión, lo hicimos con tanta religiosidad y buena fe por ambas partes como en cualquier tratado que haya merecido el honor de quedar para la posteridad.

Los artículos eran los siguientes:

Primero: puesto que el derecho de la habitación corresponde a monsieur, y ya que él considera que la cama junto al hogar es la más cálida, insiste en conceder a la dama el derecho a ocuparla.

Se accede, por parte de madame, con la condición de que, como las cortinas de esa cama son de un fino algodón transparente y parecen, en efecto, muy endebles para permanecer echadas, la fille de chambre pueda evitar que se descorran o bien con alfileres o bien sirviéndose de aguja e hilo, de forma tal que creen una barrera suficiente por el lado del que queda monsieur.

Segundo: se requiere, por parte de madame, que monsieur yazca la noche entera con su robe de chambre.

Rechazado: puesto que monsieur no posee robe de chambre; no cuenta con más equipaje que seis camisas y un par de calzones de seda negra.

La mención del par de calzones de seda negra supuso un cambio total del artículo, pues esta prenda se aceptaba como un equivalente a la robe de chambre. De esta forma quedó estipulado y acordado que debía dormir con los calzones de seda negra toda la noche.

Tercero: la dama estipuló e insistió en que después de que monsieur se hubiera ido a la cama y la vela y el fuego se hubieran apagado, monsieur no debía pronunciar ni una sola palabra en toda la noche.

Se accede, teniendo en cuenta que las oraciones que debe pronunciar monsieur no se consideren como una violación del tratado.

Se olvidó un solo punto en este tratado y era la forma en que la dama y yo teníamos la obligación de desvestirnos y meternos en la cama. Solo había una forma de hacerlo, y dejo al lector que la imagine, y añado, al hacerlo, la queja de que si no es la forma más delicada de la naturaleza, será por culpa de su propia imaginación, contra la que esta no es mi primera crítica.

Ahora bien, cuando nos metimos en la cama, no sé si por la novedad de la situación o por qué otra cosa, resultó que no fui capaz de pegar ojo. Lo intenté acostado de un lado y luego del otro, no dejé de dar vueltas hasta pasada una hora de la media noche.

Cuando tanto mi naturaleza como mi paciencia se agotaron…

—¡Oh, Dios mío! —exclamé.

—Ha violado el tratado, monsieur —dijo la dama, que no había logrado dormir más que yo.

—Le ruego mil perdones.

Aunque insistí en que no había sido más que una jaculatoria, ella insistió en que era una infracción en toda regla del tratado, y yo sostenía que estaba contemplada en la cláusula del artículo tercero.

La dama no daba su brazo a torcer de ninguna manera aunque, para resistir, debilitó sus defensas, porque en el fragor de la disputa, oí cómo caían al suelo dos o tres alfileres de los que sujetaban la cortina.

—Le doy mi palabra y le juro por mi honor, madame… —dije alargando el brazo para reforzar mi argumento.

(Iba a añadir que no habría traspasado ni con la imaginación la línea que transgredía el decoro por nada del mundo).

Sin embargo, como la fille de chambre había oído que estábamos hablando y por el miedo a que crecieran las hostilidades, había salido sigilosamente de la habitación contigua y, totalmente a oscuras, se había situado tan cerca de nuestras camas que se encontraba en el angosto hueco que quedaba entre ellas,

justo en la línea divisoria que había entre la dama y yo.

Y, al alargar la mano, acabé agarrando la de la fille de chambre…

FINAL DEL LIBRO II

Freeditorial